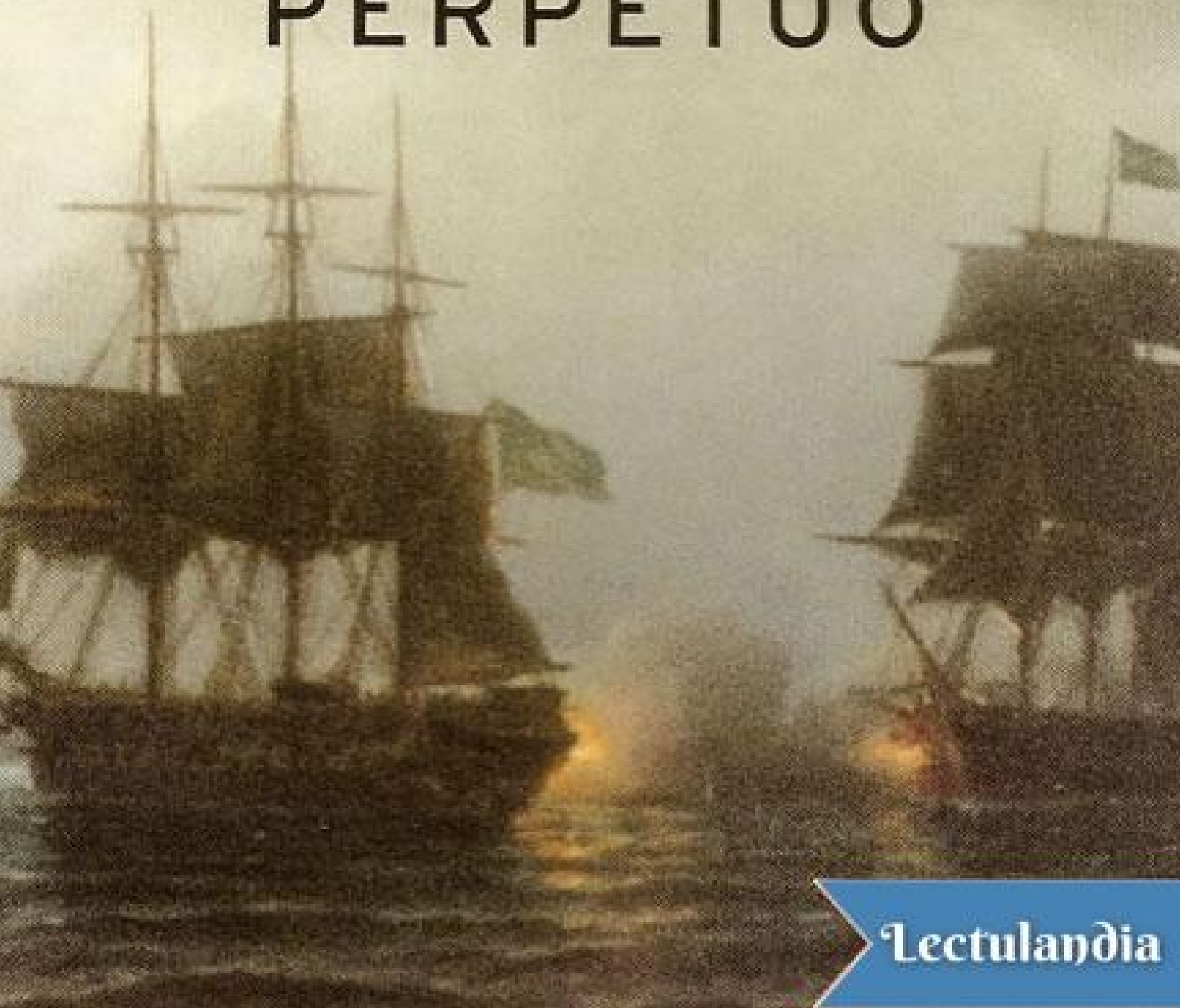


MARCOS AGUINIS

EL COMBATE PERPETUO



Lectulandia

Guillermo Brown es una de las figuras decisivas de la historia argentina. Sin embargo, el trato que la historia le ha dado a menudo ha oscurecido al hombre y acartonado al prócer.

Este libro de **Marcos Aguinis** —"esta biografía con ritmo de novela", como el mismo la define— es, además, una lúcida y exitosa operación de rescate. Rescate del héroe y del personaje, puesto que el almirante Guillermo Brown aparece en toda su dimensión épica; pero también porque tal dimensión no borra ni excluye los rasgos que lo convierten en el protagonista de un libro de aventuras. Alguien, como consigna el autor, cuyas vicisitudes hubieran apasionado por igual a los novelistas del siglo diecinueve y del siglo veinte. Y que apasionarán a los lectores.

Redactada en tiempos difíciles, cuando la incertidumbre y el desaliento parecían volver impensable una obra de esta laya, **El combate perpetuo** invita a ser leída y releída como cautivante relato y también como forma de tratar la historia de un modo distinto, nunca esquemático ni maniqueo, siempre riguroso e inteligente.

"Evoco la mezcla de entusiasmo y de miedo que me embargaban mientras escribía la vida de Guillermo Brown. Eran años de soberbia, maniqueísmo y corrupción esmeradamente disimulados con altas dosis de hipocresía. Una de las más cotizadas herramientas del encubrimiento era el culto de los héroes. Culto rígido, frío, estereotipado, que adora las apariencias. Yo quería humanizar al prócer. Devolverle carnadura, ambición, fatiga y rabia, transformando su gesta en algo verosímil, recuperando así nuestra capacidad de admiración. Quería desquitarme de los soporíferos textos que dificultaron en mi juventud el aprendizaje de la historia argentina. Proponía que, indirectamente, nos emocionáramos con la historia para mirar mejor nuestro presente".

Lectulandia

Marcos Aguinis

El combate perpetuo

ePUB v1.1

GONZALEZ 23.12.11

Corrección de erratas por Polifo

más libros en lectulandia.com

Editorial: Planeta

I.S.B.N : 9789504916499

Clasificación: Ficción y Literatura »Novelas »Argentina

Publicación: 26/03/2007

Idioma: Español

*...porque no puede ser ninguno poderoso por la tierra
si no lo es por el mar.*

Cardenal Cisneros, 1516

*A
Hermán,
Gerardo David,
Ileana Ethel y
Luciana Beatriz,
corales de mi mar.*

Prólogo

Ignoraba cuán novelesca había sido la vida del almirante Guillermo Brown. Explorarla y luego escribirla, fue un placer que renuevo al corregir con deleite esta versión que ahora se brinda al público. Integra la galería de personajes cuya riqueza de aventuras hubiera entusiasmado a los mejores cultores del género. Los documentos sobre sus vicisitudes no sólo proporcionan asombro, sino fantasía. Parece inverosímil cuánto le sucedió y cuánto hizo. Es un personaje que deslumbra y entenece desde el principio al fin.

Sólo la pésima enseñanza de la historia y el reaccionario culto de los héroes explica que haya sido tan poco y tan mal conocido. En otra ocasión comenté que me atreví a describir sus peripecias en circunstancias penosas. Eran años de dictadura, de crímenes y corrupción. Había decidido humanizarlo con un doble objetivo: por una parte contribuir a ablandar el enfrentamiento cívico-militar y, por la otra, infligir una elíptica crítica a quienes, cubriéndose con oropeles inmerecidos, pretendían lucir como herederos del prócer. Era imperativo recuperar lo mejor de su conducta para lograr el doble resultado.

Entendí que para ello bastaba mostrar sin encubrimientos idólatras sus conflictos de hombre, sus padecimientos, ambición, fatiga, rabia y locura. Su decencia. Sobre todo su decencia. Y recordar con fuerza su marcha dolorosa bajo el granizo de las injusticias, las mismas que muchos de sus corifeos aplicaban al resto de la ciudadanía: persecuciones, tormentos, ofensas. Narrar las miserias que diezman a los mejores. Las cuotas de alucinación con las que se avanzó hacia la libertad. El nivel de heroísmo, mezquindad y ambición con los que se amasaron las primeras décadas de vida emancipada como un modelo que aún no perdió su vigencia.

Este libro es también un homenaje a muchos escritores que animaron mi juventud y aún pueblan mis ensueños: Stefan Zweig, Emilio Salgari, Joseph Conrad, Julio Verne, Herman Melville, Alejandro Dumas, Romain Rolland. A cualquiera de ellos —pese a sus estilos y preferencias disímiles— les hubiese conmovido el incansable luchador que fue Guillermo Brown. Lo hubieran amado por su intrepidez, generosidad, frustraciones, compulsión y trastornos psíquicos. Por su humana complejidad y por las circunstancias excepcionales que le dieron marco.

Por su mensaje desde el ayer para el hoy tan confundido.

Marcos Aguinis

Buenos Aires, mayo de 1995

I

Corre el año 1818.

José de San Martín ha librado la decisiva batalla de Maipú y se dispone a culminar su campaña emancipadora. El presidente Monroe de Estados Unidos adquiere tierras en la africana Liberia para la American Colonization Society. El general Bernadotte asume el trono de Suecia con el nombre de Carlos XIV. Brackenridge escribe su notable y pintoresco *Viaje a la América del Sur*. Napoleón sigue encadenado a la roca de Santa Elena y la yaga sospecha de su fuga hace palidecer a los nuevos amos de Europa. David Ricardo lanza los históricos *Principios de economía política*. Ludwig van Beethoven, después de numerosas sonatas y ocho sinfonías —abrumado por la sordera—, compone su vibrante *Missa Solemnis*. John Keats, rodeado de musas inspiradoras, redacta su fundamental *Endymion*. El severo Schopenhauer publica una obra cumbre: *El mundo como voluntad y representación*. Simón Bolívar reorganiza sus fuerzas con obstinación genial, decidido a quebrar definitivamente el poder colonial en América.

En ese año de 1818 el coronel de marina Guillermo Brown, luego de liberar el Atlántico sur y alborotar las costas del Pacífico —pero también herido por hondos desencantos—, regresa a Buenos Aires desde Londres.

Es que Brown ha decidido rendir cuentas de su escandalosa desobediencia al Gobierno de las Provincias Unidas, aunque sus detractores no lo creen capaz de ello y siguen insistiendo que la pasa demasiado bien en Londres para arriesgarse a un enfrentamiento de honor en Buenos Aires. Ni siquiera el Director Supremo lo estima verosímil.

Parado junto a la borda del buque que lo trae de regreso, sus ojos azules contemplan la niebla del amanecer. Su cabello flota en las ondas del aire. Viste traje oscuro y tiene envuelto el cuello con una chalina de algodón. El Río de la Plata, inmenso, limoso, suelta algunos brillos cuando rompen los oros de la aurora. Los vapores nocturnos empiezan a huir, espantados por el tajamar del barco. El velamen desplegado, redondo de brisa fresca, empuja hacia el oeste. Pronto emergerá el caserío de Buenos Aires con su escolta de barrancas: se levantará como una larga muralla de almenas irregulares. Y se irá cribando de relieves, salpicando de manchas verdes y amarillas. Allí lo aguardan, desea Brown. Ha escrito al Director Supremo anticipándole su determinación de presentarse espontáneamente. Me asiste la justicia, se repite a sí mismo como si la frase tuviese el poder de un talismán. Las autoridades y el pueblo de la República deben de recordar sus abnegados servicios. En Buenos Aires, cuando retornaba de los combates, era recibido por una muchedumbre delirante que lanzaba al cielo sombreros y banderas mientras los músicos estremecían la tierra y el agua, y las baterías del Fuerte lo saludaban con el estampido de sus

cañones. La tripulación exhausta arrancaba fuerzas a la agonía para rugir aclamaciones de júbilo. Brown no sólo había terminado en 1814 con el poder realista en el Atlántico, sino que en 1815 había producido pánico a la navegación y fortificaciones españolas en las costas del Pacífico. Bernardino Rivadavia, que ejercía mucha influencia en la opinión pública, también le había aconsejado volver en una conceptuosa carta. Su sitio estaba en esta tierra chúcará, adolescente.

Las olas oscuras se deshacen contra las maderas del buque. Brown las quisiera tocar: vienen de Buenos Aires. Han lamido sus radas interiores. Han sido agitadas por la legión de lavanderas que todas las mañanas alborotan sus orillas. Sobre este río que parece mar, hace cuatro años una bala le fracturó la pierna dejándole rengo para toda la vida. El fogoso cirujano Bernardo Campbell lo asistió en cubierta, bajo un restallante tejido de proyectiles. Brown era un testarudo que no aceptaba ser descendido a su cámara: continuaría dirigiendo la lucha. Estaba negro de pólvora y paralizado de dolor. Campbell gruñía y ordenaba a su asistente que mojase los labios del jefe con otro poco de ron. Le desinfectó la herida, redujo la fractura y le aplicó un vendaje ajustado. Brown no perdió el conocimiento ni los detalles del combate. El médico maldijo su trabajo para no maldecir a su obstinado paciente, y siguió atendiendo a las demás víctimas que se amontonaban en los barcos. La refriega terminó con una victoria espectacular. Apoyado en muletas, Brown recibió el afecto de una multitud ebria de agradecimiento. Le entregaron una medalla, la primera que decoró su uniforme. José de San Martín, por entonces autoconfinado en Mendoza, dijo que era el mayor triunfo obtenido hasta ese momento por la Revolución americana.

Su mano arrugada por la inclemencia de los mares acaricia la húmeda baranda. Empieza a definirse la línea irregular del caserío porteño. Ya distingue, tras la niebla opalescente, el mirador de la iglesia de San Ignacio que sobresale sobre los techos rojos y desordenados. Puede distinguir, también, el templo protestante de San Juan Bautista —otrora concurrido por su esposa—, y la iglesia de la Merced. En primer plano, los gruesos muros del Fuerte, con sus baterías en acecho. Y más acá, conteniendo al río, la espaciosa Alameda. Pequeños bultos avanzan dentro del agua: son carretas de ruedas enormes, tiradas por bueyes, hasta donde los pasajeros serán llevados por botes. El buque navega con prudencia por los endiablados canales del Río de la Plata esquivando los bancos de arena; cuando desaparece la profundidad, larga el ancla.

Buenos Aires todavía está lejos., Las embarcaciones menores rodean los flancos del navío. Brown ayuda a su mujer y luego a sus hijos, mientras indica a los bulliciosos maleteros algunos cuidados con los arcones de su equipaje. Los marineros tironean de las amarras mientras se realiza el trasbordo a los botes inestables. Luego un grito, una orden, y la pequeña embarcación se suelta. Flota, ondula, se hunde, se

eleva, el buque que los trajo de Europa se achica. Y el caserío cada vez más próximo y real. Elisa, su hija mayor, sosteniéndose con una mano el sombrero, señala las carretas. Otro trasbordo. Cuidado con engancharte el vestido. Agárrense de los travesaños. Los maleteros cargan el equipaje en otra carreta; son casi todos pardos y su piel brilla de sudor. Los bueyes bajan la cabeza y tiran con esfuerzo. Se siente el crujido de la arena sumergida bajo el peso de las ruedas. Los edificios junto a la Alameda chorrean luz. Ahora es necesario dar un saltito hasta la pasarela y atravesar los controles de aduana.

A Brown no lo esperan. Entrega sus papeles que son leídos con retaceado asombro. Enseguida lo invitan a entrar. Aguarde hasta que le entreguen su equipaje, le dicen. De pie, apoyado en su bastón, rodeado por su familia, parece un desconocido forastero. A su lado pasan marinos, policías, changadores y hasta los mendigos que asaltan con la mano implorante. Le estremece la familiaridad del sitio, la lengua, el desorden. Un negro lo está mirando, porque su figura esbelta, sus ojos azules, su mentón abultado, sus labios entreabiertos le recuerdan algo excepcional. El negro retrocede un poco, toca el brazo de otro estibador, juntos se acercan, dudan, pero de repente se les abre un estallido de júbilo y gritan "¡Viva la Patria, viva Brown!" El rostro del almirante se ilumina como si fuera un niño. Elizabeth hunde los dedos en la cabellera de su hijo menor. Lo han reconocido, es la gente que lo acompañó en la guerra.

Pero el grito metálico no se repite: ha sonado en un desierto. Los pasajeros atienden con ansiedad el destino de sus maletas, los empleados se concentran en sus papeles. No hay carruajes oficiales, no hay comitivas del Gobierno. Ambos negros, tras una reverencia, retornan a su trabajo. Brown alquila una volanta y, en silencio, parte hacia su hogar.

El 26 de octubre, apenas tres días después de su arribo, lo visita una delegación militar: el héroe de dos océanos es arrestado y encarcelado en un cuartel. Le informan que está bajo proceso por orden del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El almirante, con la boca repentinamente seca, consuela a Elizabeth, besa a sus hijos, les advierte que, proporcionadas las debidas aclaraciones, pronto volverá a reunirse con ellos.

Brown se equivoca. El juicio será demasiado largo, demasiado humillante, demasiado oneroso. Enfermará en prisión. Y lo asaltarán allí, por primera vez, los tizones de un infierno propio, intransferible.

No es el único patriota mortificado: pocos meses antes San Martín le escribía a Tomás Guido: "En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden".

II

El pueblito de Foxford, en Irlanda, donde nació Guillermo Brown, estaba rodeado por un círculo de colinas erizadas. Al atardecer, sus contornos negros, graníticos, semejabán las armas de un ejército hostil. Las habitaban el frío, la aridez y los vientos. Pero no fue siempre así. Sus abuelos contaban que antes se extendían las verdes cabelleras de bosques frondosos e interminables. Que vinieron legiones de explotadores con hachas y sierras para desmontarlos con satánica prolijidad. Arrancaron las melenas verdes imponiendo la desolación. Los vientos son los únicos que protestan día y noche, porque a los habitantes de Irlanda se les prohibió formular críticas. Desde que fueron aplastadas con sangre las recientes rebeliones contra el dominio inglés, los habitantes de este sufrido país no podían siquiera rezar en paz. Fue limitada la enseñanza, obstruido el trabajo y discriminada la religión.

En esta atmósfera de opresiva tristeza nació Brown en el año 1777. Pero no hay tristeza colectiva, por compacta que sea, que no suelte una flecha al cielo. La cantidad de números siete originó divertidos comentarios de su tío cura. El padre Brown, interrumpiendo sus lecciones de catecismo, matemáticas y geografía, le señaló que por haber nacido en el 777, recibiría una gracia especial. En siete días Dios creó el mundo, siete fueron los principios morales de Noé y durante siete años trabajó el patriarca Jacob por Lea y otros siete más por Raquel. El inteligente y hermoso José interpretó un sueño del faraón sobre siete vacas gordas y siete vacas flacas. Y el jubileo es la culminación de siete veces siete años. —Tendrás la protección del Todopoderoso —dijo el buen cura—, y cuando te entristezca el infortunio, recuerda que nunca durará más de siete años.

El infortunio del padre Brown, en cambio, no acabó en siete años. La persecución religiosa le había obligado a concluir su formación en el extranjero, especialmente en la luminosa Salamanca. Tuvo que regresar disfrazado de mercader. Sus servicios sagrados no podían ser públicos. Celebró en las cuevas de los montes. Jóvenes morrudos hacían guardia en los riscos y los silbidos del viento acompañaban sus preces. Recorría en burro o a caballo las viviendas diseminadas y, cuando el animal no se atrevía a desplazarse por el pedernal resbaladizo, arremangaba la sotana para saltar piedras o se quitaba los botines para cruzar los impetuosos torrentes. Llevaba el consuelo y la fe. Representaba la vieja, nunca olvidada libertad. Lo acusaron de complicidad con los insurrectos. Fue arrestado, encarcelado y torturado. En Foxford y su cinturón de colinas lloraron su ausencia, sus heridas, su humillación. Y lloraron de alegría al enterarse de que logró fugar. Pocas semanas más tarde se distribuyeron mensajes de oreja a oreja: otra vez está en el monte, el próximo domingo celebrará misa... en el monte, sí. Guillermo pudo ver nuevamente a su tío, el hombre de larga barba rubia, ojos tiernos en la enseñanza y fulminantes en el sermón. Llevó los

cuadernos donde anotaba las definiciones y practicaba los ejercicios; el cura aprovechaba cada oportunidad para enseñarle lo que debía saber acerca del cielo, la tierra, y también el mar. Un decreto de Su Majestad había limitado la enseñanza para los irlandeses. La enseñanza se había convertido, por lo tanto, en otra lucha clandestina contra la opresión tan cruel como imbécil.

En Foxford las noches se poblaban de gritos. El pequeño se despertaba sobresaltado. Su madre, temblando, espiaba a través de los postigos. Y su padre, sacando un arma del viejo arcón, acechaba la puerta por donde irrumpirían los asesinos. No debían llorar. Ni hacer ruido alguno. Los galopes desenfrenados se venían encima de la cama. Guillermo oía órdenes y maldiciones como si las pronunciaran dentro del cuarto. De pronto se iluminaron las rendijas. Brotaron aullidos espantosos. Sonaban tiros. El fuego nacía en los graneros y se extendía a las moradas. La gente corría pidiendo auxilio. Y clemencia. La respuesta eran nuevas descargas de fusilería. Su padre abrió de un golpe la puerta y la luz le quemó la cara. Su mujer intentó retenerlo. Tarde: ya estaba corriendo hacia los heridos diseminados por las callejuelas. Entonces los hermanitos de Guillermo empezaron a llorar apretándose la boca. A la madrugada regresó el padre. Estaba sucio, negro, ronco. Se cambió, bebió té en silencio y partió hacia la hilandería.

Ciento cuarenta y cuatro hilanderías llegaron a crearse en Foxford. Irlanda se hizo célebre por sus industrias textiles. Junto al correntoso río Moy se levantaron orgullosos molinos accionados por sus aguas. Pero la fama no convenía a la vecina isla, propietaria del archipiélago. Desde el Gobierno fueron aprobadas restricciones legislativas para los tejidos de lana, después para los de hilo. En realidad se legisló la pobreza. Desde varias aldeas empezaron a emigrar hacia los Estados Unidos. Empezaron a emigrar desde la misma diminuta Foxford. Las hilanderías cerraban una tras otra. Y sus molinos quedaban como sombríos monumentos.

Guillermo ayudaba a su padre. Cuando podía, escapaba del taller y contemplaba con entusiasmo las embarcaciones que cruzaban a golpe de remo el apurado río. Una tarde se apoderó del gran saco de frisa de su padre y saltó a un bote. Tenía siete años y los remos le pesaban mucho. Desplegó la vela y navegó temerariamente por el peligroso Moy. Repitió la aventura. Llegó a los lagos Conn y Cullen. Hasta que lo descubrieron. Su padre, indignado, no estuvo satisfecho con la reprimenda y le pidió al sacerdote que diera una buena lección a este chico atolondrado. El buen cura, estirándose la barba, simulando enojo, pidió explicaciones, pidió arrepentimiento, y terminó enseñándole cómo se empuñan los remos y se extienden las velas.

El rudo paisaje conformaba un marco de leyendas sobre malignos espíritus y gigantes dientudos que sobrevolaban montañas y navegaban en tempestades. A veces esos gigantes ingresaban de golpe en la realidad vistiendo uniformes ingleses. La discriminación contra los católicos —decía el cura— era tan incomprensible como

insoponible. Disminuía la ración de los platos, no se renovaba la ropa; Guillermo aguantaba sin preguntar. De pronto oyó llantos, discusiones y vio a su padre llenando un baúl. —Irás conmigo, Guillermo.

Se trataba de un viaje largo, cruzarían el océano, el mismo que atravesaron los descubridores, para ir a un país nuevo, libre, donde no se persigue por causa de la fe.

—Primero iremos nosotros dos, luego nos seguirán mamá y tus hermanos —informó el padre.

Esta familia también acabó por sumarse, entonces, a la corriente de emigrantes que generaba la persistente opresión.

Una semana y media más tarde, antes del alba, fueron en carro hasta el muelle. La despedida habría de ser silenciosa, como se estilaba en tiempos de excesivo dolor. Los unía la humedad de los ojos, la latente esperanza, el obvio temor a separarse.

La nave que los llevaría a otro continente exhibía una arboladura tan grande y un cablerío tan enrevesado que parecía el amenazante bosque de las fábulas. Los abrazos hicieron crujir las tiernas costillas de Guillermo. Fascinado por la altura de los mástiles, no registró el instante en que lo separaron de su madre, le hicieron cruzar un puente e instalaron en un rincón. Los marineros corrían por cubierta y trepaban las escalerillas. Comenzaron a extenderse las velas: enormes sábanas que caían del cielo y todo el cielo giraba y oscilaba. Resonó la voz del comandante. Se agitaron manos y pañuelos y el muelle se convirtió en un racimo de personas al pie de la brumosa montaña de granito. Todo sucedía muy rápido. El pequeño Guillermo mantenía clavada su vista en los contornos que rodeaban a Foxford y le asustó verla descender en el horizonte, poco a poco, tragada por el mar. Al cabo de unas horas sólo quedaban las mismas gaviotas que llenaban la costa de Irlanda, revoloteando entre las nubes y el agua infinita.

Al cabo de unos días Guillermo descubrió el color azul. Se extasiaba en popa, frente a su derroche de tonos. Es el color que aparece cuando se disipa la niebla. Y que deberá retornar a Foxford cuando los gigantes de uniforme dejen de perseguir católicos. La espuma que se abría como un encaje, volvía pronto a la paleta del índigo. Hasta de noche, cuando las estrellas bajaban para ser tocadas con la mano, también predominaba el azul. El suntuoso color era espolvoreado al amanecer con el oro que derramaba un sol muy limpio, transformándolo en verde. Así de verde tenía que haber sido su tierra antes que desmontaran los bosques.

Una noche desaparecieron las estrellas. Y también el azul. Se estableció un negro tan oprimente como el luto de su madre cuando murieron los abuelos. El buque empezó a oscilar. Cayeron cajas. Llegó el viento de las colinas irlandesas para aullar entre los mástiles. El océano se arrugó como el lomo de un caballo y reventó en olas hirvientes. Los marineros trepaban las escalerillas de cuerdas plegando velas. El comandante con la bocina en mano impartía instrucciones. La faena del mar se

convertía en lucha contra los monstruos que se alzaban desde el fondo negro. Las maderas gemían bajo los azotes del agua y los relámpagos iluminaban las arboladuras desnudas que se bamboleaban sin freno. Las olas se desparramaban con estruendo sobre cubierta. El agua se quería abrir paso hacia los camarotes. Esto duró horas. Guillermo se durmió mirando el combate singular. El combate prosiguió en su sueño: él contra los gigantes y su cortejo de malos espíritus. Los mismos que incendiaban graneros y asesinaban católicos. Lo perseguían en el mar.

Por fin llegaron a Filadelfia. El amigo que los debía esperar para brindarles orientación y ayuda no apareció en el puerto. Averiguaron entre los inmigrantes irlandeses y recibieron una grave noticia: había muerto de fiebre amarilla un par de semanas antes. Sus familiares se desentendieron de las promesas que hubiera formulado; no era fácil conseguir ni siquiera el propio sustento en esta tierra nueva, aunque hubiese libertad. Sin tener a quién recurrir, su padre gastó los magros ahorros y se fue hundiendo en la melancolía: no conseguía trabajo, no podía mandar dinero a Foxford para que viniese el resto de su familia, ni siquiera tenía para comprar el billete de regreso. Una tarde, cuando Guillermo volvió al oscuro cuarto con la comida que lograba arrancar a las pocas almas piadosas que rondaban el muelle, encontró rígido a su padre. Se acuclilló a su lado y empezó a llorar, primero en silencio, resistiéndose a aceptar que había fallecido, luego con una convulsión. Guillermo acababa de cumplir diez años y había sido condenado a un desamparo absoluto. Estaba solo. Completamente solo. Su tío le habría consolado explicándole que eran los siete años del infortunio. Pero allí no encontró consuelo. Al término de horas que nadie se interesó en contar, salió a las callejuelas de Filadelfia con las mejillas irritadas por las lágrimas. Consiguió que le pagaran una sopa, que le permitieran dormir en los establos. Que enterraran a su padre.

El río Delaware corría lentamente. Era oscuro y brillante. Las embarcaciones se desplazaban como cisnes por su superficie calma. Recostado en la orilla, Guillermo contemplaba los altos árboles. Así de hermosos habían sido en Irlanda. Con sus maderas construyeron la casa donde nació, donde su padre le narraba milagros de San Patricio y su bueno y valiente tío se burlaba de los ingleses. A su lado yacía el bolso exiguo con un par de pantalones, dos camisas, pan duro y restos de queso. Le dolía el estómago: el hambre duele.

Un magnífico barco mercante se disponía a partir.

Sus arrogantes palos se vistieron con un henchido follaje de velas. El niño se acercó a mirar el flanco bruñido, el mascarón de proa lleno de filigranas mitológicas. Alguien le gritaba: —¡Eh, muchacho! —Guillermo siguió caminando porque nadie se interesaría en su insignificancia. No obstante, lo llamaban a él. Lo llamaban con la bocina, era el capitán del buque. Giró, se señaló con sorpresa, fue hacia la nave y accedió a subir. ¿Qué querrían de él? Le hicieron preguntas. Se trataba de una

embarcación norteamericana. ¿Quería incorporarse a la tripulación? Le dieron un plato de comida, le sonrieron. Hacía mucho que no saboreaba lentejas y tampoco bebía una sonrisa. Dijo sí.

Y comenzó su carrera naval.

Recorrió durante diez años las Antillas y el Atlántico. Aprendió a defenderse de tifones y filibusteros. Descubrió los arcanos de la lucha sobre el agua, las ventajas del barlovento y de los ataques sorpresivos. Se acostumbró a mantenerse firme sobre cubiertas huidizas y a no caer de los mástiles aunque la nave se sacudiese como una pandereta. Atendió las bombas, organizó los víveres, montó guardia y empuñó el timón bajo el sol y bajo la lluvia. Arrió velas en la tempestad, atacó fuertes en tierra y bajeles en alta mar. Aprendió a aplicar ligaduras para detener una hemorragia. Soportó el hambre y la sed. Recorrió aldeas sucias, donde la miseria consumía a los nativos. Liberó el cargamento de barcos negreros. Cambió de barcos y de capitanes. Aguantó los soponcios de travesías largas en bodegas mal olientes. Aprendió a mandar, arengar a la tropa, ser el primero en el asalto. Luchó junto a marineros grandes como gorilas, de voces estentóreas y cuya piel curtida era dura como la de un paquidermo. También aprendió a esperar con paciencia infinita y a proceder con la velocidad del relámpago. Fue herido y desarrolló una capacidad sobrehumana para ignorar los dolores mientras durara el combate.

A los diecinueve años fue apresado por un buque inglés. Aunque ya tenía la matrícula de capitán fue llevado como botín de leva. Sus ojos azules, llameantes, miraron con odio a los oficiales que procedían con tanta arbitrariedad. Era la misma gentuza que había arruinado a su padre y ahora lo quería arruinar a él. En contra de su voluntad debía servir a esa bandera de líneas cruzadas; de la que hacía poco se habían liberado sus camaradas norteamericanos. Guillermo nació bajo esa bandera pero no la recordaba como alero protector, sino como tenaza.

En la penumbra del barco inglés pergeñó tácticas de fuga. Había que esperar la llegada a un puerto o la proximidad de una nave enemiga. Ocurrió lo último. El *Président*, francés, provocó la alarma. Empezó un combate en el que Brown y sus amigos sabotearon las defensas.

Sabían que Lafayette había colaborado en la emancipación norteamericana y que los principios revolucionarios de París propugnaban la justicia universal. Los ingleses tuvieron que rendirse. El botín de leva, empero, sufrió la decepción. El *Président* no era comandado por Lafayette ni a sus oficiales les interesaba la filosofía de la Revolución Francesa. Guillermo Brown fue arrinconado como enemigo en un sucio calabozo. Injusticia enloquecedora: los ingleses lo habían discriminado por irlandés, luego apresado como norteamericano y ahora los franceses —a quienes ayudó en la batalla— lo despreciaban como inglés. Y no había forma de demostrarles su error. Lo enviaron al puerto militar de L'Orient y de allí a la prisión de Metz. Estaba en pleno

continente europeo, lejos de América y también lejos de su Foxford natal. Protestó por los equívocos absurdos: él no era súbdito de la corona británica, sino que fue víctima de un ataque inglés a un barco americano. No merecía la cárcel. Pero los franceses, obsesionados con su enemigo de allende la Mancha, no creyeron esas historias retorcidas.

Guillermo tenía paciencia en el mar, aun cuando su superficie parecía tapada con un manto de aceite y del aire se esfumaba toda brisa: en algún momento, ineludiblemente, sobrevendría el cambio de la atmósfera. Pero nada de paciencia tenía en el monótono encierro de Metz, injusto y absurdo hasta la sublevación. Le advirtieron que era peligroso huir; no encontraría aliados hasta muchas millas de distancia. Él había desarrollado una cualidad que volvería a presentarse en cien oportunidades: la lucidez ante el peligro. En ese momento se iluminaba. Los riesgos dejaban de ser riesgos, los obstáculos se convertían en banalidades. Como resultado de esa lucidez, una mañana el guardián encontró la celda vacía y desparramó la alarma. Brown ya estaba lejos vistiendo un traje de oficial francés. Al llegar a un molino, un soldado que se paseaba bajo los árboles lo vio transpirado y desaliñado. Se acercó para brindarle ayuda. Brown no era capaz de pronunciar un monosílabo en buen francés. Estiró su chaqueta y reanudó la marcha. El soldado apuró el paso. Cuando ya le daba alcance, Brown entendió que sólo tenía una escapatoria: correr. El soldado se despabiló súbitamente y gritó pidiendo ayuda. Apareció el molinero armado de un garrote. Los tres se abrocharon con puños y patadas hasta que el garrote consiguió aplastar a Guillermo.

La cárcel de Metz resultaba insegura y lo trasladaron a Verdún; lo confinaron en el calabozo más alto y hermético. Pero desde el primer día empezó a estudiar otra fuga. Percutió las paredes, examinó cada baldosa, se trepó hasta el techo superponiendo cama, mesa y silla. En el calabozo contiguo estaba el coronel inglés Crutchley. Arrancó un fierro del asador donde calentaba su comida y empezó a horadar el muro bajo la cama con el propósito de establecer comunicación con su vecino. Barría el piso con su sucia chaqueta y escondía los escombros en un baúl. Cuando le fue posible pasar la cabeza, urdió un plan con su flamante cómplice. Decidió labrar otro boquete en el techo. Trabajó de noche, con paciencia, con tenacidad. Tapaba el agujero durante el día con la bandera de su barco, de la que no se desprendió en ningún momento. Esta lealtad al emblema fue gratificante: consiguió abrirse un camino hacia la libertad sin despertar sospechas. Cuando la abertura dejaba pasar el cuerpo, con Crutchley armaron un cable atando todas las sábanas y treparon a la azotea. Acecharon el desplazamiento de los centinelas; se agazaparon en un rincón oscuro y fijaron la cuerda. Al quedar desprotegida la muralla se precipitaron al exterior y echaron a correr hacia el este. Se ocultaron en el bosque durante el día y con las primeras sombras reanudaron la marcha. El coronel, agotado

por la tensión y la fatiga, no pudo continuar; se desmoronó al borde del camino con la boca llena de espuma pegajosa. Brown lo cargó al hombro durante un trecho. En una aldea, simulando mudez, consiguieron chocolate crudo. Por fin divisaron el Rhin, límite de Francia con Alemania. En una barca, su dueño esperaba pasajeros fumando una larga pipa. Los fugitivos, con muecas y ademanes le pidieron que los cruzara a la otra orilla. El barquero se negó: esperaba a tres comerciantes que ya le habían pagado, que estaban por llegar. Y siguió disfrutando de la pipa. Guillermo le saltó al cogote. O los cruzaba o lo estrangulaba allí mismo. El rubicundo alemán se congestionó, asintió con los ojos desorbitados. Empuñó los remos y obedeció enérgicamente. Por el majestuoso río navegaban embarcaciones de carga y algunos veleros. Cuando llegaron a tierra alemana le expresaron en inglés y mal francés su agradecimiento. El coronel buscó en sus ropas destrozadas algún objeto, encontró una medalla y se la obsequió. El barquero se conmovió, sorprendido, y sonrió con la vista nublada. Entonces les confesó que no esperaba a tres comerciantes, sino a tres policías: había estado a punto de malograrles la libertad. Los fugitivos se miraron, lanzaron un alarido, se abrazaron y estallaron en una nerviosa, descontrolada carcajada. Echaron a correr como galgos arrojándose las briznas de hierba que arrancaban de la colina.

Tuvieron la fortuna adicional de enterarse que una princesa inglesa estaba casada con el duque de Wurtemberg. El coronel Crutchley se enderezó como si ya estuviera saludando a Su Graciosa Majestad y la Corte en pleno; le hervía la patriótica sangre de Albión. Guillermo se divirtió con el regocijo de su compinche y la paradoja de que el viejo y odiado poder inglés por fin le brindase ayuda. Mayor fue el regocijo cuando la princesa aceptó recibirlos. La embelesaron con el relato de sus peripecias y ella, en retribución, dispuso con anglosajona eficiencia que les entregaran ropa, dinero y pasajes para volver a Inglaterra como héroes de la nación.

Otra vez el mar. El infinito, omnipotente mar. El maravilloso bramido de sus olas. El azul. Guillermo aspiró la salobridad que impregnaba el aire. Y que humedecía su cara, su alma.

En Inglaterra se separaron los amigos. Crutchley se reincorporó al ejército y Guillermo Brown ingresó en la marina mercante. Después de haber sido perjudicado dos veces por la Corona británica, se ponía a su servicio en busca de paz. Paradojas del Señor. No estaba su tío para explicarlas.

Cultivó la amistad de Walter Chitty, quien pronto lo introdujo en su familia llena de marinos. La frecuentó con creciente entusiasmo para hablar de rutas y bajeles. Y porque le había fascinado su hermana Elizabeth. Le perturbaba y arrobaba la melodiosa voz, sus espesos bucles, el porte distinguido, los ojos satinados. Habló dirigiéndose a ella más que a los otros; y Elizabeth apreció la frontalidad de Guillermo, su aplomo, su modestia. Franquearon formalidades como las gacelas

franquean cercos. En pocas semanas caminaron meses. La delicada mano de Elizabeth se decidió a acariciar la frente de Guillermo. Lo quería, sí, pero ella era protestante, pertenecía a la religión mayoritaria que hizo imposible la vida de su familia en Foxford. ¿Cómo educarían a los hijos? Guillermo ya había pensado la solución, quizás irresponsable, quizá pueril, pero que allanaba el reino de su amor: las hijas mujeres cultivarían la religión de su madre y los hijos varones la del padre. Se casaron el 29 de julio de 1809.

Brown, sobre la vetuada mesa del comedor, desplegó varios mapas. Le había comenzado a dominar el deseo de abandonar Europa. Ahora que estaba casado, que esperaba tener hijos, anhelaba alejarse de ese continente convulsionado y ensangrentado por las interminables guerras napoleónicas. Lejos, muy lejos, casi donde el dedo cae de la mesa —¿observas, Eliza?—, corre el río más ancho del mundo. Los primeros navegantes lo llamaron Mar Dulce. En una de sus riberas existe una ciudad dominada por un cerro cónico y en la otra se levanta la capital del Virreinato. Los ingleses pudieron ejercer su dominio en esa zona durante un año y trajeron noticias excitantes sobre su gente y costumbres. Allí podríamos construir un hermoso y apacible hogar.

Los familiares de Elizabeth no estuvieron conformes con tamaño alejamiento. Para practicar el comercio marítimo no tenía que irse al fin del mundo, argumentaron. Guillermo escuchó, filtró, reflexionó, pero actuó según su criterio. Le gustaba consultar, que era diferente a obedecer. En el último eslabón sólo se fiaba de sí mismo. Esta conducta le reportaría éxitos, pero también amargos inconvenientes. La familia de su mujer desparramó razones y lágrimas. Brown consoló con una mano y empacó con la otra. Su decisión ya era irreversible. ¿Acaso barruntaba el destino que le aguardaba en esas tierras desconocidas, casi salvajes? ¿Intuía el estallido de movimientos revolucionarios como los que exaltaron a Irlanda, como los que relataban con unción sus viejos camaradas norteamericanos, como los que alumbraron París? ¿O era sincero su propósito de descansar de tanta guerra y para eso, precisamente, elegía "el fin del mundo"?

Zarparon en el *Belmond*. La costa europea, envuelta en humaredas de cañones e incertidumbre, se hundió en la lejanía. A fines de 1809, tras una travesía turbulenta, desembarcaron en el puerto de Montevideo. Elizabeth traía en su vientre a una hija, la que llegaría él ser novia desdichada del héroe más joven de la escuadra nacional.

III

Naves de poco calado —sumacas, faluchos, balandras, lugres, pinazas— se desplazan por el río anchísimo en un laborioso comercio que el monopolio español se esfuerza por mantener dentro de madre. En la Banda Oriental el negocio de cueros y el contrabando nuclea la actividad de los pudientes. Brown se entera de la abundancia increíble de vacunos que se reproducen en territorios que ni siquiera fueron colonizados, y que la apropiación de estos bienes se hacía más de hecho que de derecho. Establece contacto con ciudadanos británicos y estadounidenses —por la comunidad de lengua— y se esmera en aprender castellano, al que jamás lograría domar. Adquiere una embarcación de cabotaje para comerciar con los puertos brasileños.

Pero antes sale de Montevideo, cruza el dilatado río y el 18 de abril de 1810 ingresa por primera vez en la capital del Virreinato. En sus hondas faltriqueras se arrugan varias direcciones. No le resulta complicado orientarse. Buenos Aires es parecida a Montevideo, con pocas casas altas, aunque algunas muy bien construidas. El Fuerte protege a la ciudad, rodeado de un foso profundo que se traspone por puentes levadizos. En el otro extremo de la plaza domina el Cabildo, en cuyos altos vive el alguacil mayor. La atmósfera de otoño es transparente y al atardecer un airecillo de hierba perfuma las calles. Le advierten que el nombre de la ciudad no garantiza el clima: llueve demasiado, y entonces la luz argéntea desaparece por semanas. Los carruajes y los animales se hunden en el barro pegajoso, las casas bajas son invadidas por las corrientes sucias, los negros y mulatos forman legión —empapados los pobres hasta los huesos— para socorrer a los vehículos entrampados en el légamo universal.

Brown atraviesa las esquinas haciendo equilibrio sobre tablones provisorios y tiene que mudar varias veces la ropa para continuar sus actividades. En mayo el sol puja efímeramente por restablecerse. Fulgen por horas los charcos en la plaza mayor. Tras las retorcidas rejas se abren las ventanas que ventilan interiores donde lucen espléndidos muebles de caoba y jacarandá. Mientras Brown conversa con un comerciante originario de Bastan llamado Guillermo Pío White, una carreta sobrecargada de carne avanza pesadamente; se bambolea sobre la calle accidentada; y un enorme cuarto de vaca empieza a resbalársele desde lo alto. Unos chicos hacen señas al carretero, pero el hombre encoge los hombros: ¡qué importa un poco más o un poco menos de carne! La jugosa pieza cae al suelo y se aplasta en el barro. Brown no oculta su perplejidad: ese enorme y succulento trozo haría las delicias de una aldea entera en Europa. —Aquí hará la delicia de los perros —contesta su interlocutor—: los perros de Buenos Aires engullen tanta carne que ni pueden moverse, no sirven ni para ahuyentar ratones. Tenemos tantos ratones que valen por un ejército.

En contraste abundan los comercios donde se vende ropa de buena calidad. Los habitantes con recursos visten a la moda europea, aunque sin extremar el lujo. White lo invita a una reunión donde las damas y caballeros revelan destreza en la danza y pulimientos en la conversación. Pero sobre todo detecta un aire de vísperas que no soplaba en Montevideo. Averigua, se interesa, le proporcionan datos sugerentes, inquietantes. Cuando recorre las calles observa que mientras las negras vocean empanadas, los hombres discuten con ardor. Le cuentan que no sólo se discute en las calles, sino en salones, patios, zaguanes, atrios y hasta jabonerías.

Fernando VII fue arrestado por el águila napoleónica. Estas tierras quedan sin dueño nominal y sus presuntos herederos o representantes se disputarán la posesión. Brown desatiende su programa comercial, atraído por los sucesos que se precipitan. Estas tierras del "fin del mundo" sacuden sus costras de quietud. Y él ha llegado para presenciar el momento exacto en que se producirá la detonación. Como si su tío, desde las vecindades de Dios, hubiera dispuesto que experimentase por él la pascua que se frustró en Irlanda, el fulgurante salto de un pueblo hacia la libertad. Vive con arrebatos la tensa y lluviosa semana en que trepida el Cabildo, se expulsa al Virrey y se establece una Junta. Se abre paso a codazos para oír una arenga del doctor Mariano Moreno, a quien llaman el jacobino y cuya impetuosidad vale por una legión; entiende poco lo que dice, pero su voz y el entusiasmo que desencadena lo transportan a los montes donde el sermón y el viento y la sangre galopaban al Unísono. También conoce al hábil Juan José Paso: sus argumentos tienen el filo de los aceros damasquinados que en cuatro fintas desbaratan un alud de puntas españolas; un hombre así les hacía falta a los irlandeses para tapar las sucias bocas de los parlamentarios que en Londres sancionaban leyes de hambre y dolor. Brown lo contempla con extrema simpatía, la misma que Juan José Paso le tendrá a él cuando, tan sólo una década después, intercederá ante el Ejecutivo para sacarlo de la cárcel.

Sonríe ante el travieso desafío de los emblemas blanquicelestes —un color tan pálido— contra las franjas ignívolas de la Corona. Le fascina la temeridad del proceso: esta gente no dispone de tropas adecuadas para defenderse de las aguerridas formaciones realistas que vendrán a aplastarlas, ni asomo de escuadra para detener un solo buque adversario. Pero le gusta, lo marea, lo embriaga, lo deleita la palabra que se repite con obsesión y que aprende a pronunciar y gritar: libertad, libertad. En su defectuoso castellano se desgañita en la plaza, frente al adusto Cabildo.

Elizabeth —cuando él le narra exaltado lo que ha visto— comprende su transformación. No es un hombre diferente: ha vuelto a ser el Guillermo de Foxford, el que conoció a través de gestos, impulsos, relatos llenos de pasión. Le acaricia la diestra huesuda y contempla su nariz larga, su mentón abultado, sus labios gruesos y entreabiertos, sus ojos rejuvenecidos. Intuye que ha calzado en una ruta plagada de incertidumbre y de tormentas. Que la ha elegido y no la abandonará.

Por el momento Guillermo Brown carga su pequeño buque y parte hacia Brasil: debe continuar —trabajando como marino mercante. Lo acompaña su esposa. Llegan a la lejana y pintoresca Bahía. Pero sus autoridades le deparan una sorpresa terrible: consideran que sus papeles no cumplen los requisitos legales. No escuchan sus protestas ni ruegos: proceden con dureza y le confiscan la nave. ¿Qué hacer? El perjuicio económico resulta demasiado serio; no tiene recursos para comprar otro buque ni reponer las mercaderías. Golpe muy severo, este que le infligen los portugueses. Lo hunden en un fondo de saco. Y para salir de él no tiene más alternativa que desandar el camino, retornar a Inglaterra donde dejó fondos y está la familia de Elizabeth. Es un regreso desagradable, encapotado. Pero inevitable. Permanecerá lo necesario para recomponer su patrimonio. Además, dentro de pocos meses su mujer dará a luz; conviene que la asistan en Londres, aunque sigue determinado a construir su hogar junto al Río de la Plata.

En Inglaterra retorna los contactos. Los años de actividad comercial en la isla no fueron estériles. En octubre nace Elisa, la rubia y grácil Elisa que sólo permanecerá diecisiete años en el mundo. Guillermo no oculta la verdad a su familia: no se quedará en Europa. ¿Por qué empeñarse aún en la aventura?, preguntan sus cuñados. No es aventura, no... no sabe explicarse. Allí, en "el fin del mundo", un pueblo harapiento hará triunfar algo grandioso que se frustró en Irlanda. Su tío lo hubiera acompañado radiante a esa plaza embarrada por la lluvia pertinaz para dar voces y golpear los portones del Cabildo.

—Pero, ¿y qué tiene eso que ver con tus negocios?

Decididamente Guillermo no sabe explicarse. Su respuesta es comprometer la totalidad de su fortuna en otro buque que bautiza con el apócope del nombre de su mujer y que ya es el de su primera hija: Elisa. Se juega a cara o cruz. Pero dejará al margen del riesgo lo que más adora: esta vez partirá solo para acondicionar el camino. Las mujeres quedarán en Inglaterra hasta que él se establezca en Buenos Aires y pueda recibirlas como merecen. La decisión es dura, tiene que soportar advertencias, consejos y hasta amenazas. No cede porque bulle una premonición. Los mazazos del infortunio le han golpeado la nuca muchas veces y percibe la proximidad de otro impacto. Zarpa solo, con inquietud, con pena.

En efecto, en las proximidades de la ensenada de Barragán naufraga su buque. Es el impacto presentido.

Pero no pierde la serenidad. Como en Metz, como en Verdún, se ilumina ante el peligro. Controla a la tripulación, imparte órdenes precisas. Y salva la totalidad del cargamento. Después organiza un convoy, se pone a su cabeza y parte hacia Chile por tierra. En las poblaciones del trayecto vende las mercaderías rescatadas del naufragio. No ha hecho ni la mitad del camino y ya puede conformarse con una ganancia excelente. Entonces tuerce hacia Buenos Aires, donde se asocia con el dinámico,

fascinante y rico comerciante norteamericano Guillermo Pío White, a quien había conocido en vísperas de la Revolución de Mayo. Entre ambos compran la fragata *Industria* para realizar el primer servicio de cabotaje sistemático entre esta ciudad y Colonia.

Contento, escribe a su mujer avisándole que puede venir con la pequeña Elisa y el recién nacido Guillermo; los espera ansioso y feliz.

IV

La dicha no puede ser un estado duradero en quien está signado para alternar vacas gordas y vacas flacas.

La fragata *Industria* de Brown y White es abordada por la poderosa flota realista que mantiene su base en Montevideo. Le secuestran la mercadería y maltratan a su tripulación, obligándola a empedrar calles de Montevideo. Guillermo Brown se frota los ojos, quemantes de rabia, y reflexiona sobre la lista de países que hasta ese momento ya le habían declarado la guerra: primero Inglaterra arruinando a su familia y convirtiéndolo en botín de leva en alta mar; luego Francia encarcelándolo en Metz y Verdún; después Portugal confiscándole en Bahía su buque; y ahora España agrediéndolo en el río. Medio mundo en contra suyo... Y bien, si ése es el panorama, luchará tal como se presenta.

Solicita los permisos necesarios para su actividad fluvial al Gobierno de las Provincias Unidas y continúa su trabajo. Pero ya no es un trabajo comercial pacífico e inocente: transporta víveres, armamentos e información para los sublevados, cuidadosamente envueltos en lonas o disimulados en cajas. Perdida la fragata *Industria*, arma una goleta e intenta desquitarse por su cuenta y riesgo. No le duró mucho su afán de simple comerciante: su vocación es la batalla. Casi ni se da cuenta que ha comenzado a efectuar peligrosos abordajes. Toma prisioneros realistas como los ingleses tomaron americanos y los franceses a ingleses. Obtiene información sobre el movimiento de la escuadra enemiga en el ancho río. Sin habérselo propuesto claramente, se convierte en el brazo armado de los patriotas sobre el Atlántico sur. Gana celebridad entre la gente del río y ante las autoridades, asombradas por su agilidad de maniobra y su rápido y minucioso conocimiento del lugar. Es verdad que sus golpes de mano nocturnos son magros, pero reconfortan como éxitos. De honorable comerciante irlandés pasó a convertirse en guerrero fluvial.

Elizabeth ruega que se canse pronto. Esperan otro hijo. Para vivir en guerra —le reprocha— no hacía falta venir tan lejos. Brown reitera sus razones, incluso formula la esperanza de que pronto abandonaría esta actividad: cuando los patriotas cuenten con ciertos recursos. Los recursos jamás serán suficientes —farfulla Elizabeth con realismo y hunde su cara en el hueco de las manos—. Guillermo abre la gaveta de su escritorio, moja la pluma y redacta una misiva al ministro Juan Larrea: "Tengo que informarle que, a causa de haberse esparcido la noticia de que me he convertido en hombre de pelea, y de haber llegado a oídos de mi cariñosa esposa que se halla en avanzado estado de gravidez, tengo que declinar el placer de continuar al servicio del Gobierno. La paz y las lágrimas de mi familia así lo exigen". A renglón seguido formula unas consideraciones sobre su goleta armada y, no pudiendo dejar de brindar servicios a cambio de su renuncia, máxime siendo tan crítica la situación de los

patriotas, promete que "haré tres juegos de libros con señales alfabéticas, semejantes a los de la Marina Británica, con el fin de que los buques puedan conversar hasta donde sus anteojos de larga vista lo permitan".

La coyuntura quita el sueño al Gobierno criollo. España, tras una resistencia heroica, logra expulsar a las huestes de Napoleón. En Nueva Granada y México vuelven a triunfar los realistas. Desde Chile llegan los lamentos por el desastre de Rancagua. Belgrano es derrotado en Vilcapugio y Ayohuma. La plaza de Montevideo continúa siendo un temible baluarte contrarrevolucionario, a pesar del prolongado sitio terrestre al que lo someten los patriotas: su formidable escuadra provee hombres y víveres. Montevideo puede resistir cien años. Sus buques se pasean ufanos por el Río de la Plata y los ríos interiores, dominan el Atlántico y mantienen comunicación con España y los puertos del Pacífico. El día menos pensado asaltará Buenos Aires y ahogará la Revolución. Los ataques efectuados por Brown y otros rebeldes fueron sentidos como simples molestias, simples cosquillas. El león español sigue siendo león y América un cordero.

Martín Jacobo Thompson, previendo un ataque catastrófico, propone agregar a las baterías ya existentes en Retiro, el Fuerte y la Resistencia, una línea de fuego flotante avanzada. Los golpes de mano y las operaciones anfibas no consiguieron agrietar el poderío de la escuadra española: son triunfos que se computan por el arrojo más que por los resultados. En Buenos Aires se afirma la sensación de impotencia. Los agoreros hablan ya de causa perdida.

En esta atmósfera de abatimiento surge la escuadra nacional. Los primeros pasos se deben al diputado salteño —ex combatiente en Trafalgar— Francisco de Gurruchaga. Este abogado que sirvió en la Real Armada española, apenas fue incorporado a la Junta Grande en diciembre de 1810 se dedicó a la formación de una escuadrilla. No existían enseres náuticos elementales, ni maderas, ni astilleros, además de carecerse de marinos profesionales o de hombres medianamente capaces de tripular buques en combate. Adquirió la goleta *Invencible*, la balandra *Americana* y el bergantín *25 de Mayo*. El ingenio anónimo confeccionó un refrán: "El *25 de Mayo* hará invencible la causa americana". En esa frase estaba contenida una profecía... para otro bergantín del mismo nombre.

El estreno de la modesta escuadra fue trágico. Navegaba por el río Paraná cuando le dio alcance una formación realista. El *25 de Mayo* y la *Americana* fueron apresados. Los patriotas lucharon como demonios. Sólo en la *Invencible* sufrieron 43 bajas. Juan Bautista Azopardo, que comandaba la flotilla, fue derribado de un sablazo en el momento que iba a volar la santabárbara. En el suelo, ya desarmado, aulló "¡la desgracia no me ha dejado terminar de cumplir con mi deber!" Fue trasladado a Montevideo, donde se le instruyó sumario de alta traición, y luego enviado a la Carraca de Cádiz, donde muriera el patriota venezolano Francisco de Miranda.

Después del desastre Gurruchaga se presentó ante la Junta:

—Vengo a ofrecer otra escuadra —dijo apoyando el puño sobre la mesa.

Las arcas estaban exangües, los servicios públicos eran deplorables, no alcanzaban los recursos para pertrechar los ejércitos del norte, en Buenos Aires los inválidos y los menesterosos morían en la calle. El animoso salteño, invirtiendo sus propios fondos, y con la generosa ayuda de Matheu, adquirió otras naves. Aunque precarias, impidieron algunos bombardeos y llevaron refuerzos a las tropas que luchaban en la Banda Oriental. Gurruchaga partió con Belgrano hacia el Alto Perú, sucediéndole en su difícil labor el morenista Juan Larrea. Precisamente, por esta definición política, Larrea —que integró la Primera Junta— había sido alejado del Gobierno y confinado en San Juan. Las paradojas estaban a la orden del día en este país que luchaba en todos los frentes: el brioso catalán de flequillo abierto y descalificante prontuario político, a poco de salir de la cárcel fue electo diputado ante la Asamblea Constituyente de 1813, por Córdoba... Ocupó la presidencia de dicha Asamblea de abril a junio firmando, entre otros decretos, la consagración del Himno Nacional y la fiesta cívica del 25 de Mayo. Pero la gloria mayor de Juan Larrea fue crear, organizar y pertrechar —como ministro de Hacienda— la famosa Escuadra de 1814, que destruyó el poder realista en el Río de la Plata.

Larrea era comerciante y político, pero sobre todo hombre de visión y decisión. Comprometió al cautivante, contradictorio y acaudalado norteamericano Guillermo Pío White, a su copoblano y socio Domingo Matheu y al experto capitán de marina irlandés Guillermo Brown. Faltan "hombres, buques, jarcias, cables y lonas, artillería, pólvora y aun fusiles", escribió. No había quien instruyera a los marineros, menos todavía a los oficiales. En los buques tendría que luchar gente acostumbrada a tierra firme: el solo movimiento de cubierta los pondría fuera de combate.

Pero Larrea no cejaba. Sabía de las inconsecuencias de White, que cultivó la amistad de los jefes ingleses cuando invadieron Buenos Aires. Sin embargo corrió el riesgo, encargándole "proceda a comprar y reunir todo cuanto se haga necesario para poner en el río una fuerza tan respetable que no sea aventurado el éxito". Le advirtió sobre la necesidad de trabajar con disimulo: "La celeridad y el sigilo en cuanto sea posible, son circunstancias sin las cuales veríamos frustrados nuestros esfuerzos, porque el Gobierno de Montevideo se hallaría en estado de destruir el armamento en sus principios".

Guillermo Brown, a pesar de sus deseos por marginarse de las acciones bélicas y no provocar daño a su mujer, está en condiciones de suministrar información acerca de los movimientos bélicos en el río y la Banda Oriental, y lo hace en forma ininterrumpida. Más adelante le escribe a Larrea otra carta, confidencial, ofreciéndose para equipar un buque apresado "sin que yo aparezca en el asunto". Y después le manifiesta que "puede usted contar con mis servicios". Se va convirtiendo, poco a

poco, en un soldado de la causa. Está ansioso por lanzarse a una batalla definitiva y lo dice con claridad. "Aún no sé si los barcos han de estar listos dentro de una semana, pero me dejaría llevar tras el deseo de embarcarme por el solo placer de contribuir al exterminio de los cruceros de Montevideo, como también ocasionar su rendición en menos de dos meses tras la zarpada de nuestra pequeña flota de Buenos Aires". Guillermo Brown no sólo expresa un anhelo sino su voluntad arrolladora, capaz de transformar ese anhelo en realidad. Larrea ni ningún otro miembro del acosado Gobierno nacional imaginan que ese joven capitán de marina anuncia el futuro. La carta termina con recomendaciones al ministro, que más bien son reproches: "A bordo de la *Hércules* deberían de estar trabajando doble número de carpinteros de los que vi empleados esta mañana. El alistamiento de la *Hércules* y su equipamiento deberían ser objeto de particular atención, como también respecto al *Céfiro* y el *Nancy*". Y vuelve a expresar su anhelo, que pronto rozaría la gloria: "Quiera Dios que estuvieran todos (los buques) frente a Ensenada. Yo respondería de su éxito contra su enemigo común".

En el alistamiento de la escuadrilla revolucionaria participan hombres de una docena de nacionalidades. Y en su tripulación ingresan aventureros, desertores, mercenarios. También voluntarios criollos, gauchos y orilleros. Algunos provienen de las cárceles. Se completa la tropa con delincuentes menores, esclavos negros y mulatos marginados. ¿Quién podría ser el jefe de esos individuos heterogéneos y díscolos?

Mientras el Director Supremo hesita ante la magra lista de candidatos a jefe, se van concluyendo los trabajos impulsados por Larrea, White, Matheu y Brown, lográndose en menos de un mes y medio erigir contra el enemigo dos centenares de cañones.

Los gauchos que detienen su cabalgadura para observar la construcción de la escuadra, introducen sus dedos bajo el pañuelo para rascarse la espesa melena. ¿Cómo podrá lucharse arriba de estos cajones? Los gauchos pueden entrar con sus caballos en el río hasta que el agua les llega al cuello y enlazar a los realistas que se sienten seguros en sus botes, arrastrándolos a tierra ahogados o estrangulados. Están acostumbrados a las boleadoras, el sable y la lanza, cayendo por sorpresa, como trueno, arremetiendo y escapando para volver a arremeter. ¿Qué clase de ataque podrían llevar a cabo encerrados en buques que en lugar de lanzas emplean cañones?

V

El jefe de la escuadra patriota tiene que ser electo a partir de una terna formada por el francés Courrande, el norteamericano Seaver y el irlandés Brown. Al Director Supremo le asiste la conciencia de su responsabilidad. Un error no sólo produciría la destrucción de esta segunda escuadra, sino el inmediato asalto de Buenos Aires por la flota de Montevideo. España, liberada del yugo francés, se dispone a recuperar su autoridad en las colonias insurgentes: han llegado noticias de que el violento general Morillo, a la cabeza de un poderoso ejército de represión, se alista para venir al Río de la Plata. Si aplastan este centro revolucionario, toda América austral quedaría nuevamente bajo el dominio de Fernando VII.

Gervasio Antonio Posadas, Director Supremo de las Provincias Unidas, repasa una vez más, con la frente transpirada, los antecedentes de la terna. La elección es más difícil de lo esperado.

Estanislao Courrande cuenta en su haber valientes acciones corsarias contra los ingleses, cuyo comercio venía hostilizando desde 1803.

Benjamín Sea ver nació en Estados Unidos pero juró lealtad a Su Majestad británica. Llegó a las Provincias Unidas con el propósito de comerciar mulas. Un accidente lo obligó a recalar para reparar las averías de su goleta. Ocho marineros quedaron a bordo y se hicieron a la vela, abandonándolo. Para resarcirse de la pérdida no vaciló en robar dos buques españoles. Simpatizó con los patriotas y éstos, admirando su ingenio y arrojo, le encargaron recuperar el queche *Hiena*, capturado por los realistas. Aunque el objetivo fracasó —la alarma previno a la tripulación del queche, que zarpó poniéndose a salvo—, Seaver apresó dos faluchos de guerra en esta reñida acción nocturna, produciendo cuantiosas pérdidas al enemigo.

Guillermo Brown se ha granjeado el respeto de los pocos marinos que ya trabajaban para las Provincias Unidas. Su inteligencia en la táctica y su audacia en la acción, su sensibilidad con los subordinados y su caballeresca arrogancia con los superiores, le conferían rasgos de caudillo. Además, tenía una sólida formación náutica y un acabado conocimiento de las aguas donde se desarrollarían los combates.

Posadas designa a Brown Jefe de la Escuadra. Brown tiene treinta y siete años, de los cuales se pasó más de cinco lustros en el mar.

Seaver se ofende y no acepta la autoridad del irlandés. Pero los acontecimientos se precipitan; la escuadra española emerge del río como una interminable muralla erizada de fusiles y cañones, lista para un ataque devastador. Brown se adelanta a una posible indisciplina del norteamericano avisándole que izará su insignia en la *Hércules* y "barco ninguno de la Patria, bajo pretexto cualquiera, podrá abandonar este puerto antes que la *Hércules*". Le ordena que apronte su goleta y le anuncia que recibirá un libro de señales, al que "dará usted exacto cumplimiento en nombre de la

Patria y en el de todos los que desean el triunfo de su causa". "Encarezco a usted la mayor decisión y pericia en el manejo de su buque contra el enemigo común". Por último, le desea "el mejor éxito y gloria como compañero de armas".

Benjamín Franklin Seaver, capitán de la goleta de guerra *Julieta*, lee con disgusto el mensaje de quien se considera su jefe y le responde con una estocada irónica. Ignora —dice— que él (Seaver) o su goleta "estén agregados al resto de la escuadra como para que el capitán Brown le haya dirigido la nota precedente".

Brown sabe que esta indisciplina puede generar una derrota. Comprende la dignidad de sus subordinados, pero no admite conductas que dañen la estrategia del combate. O se acata su autoridad o queda sellado el fracaso. Se dirige a Larrea, denunciando que está muy disgustado" como consecuencia de un bosquejo, o plan, que yo le entregué" (a Seaver) y que no fue tenido en cuenta. Brown recuerda que no había querido asumir el mando de la escuadra, pero acabó aceptando la honrosa designación efectuada por el Director Supremo: a pesar de tener motivos importantes, "mis deseos por el bienestar de la nación me indujeron a servir como comandante de la flota pero, para gran sorpresa mía, existe otro comandante". Atribuye a su ex socio White —con quien rompió poco tiempo atrás— los errores en las designaciones. White "demuestra mucha actividad en todo sentido menos el correcto". Además, agrega, "su morosidad ha determinado que la flota permaneciera en el puerto una quincena más de lo necesario". Se excusa por no entrar en detalles, concluyendo" que el Gobierno ha de decidir entre confiar el mando a Seaver, o exonerarle del servicio, por cuanto un cooperador conjunto como el que el sutil señor White desearía introducir, no puede ser el bienestar de la escuadra nacional".

Larrea muestra la carta al Director Supremo. Se convoca a una reunión general de ministros. El tiempo juega en favor de España; algunos creen que ya no vale la pena sacrificar hombres en combates fluviales. Larrea insiste para que se defina la autoridad de la escuadra. Nadie acepta exonerar al intrépido Seaver. ¿Y Brown, entonces? Por un minuto cruza por la sala el espectro de la derrota, por un minuto surge la posibilidad de eliminar al altivo irlandés. Quizá ya es demasiado tarde para atacar Montevideo, se continúa insistiendo. Los pañuelos con puntillas salen de las mangas para secar los rostros transpirados.

—Está bien —acuerda el Director Supremo—: no toco a Seaver. Pero Guillermo Brown seguirá como jefe de la escuadra nacional.

Era una fórmula de transacción. Para algunos era una fórmula confusa y riesgosa. Pero con ella se acababa de elegir el camino que salvaría a la Revolución de Mayo.

VI

Guillermo Brown considera que no hay tiempo para ejercicios. Despliega su insignia en la fragata *Hércules* y parte hacia un encuentro audaz con la indomitable escuadra realista comandada nada menos que por el bravo capitán de navío Jacinto de Romarate. Romarate había luchado a las órdenes de Liniers contra las invasiones inglesas y realizó una heroica y tenaz defensa de Buenos Aires. No entendió la Revolución de Mayo, a la que consideraba una enojosa sublevación. El fue quien destruyó la primera flotilla patriota y envió a prisión al enloquecido Azopardo. Su acendrada lealtad a Fernando VII no le permitiría ceder el control de las aguas.

El combate empieza el 10 de marzo y se prolonga hasta la mañana siguiente. Brown pretende apoderarse de la isla Martín García, pórtico de los ríos interiores. Las baterías escupen sus descargas y una densa humareda va cubriendo el campo de acción. La *Hércules*, empujada por los disparos enemigos, encalla en un banco de arena. Enseguida se convierte en el blanco principal de los españoles. Durante horas soporta una metralla inacabable. Sobre cubierta cae ensangrentada una cuarta parte de sus hombres. Los marinos españoles, formados en la Real Armada, corroboran su franca superioridad sobre las sucias y torpes fuerzas de las Provincias Unidas.

Mientras la *Hércules* se afana por liberarse del banco, el resto de la escuadra patriota se empeña en hostilizar a Romarate para sacarlo del lugar. Benjamín Seaver y otros oficiales son barridos por las balas. Comienza la lista de nuestros mártires navales. El cirujano Bernardo Campbell no alcanza a socorrer a tantos heridos, ni posee los elementos necesarios para desinfectar heridas o entablillar fracturas. Con los ojos fuera de órbitas, hinchado de rabia, denuncia que "varios de nuestros hombres más valientes estarían aun vivos quizá, si hubiesen existido a bordo los medios con qué socorrerlos. No los había, y nuestro botiquín era más apropiado para alguna vieja o para enfermos de consunción, que para marineros (...) que sólo necesitan aquellos remedios indispensables para curar heridas, accidentes, de los cuales no se nos ha provisto; pudiendo afirmar con seguridad que una onza de tela emplástica con un poco de seda para ligaduras, habría sido de mayor utilidad a este buque, que el botiquín entero".

Al caer la noche cesan los disparos. Sobre la cubierta del *Hércules* yacen decenas de hombres muertos o heridos. Brown camina entre los moribundos, distribuye agua y ron, pronuncia palabras de aliento. Teme haber empezado mal su carrera. Pero no está dispuesto a retirarse: logrará la victoria: Le aconsejan volver a puerto para reparar las averías.

—No. Que prosigan los esfuerzos para reflotar la nave; que se pidan tropas frescas a Colonia.

No pega los párpados en toda la noche. Hace un balance de las pérdidas,

reflexiona sobre el poderío del adversario que seguramente aumentará en las horas que faltan hasta el amanecer. Sus hombres son, en su mayoría, hombres de tierra. Se adaptará a la realidad. Confecciona un plan y lo comunica a sus oficiales. A las cuatro de la madrugada se desprenden numerosos botes que se desplazan en silencio hacia la costa. Es un desembarco temerario bajo la protección de los negros tules que aún flotan sobre el río. Pero la pupila alerta de los vigías españoles descubre la maniobra y abren fuego. Los tules negros son destruidos por el resplandor de los fogonazos. Los patriotas huyen del ventarrón de proyectiles. Caen en la playa, algunos trepando la colina. Al desastre naval de la víspera se añadiría el terrestre. El avance queda bloqueado.

Brown no duda ya. Corre hacia el tambor y el pífano y ordena que toquen el *Saint Patrick's Day in the morning*. La tropa se estremece y a viva fuerza, con impulso arrollador, consigue tomar la plaza de Martín García.

Romarate, que ya había gastado casi todas sus municiones, prefiere alejarse hacia Montevideo. Los argentinos prorrumpen en una gritería ensordecedora. Agitan pañuelos, vendas, manos, banderas, se abrazan, cantan, aúllan. La *Hércules* puede ser reflatada y, ebria de gozo, se dirige a Colonia para su reparación. Los sobrevivientes están aturcidos. Ganaron a costa de mucha sangre. Se inmolaron ciento diez vidas y se perdieron cuatro jefes: Benjamín Seaver, comandante de la *Julieta* y candidato rival de Brown; Elías Smith, comandante del buque insignia; Martín Jaumé, jefe de las fuerzas de desembarco y Roberto Stacy, ayudante de Brown. Victoria arrancada con el propio despedazamiento. De las ciento diez víctimas, la mitad era criolla y la mitad extranjera.

Buenos Aires festeja el triunfo de Martín Carda y pide a Brown que dé caza al temido Romarate. Brown responde que no se dispersará en acciones inútiles: su objetivo es la liberación de Montevideo, no Romarate. Sin esa fortaleza Romarate estará perdido. Insiste en su punto de vista ante Larrea y el Consejo de Estado. Trata de persuadir a Posadas. No es fácil: son tan lábiles ante el éxito —que tanto necesitaban— que pierden de vista la meta fundamental.

El casco cribado de la fragata *Hércules* se repara con cueros negros de vacuno; su curioso aspecto le vale un nuevo nombre: "la fragata negra". Brown obtiene más embarcaciones. Ha inyectado optimismo en Buenos Aires. Cuatro años atrás, exactamente, se habían proferido los primeros gritos de libertad en un clima de euforia, que pronto se reinstalará. Pero antes, la Revolución demandará otro holocausto.

Jacinto de Romarate, tenaz y astuto, había fondeado en Arroyo de la China, donde reorganizó y reaprovisionó sus buques. Una pequeña fuerza patriota le da alcance, engañada sobre su capacidad de resistencia. El bravo español apostó cañones en la costa y aguarda como un tigre agazapado. Dos naves perseguidoras encallan y se

convierten en el blanco de un ataque devastador. Muere el comandante patriota. Muere el que lo reemplaza. Muere el que reemplaza al reemplazante. El cuarto cae herido. El que manda la goleta *Carmen* vuela con las astillas de su buque.

El revés no perturba demasiado el ánimo de Brown. Aspira al encuentro definitivo. La escuadra enemiga lo obsesiona. Es superior en pertrechos y entrenamiento. No importa. Irá a desafiarla. Pero con un plan: atraerla hacia las aguas profundas, luego interponerse entre ella y la costa, bloqueándole la retirada.

—Y accionaré todos los cañones.

Los habitantes de Buenos Aires fluctúan de humor. Al alborozo de Martín García sigue la congoja por Arroyo de la China. El abatimiento se transforma en alacridad y el regocijo en tribulación. El temple de Brown y su empeño en derrumbar la fortaleza de Montevideo reflota el entusiasmo. Lo reflota un poco. Es más fuerte el deseo de victoria que la esperanza. Una multitud se derrama por la Alameda para despedir a los valientes. El atardecer espolvorea con rosas las azoteas y los campanarios desde donde se estiran brazos y cabezas. Vitorean al héroe de Martín García que, enhiesto en popa, contempla al pueblo exaltado; viste su uniforme de gala, como si navegase a una recepción y no al fiero combate. Empiezan a cantar el Himno. Retumba el cañón. El Gobierno ruega por el éxito, pero duda del éxito. Las cinco naves con las velas desplegadas como redondas alas blancas, marchan hacia el horizonte que se tiñe de rojo, preludiando la carnicería.

Días después emerge ante Montevideo, en línea de combate, la insolente flotilla patriota comandada por Brown. La ciudad ya se habituó al bloqueo terrestre. No era grave porque a través del agua llegaban víveres y hombres. Pero el desafío de este pentagrama náutico llegado desde Buenos Aires cambia la situación. A partir de ahora el sitio de Montevideo es total. Se interrumpe el aprovisionamiento y quedan cortadas las comunicaciones. La pretensión de las Provincias Unidas no se conforma sino con la rendición de la plaza. Y el jefe realista no está dispuesto a entregarse hasta que ardan los cimientos donde pisa: que se convierta en otra Troya, primero bloqueada, y después arrasada.

El cerco se torna asfixiante. Ni siquiera los pescadores se animan a internarse en el río para no ser baleados por las naves criollas. En Montevideo comienza a faltar comida. Aparece un foco epidémico que se irradia peligrosamente. Se multiplican los menesterosos que apenas pueden atender, el Cabildo, la hermandad de Caridad y el abnegado fray Ascalza, llamado "ángel protector de la indigencia". Los adictos fanáticos a Fernando VII se inquietan; es imperioso romper el sitio cuanto antes. ¿Se puede tolerar que cinco naves tripuladas por gauchos y delincuentes inhiban a la mejor escuadra española del Atlántico sur? ¿Qué esperan para salir a su encuentro y despedazarlos?

Los buques realistas por fin despliegan los paños y se lanzan bravíamente al

ataque. Romperán el collar en su eslabón débil, que ya han podido detectar. Pero, ¿qué hacen los sitiadores? En lugar de ofrecer batalla giran para huir. ¿Es verosímil? ¿Para esto vinieron a Montevideo? Claro: fue una baladronada. ¡Fanfarrones! Una súbita algazara estremece a los buques españoles: les daremos un escarmiento. Inician la persecución.

La escuadra patriota fuga mar adentro, seguida por la realista. Pero no efectúa una huida recta: Brown traza una amplia semicircunferencia para alejar a sus enemigos de la costa. Cuando gana el barlovento vira con rapidez, les corta el avance y enfrenta con los cañones. Antes que descubran su táctica vomita un alud de proyectiles. Ruedan cuerpos, se parten mástiles, se abren boquetes en los flancos, las velas se desgarran y una densa humareda se extiende en varias millas a la redonda. La lucha, con altibajos, se prolonga varios días. Los impactos llegan a ser brutales. Hay poco viento, lo cual impide la adecuada movilización de las naves. El enfrentamiento, cruel y agotador, no se define. Aunque ya es gratificante para Brown que su desarrapada tropa pueda contener a las fuerzas realistas. Pero no basta: se muda a la sumaca *Itatí*, cuyo escaso calado le brinda más agilidad. Romperá la peligrosa indecisión del combate: se acerca a un bergantín, abre fuego y produce numerosas bajas. Se movilizan las posiciones. Es necesario modificar los flancos. La sumaca sufre importantes averías. El retroceso de un cañón le quiebra una pierna. Y Brown cae junto a la cureña.

¡Han herido al comandante! Sus subordinados quieren dar la alarma. Brown, con una mueca, les ordena callar. Que le apliquen un vendaje provisorio. Aún puede seguir, que no detengan el fuego. Sus oficiales creen que delira y lo llevan de regreso a la fragata *Hércules*, donde lo asiste el doctor Campbell.

—No, no delira —dice el médico empapado en sangre y sudor.

Brown exige que lo cure sobre cubierta: la batalla ha dado un vuelco favorable y la seguirá conduciendo en persona. Campbell mastica una maldición y le examina la pierna: fractura.

—Hay que bajarlo a la cámara, mi testarudo comandante.

—No, mi cómodo cirujano: me atenderá aquí. Campbell se arremanga otra vuelta la camisa y pide a su ayudante que afirme bien el cuerpo del paciente. Silban los proyectiles. Brown mantiene en la mano la bocina.

—Es obcecado usted, mi comandante.

—Proceda, doctor.

Campbell tracciona con fuerza y reduce la fractura. Brown está blanco pero no se desmaya. Con voz áspera exige que continúen el torrente de fuego. Doblegará al enemigo.

El tronar del cañón y de la fusilería sólo se apagan cuando las naves ponen mayor distancia. La escuadra patriota no cesa, con ese diablo de irlandés que aún herido

sigue gritando órdenes. Vuelven las cargas y las densas humaredas. Los relámpagos rojos agujerean velas, arrastran cuerdas y hacen estallar bloques de madera. Los remolinos de humo denso ocultan por completo a los buques; sólo se detectan los cráteres de los cañones.

Montevideo presiente la rendición. Pero el enérgico general Vigodet, jefe de los realistas, no lo hará hasta que el sacrificio sea enorme. Brown ya ha apresado varias naves y destruido otras tantas. El buque principal huye de la batalla para resguardarse en el puerto. La *Hércules* lo persigue. Es tanto el pánico que esa nave no se atreve a replicar los disparos de Brown ni siquiera cuando alcanza la protección del Fuerte. Vigodet, que contempla la escena bochornosa desde la azotea, se hincha de rabia y tira el catalejo contra las rocas. Mientras, el general Alvear, por tierra, ya golpea las defensas interiores de Montevideo.

El buque insignia de los patriotas, con las banderas lanzadas al viento, ingresa majestuosamente en las aguas del puerto. Veintiún disparos retumban sobre el Cerro y más allá, sobre las cuchillas de la Banda Oriental, anunciando el triunfo de las Provincias Unidas del Sur. La *Hércules* se desplaza con grandes heridas a la vista, como enormes medallas, seguida por un cortejo de embarcaciones.

El 19 de mayo de 1814 Guillermo Brown eleva su informe: "Hay, más o menos, 500 prisioneros. El número de oficiales de distintas jerarquías es inmenso en proporción con el de marinos y soldados (...). La *Hércules* aún se encontraba a la cabeza y, acercándose rápidamente a los buques de retaguardia, disparó un par de andanadas que produjo tal desorden en esa parte de la escuadra que en el transcurso de pocos minutos el bergantín *San José*, y las naves *Neptuno* y *Paloma* se rindieron; y tengo el placer de informar a la sensibilidad de Su Excelencia que, aparentemente, fueron pocas las vidas que se perdieron en ambos bandos". Más adelante comunica un abominable descubrimiento: "según parece (Dios los perdone), se proponían cortarnos el pescuezo a todos, habiéndose distribuido al intento largos cuchillos, lo que es apenas creíble. Sea de ello lo que fuere, recomiendo sinceramente que los mismos (los enemigos) sean tratados como prisioneros de guerra" y acentúa una advertencia que excede los límites de su tiempo: "El usar represalias demostraría debilidad y el perdonar sería generosidad. La crueldad se vigoriza con actos de la misma naturaleza. A gente así hay que enseñarle mediante el buen ejemplo y no con represalias".

El comandante de la *Itatí*, primera nave de la flota en regresar a Buenos Aires, es conducido en brazos por la multitud enardecida hasta los pórticos del Fuerte. La noticia de la victoria desata una onda de alegría incontenible. España ha perdido su mejor plaza de operaciones contra Buenos Aires y la agresiva expedición del general Morilla tiene que ser desviada hacia el Caribe. Se allanan las condiciones para proclamar la Independencia. La seguridad en los ríos permite reforzar la ayuda al

Ejército Auxiliar del Perú y al Ejército de los Andes. El vuelco de la situación frena a Pezuela en el norte. Y el inmenso material bélico capturado sirve para reaprovisionar los agotados arsenales.

Bernardo de Monteagudo, evaluando los beneficios conseguidos por la Escuadra de 1814, dirá que "las dos grandes empresas de la época, cuyo mérito apreciará la posteridad más que nosotros, son la destrucción de la escuadra de Montevideo y la empresa de pasar los Andes para cooperar a la libertad de Chile". El triunfo de Brown determina el fin del dominio colonial sobre la mitad de Sudamérica.

VII

Asegurada la costa atlántica, el proceso emancipador enfoca sus largavistas hacia el Pacífico. Chile sufre de yugo de Osario, el Perú está agobiado por un ejército de 10.000 hombres y Colombia se despedaza en una reñida lucha.

El presbítero Julián Uribe, que emigrara a Buenos Aires, concibe un plan temerario: armar una flotilla y atacar a los españoles de Chile por el mar. Juzga conveniente que la heroica fragata *Hércules* (obsequiada a Brown por sus servicios) y el bergantín *Trinidad* vayan a hostilizar la navegación y el comercio español a lo largo de Valparaíso, Coquimbo, Huasco, Atacama, Arequipa, Pisco y el Callao. Se trataría de un crucero corsario, como se estilaba entonces, para el cual se deberían extender a Brown las licencias necesarias. Como todo corsario, estará sometido a los reglamentos del Corso: atacará naves y puertos de la nación enemiga y las presas tomadas en sus acciones deberán ser legitimadas por el Tribunal de Presas. Como corsario argentino, además de respetar a los neutrales, deberá liberar los cargamentos de los barcos negreros. Su campaña no se debería extender más allá de los once grados de la línea equinoccial, a menos que alguna expedición española proveniente del istmo de Panamá fuera en auxilio de Lima, en cuyo caso se la tendrá que destruir, apresar o incendiar a toda costa.

Brown acepta el desafío. En documentos reservados, el gobierno de las Provincias Unidas le comunica que le confiere el mando de la expedición, pero —dada la necesidad que tiene de él en Buenos Aires para otras importantes funciones— pide que lo delegue en su hermano Miguel, que acaba de radicarse en Buenos Aires. Guillermo Brown, después de su victoria naval, había comunicado a Larrea que abrigaba el deseo de volver a sus asuntos comerciales. "Si el hacer un bien general, después de abandonar mi pequeño negocio, casa, esposa y familia, exponiendo mi vida a cada momento, a fin de que pudiera prestar un ínfimo servicio a este país, constituye un motivo para atraerme enemigos, ya es tiempo de que me retire, por buenas que sean mis intenciones en coadyuvar en la lucha". Había recomendado una pronta y equitativa distribución del importe de las presas que se adeudaba a oficiales y tripulación. Prefería quedarse en Buenos Aires, aunque se dedicaría en forma personal y entusiasta a la reparación y equipamiento de las naves que realizarían el crucero corsario.

El crucero deberá sortear enormes peligros: navegar abrumadoras distancias sin encontrar sitios de reaprovisionamiento, enfrentar flotas adversarias poderosas, encontrarse siempre rodeado de enemigos.

En el rudimentario astillero las embarcaciones semejan grandes fósiles. Brown revisa una y otra vez ambos buques. La *Hércules* es prolijamente reparada y claveteada en cobre. Con mirada cuidadosa y severa controla la quilla, la brea, las

cureñas, los palos, el bauprés, las vergas, los botes. Repasa la lista de víveres ya acumulados y los que aún faltan comprar. Es minucioso en la provisión de materiales para el viaje: que no falte hierro, plomo, lienzos para velas y maderas para mástiles o tarugos. Arpones, anzuelos y redes, porque el océano suministrará el grueso de la alimentación. Golpea con el puño los tabiques y prueba cables y tornillos. Hasta el botiquín no escapa a su examen, máxime después de las críticas efectuadas por Campbell.

Mientras prosiguen los trabajos de alistamiento, remite a White varios tripulantes para que les liquide sus sueldos y parte de las presas. La remuneración de la gente que regó con su esfuerzo la vida de la República es prioridad moral. Enterado de las necesidades de Agustín Sherman, escribe: "el portador no sólo prestó servicios como segundo contramaestre a bordo de la *Hércules*, sino que, siendo carpintero de oficio, trabajó de día como tal (...). Por consiguiente, tengo que recomendado a su consideración como hombre bueno y merecedor".

VIII

El gran reloj del Cabildo marca las diez de la mañana. Guillermo Brown cruza la plaza de la Victoria apoyándose en su bastón. Algunos durazneros florecen bajo el sol de septiembre. Los carros se desplazan con pereza, regocijados con la caricia de la luz. Brown mira hacia abajo, pensativo. Le preocupa la lenta reparación de las naves y la increíble morosidad en el pago a los hombres de su escuadra. Le consta cuán vacías están las arcas, pero más vacíos están los hogares de quienes murieron, quedaron inválidos o simplemente lucharon para salvar el país.

El sol calienta la nuca, reverbera sobre su cabellera dorada, se extiende sobre su espalda recta. Un saludo en inglés, susurrado, casi evasivo, lo arranca de la cavilación. Es Guillermo Pío White. El almirante lo detiene. White hesita, carraspea, ha recibido a varios marinos que Brown le manda para cobrar. Se estira los puños de, encaje, no puede sostener la mirada de su ex socio. Con leal desprendimiento invirtió sus bienes en la construcción de la escuadra y, a pesar de su astucia financiera, no consigue cumplir con las obligaciones contraídas; no tiene la culpa por la dilación en los pagos.

Brown le replica con dureza: no es justo hacer esperar a quienes más se han sacrificado.

White está de acuerdo, pero aún no dispone de fondos, la escuadra será su ruina.

—No me interesa su ruina, sino mis hombres.

White no tolera el tono seco y belicoso del almirante; el corazón le late en la garganta, ojalá que se vaya. Pero no se va, continúa reprobándole con los ojos, con los puños apretados, con los labios trémulos:

—Usted es indigno de la confianza que le brindó el Gobierno.

—¡Cállese! —grita el norteamericano.

—¡Pícaro! ¡Ladrón! —responde el almirante con la cara enrojecida.

White se descontrola y le asesta una bofetada en pleno rostro. La gente que se estaba aglomerando al oír la estentórea discusión, queda atónita. El armador huye al instante, perseguido a zancadas por Brown, cuya pierna fracturada le impide correr. Se refugia en un almacén y busca un arma para defenderse del bastón que agita el marino; sólo encuentra un largo palo con un plumero atado en la punta, que asoma por la reja. La afrenta es mayúscula. El almirante recapacita y se abstiene de ingresar donde su agresor. Se arregla la ancha corbata, alisa el cabello y, retornando su hidalga apostura, camina lentamente hacia la calle Reconquista, donde visitará a un amigo.

Guillermo Pío White es arrestado y confinado en la goleta *Santa Cruz*. El incidente mortifica a Brown. Pero como tiene noción de las proporciones, le dice al Director Supremo que, siendo su "empleo de autoridad y jurisdicción firme, estaba facultado para refrenar y escarmentar a un delincuente que los ultrajaba (...). Para que

se vea que no es de mi interés, sino únicamente de mi honor y el de todas las autoridades castigar este atentado, me desprendo de la causa y reo, y todo lo pongo a disposición de V.E. Si es de su Supremo agrado que se lo ponga en libertad, como me dice el señor secretario de Guerra, creo que debo obedecer, pero también puedo suplicar que continúe en prisión hasta que V.E. determine la satisfacción que el delincuente deba darme". Termina la carta aclarando que no se vea su pedido como "intento de faltar a la subordinación y obediencia a que estoy obligado".

Pronto Guillermo Brown romperá esta obediencia en un acto pleno de temeridad que le ocasionará disgustos muchísimo más graves que el incidente con el atribulado armador.

IX

Brown levanta la lámpara de alabastro y la instala en el centro de la mesa para que su mujer, concentrada en la costura, tenga mejor iluminación. Se sienta a su lado, en silencio. Los niños duermen. La brisa de hierba arrulla el follaje de los aguaribayes corpulentos que rodean la casa. Una chicharra se empeña en asegurar que le llega el estío. Brown afloja su cabeza contra el respaldo de la silla. La lámpara proyecta su sombra enorme contra la pared. Tamborilea los dedos.

—La *Hércules* será comandada por Miguel y el *Trinidad* por tu hermano Walter, Eliza. —Ella asiente, así estaba dispuesto hace meses, ¿no? Brown agrega:— Y yo comandaré la expedición ...

Vuelven a callar. Elizabeth permanece quieta, la aguja inmóvil, tan turbada como su mano. Brown espera las preguntas inevitables. —¿Cómo, piensas abandonarnos otra vez, dejar los negocios recién tomados? ¿Piensas desobedecer al Gobierno? Te han ordenado que permanezcas en Buenos Aires; el Gobierno fue generoso, Guillermo: te obsequió la fragata *Hércules*, te respeta, te consulta; ¿o es que actúa de otra forma?

—No, el Gobierno insiste que permanezca en tierra.

Elizabeth no entiende; se resiste a entender. Cuando lo veía ir y venir aprestando la flotilla, interesándose por cada detalle, temía que lo entusiasmara el viaje. Pero las instrucciones reservadas eran precisas y Guillermo no cometería la torpeza de violar órdenes.

—No está bien... —balbucea Eliza.

—Se trata de una acción demasiado importante para que la confíe a gente inexperta —arguye Guillermo—. Es necesario encender el espíritu de la Revolución a lo largo del continente, quebrar el poderío de Lima, hostilizar la navegación del Pacífico, preparar el terreno para una eventual campaña libertadora en Chile, Perú, Nueva Granada...

Eliza le ruega que consulte.

—No; esta vez no haré consultas —se acaricia el amplio mentón—. El país está lleno de sinvergüenzas y de oportunistas. No pagan los sueldos; los oficiales ni tienen ropa. Me han regalado la *Hércules*, es cierto; parece hasta un regalo excesivo, demasiado grande para mis merecimientos. Pero yo he tenido que pagar las reparaciones; ¿te consta cuánto me ha significado aprovisionada? ¿Y todo esto para mandada al desastre? Se avecinan cambios políticos en Buenos Aires; y yo te digo que a mí no me interesan: son luchas de facciones que dispersarán las energías. Para eso me necesitan aquí, para arrastrarme a uno de los bandos. Eso no me gusta. Así que yo me voy, Eliza. Con tristeza, porque los dejo a ustedes, y con alegría porque haré algo bueno.

El día fijado embarca y asume el mando de la expedición. Los tripulantes celebran la presencia del aguerrido jefe, que destruye los inquietantes rumores sobre instrucciones secretas que lo conminaban a quedarse en Buenos Aires.

Da la vela hacia Colonia para completar su aprovisionamiento con carne de tasajo y otros artículos. El trayecto que le espera es demasiado largo y carente de recursos.

Las autoridades se enteran de su sorpresiva resolución y despachan un falucho para llamado al deber; no ocultan su cólera. Brown contesta sin rodeos que no está dispuesto a retractarse; ha meditado intensamente sobre este paso audaz; no tiene dudas. El Gobierno insiste, entre autoritario y suplicante, estableciendo un diálogo tenso y hasta hipócrita, porque llega a prometerle que si volviera a Buenos Aires con las naves, no habría dificultades en convenir que dirigiera la expedición más adelante, entregándole para ese fin los documentos necesarios. Pero Brown ya tiene en su poder los documentos y le escribe al Director Supremo que ninguna intriga le convencerá de regresar, aunque dejaba lo que más quería en el mundo; estaba contento por alejarse de "un lugar (Buenos Aires) donde veo a los hombres honestos despreciados y a los pícaros favorecidos".

En el Gobierno reina la perplejidad. Algunos exigen sanciones inmediatas, otros prefieren adecuar los procedimientos a los hechos consumados. Surgen, así, resoluciones contradictorias. El Director Supremo, "convencido de los nobles propósitos que lo animan", autoriza a Guillermo Brown a efectuar el corso. Pero, en Acuerdo Reservado, declara que "su conducta es desarreglada, insubordinada y de la entera desaprobación del Gobierno, y que, por lo tanto, se lo considera despojado del mando de la Comandancia de la Marina y de todo goce de sueldo". En dicho documento se afirma que "la autorización que se le ha dado el 19 del corriente, sólo ha tenido por objeto atraer a la dependencia del Gobierno los buques que comanda, y no exponer los fondos nacionales invertidos en ellos a la violencia del carácter altivo de este extranjero".

X

No se sabe cuáles eran las "importantes tareas" que Brown debía realizar en Buenos Aires, superiores al cruce por el Pacífico y que desataron la ira del Gobierno patrio en su contra. Es curioso que, precisamente los realistas, hayan considerado sus desavenencias con el Gobierno como un truco destinado a evitar una reacción defensiva de la Metrópoli. Presentían que estos corsarios del Río de la Plata ocasionarían en las aguas del Pacífico muchísimo daño a los intereses de la Corona. En una exposición a Fernando VII, con susto le advierten que "no son calculables, señor, los males que causarán esta clase de aventureros en las circunstancias en que se halla la Mar del Sur. La quiebra de infinitos comerciantes; la cesación entera del comercio de Chile con Lima, Guayaquil y la costa baja; aquéllos serán privados de toda comunicación entre sí y con España; (...) el disgusto que causará en Lima la falta de los trigos de Chile y la desesperación en que caerán los habitantes de este reino al verse precisados a arrojar al campo sus cosechas. Éste será el primero y no más fatal resultado de aquella expedición".

En octubre de 1815, completado el aprovisionamiento de su escuadrilla, Brown se interna en el mar. Entre sus armas figuran copias de un mensaje que había pedido semanas atrás al Director Supremo —antes de la desobediencia— con el objeto de distribuir en Chile. Es una ardiente proclama que invita a un levantamiento contra el poder colonial.

Dice, enfáticamente: *¿Será posible que el terror contenga vuestra indignación? Fijad la vista en esos montes cubiertos de cadáveres y vuestro furor será exaltado (...) No borréis con una criminal apatía el honor que adquiristeis el 18 de septiembre de 1810. Nadie puede mandar contra vuestra espontánea voluntad sin que merezca el nombre de tirano (...). Eráis libres y habéis vuelto a la esclavitud (...). Las cenizas de Lautaro y Caupolicán inspirarán nuevo valor: tomad las armas para arrojar de vuestro territorio a los impostores que lo han profanado (...) He remitido ya fuertes destacamentos al sur de los Andes: las tropas aguerridas del Río de la Plata se preparan a abrir la campaña; el pabellón nacional tremola en vuestros mares y la marina del Estado hará sentir a los tiranos el poder de la libertad.*

El trayecto hacia el extremo sur no tiene incidentes. Poco a poco cambia el clima y el paisaje, tornándose más hostil. La luz mengua su vigor y oscuros frentes de tormenta se yerguen en lontananza. Va desapareciendo la vegetación de la costa. Los pequeños buques son saludados por multitud de pingüinos que se desplazan por las playas frías con paso tieso y bamboleante. Las focas son indiferentes, entretenidas en revolcarse con despreocupación sobre las grandes piedras donde rompe el agua.

Doblan el Cabo de Hornos. Ninguna nave enemiga, ninguna tempestad. El aire helado, no obstante, susurra cadencias fúnebres. Por entre los témpanos aumenta el

silbido de las ráfagas. Ya están lejos del mundo: penetran en la virginidad ríspida de la naturaleza. Con su hermano Miguel y su cuñado Walter Dawes Chitty comenta la grandiosidad del desierto blanco. Las arboladuras desafiantes de los buques ingresan en los siniestros laberintos. Y el agua empieza a inflarse, a saltar con furia, como si estos intrusos la hubieran ofendido. Una vela es arrancada por el chicotazo del viento. Contra la proa avanza un remolino lechoso y salvaje. Crujen las maderas. Resbalan cajones. El *Trinidad* pierde su tajamar, quedando en un estado precario que obliga a cambiar el rumbo y dirigirse hacia el Estrecho de Magallanes.

El viento y la lluvia empujan las naves hacia los riscos de las costas, donde les espera un golpe mortal. "El agua rompía hasta la altura de los topes de los palos" — escribe Brown—. Antes del anochecer logran guarecerse en una anfractuosidad. Pero el *Trinidad* es lanzado nuevamente contra las rocas y prefiere afrontar los riesgos del mar abierto; se lanza entonces hacia el sur, perdiéndose en la noche. Brown, con la bocina en su puño, observa el farol de popa que se sacude locamente; no puede anclar porque no toca fondo ni a 100 brazas de profundidad. Su misión concluirá pronto, destruido por los espíritus malignos que allí tienen su morada. Las pesadillas de juventud se convierten en la última realidad; lo persiguieron desde la ruda Irlanda consiguiendo, por fin, darle alcance en esta trampa de viento y nieve.

Los oficiales y la tripulación dirigen miradas de espanto al jefe. Brown compara los riesgos y ordena con voz tonante "¡Desplegar velas!". Los marinos de la *Hércules* creen oír mal. Pero la orden es repetida. Hasta el viento se asombra. Equivale a poner alas al buque, a dejar que las ráfagas violentas lo conduzcan como un papel.

—¡Vamos! ¡A cumplir la orden! ¡Desplegar velas, pronto!

Aferrándose de los mástiles y escalerillas en loco balanceo, la tripulación extiende los lienzos que, de inmediato, se engolfan arrastrando la nave entre rocas y arrecifes alumbrados intermitentemente por las descargas eléctricas. Montañas de agua caen sobre cubierta barriéndola con furia. Horas y horas de combate contra la tempestad. Cada hora que transcurre es una prebenda arrancada a la muerte. Ruegan por el amanecer que no llega nunca. Los relámpagos iluminan el indefenso juguete y las nubes largan sus atronadoras carcajadas. El buque atraviesa gran parte del canal. La mañana siguiente no amaina la violencia del granizo.

La *Hércules* es arrastrada hacia las rocas y, de súbito, atenazada por la quilla. Permanece golpeando contra las peñas durante dos horas sin que logren liberarla. "La ansiedad de la gente para irse a tierra, con el buque en esa situación, apenas puede ser descripta" —comenta Brown en sus *Memorias*—, pues a cada golpe que el buque da en la roca amenazan los palos caer sobre la borda. Trabajando con cuerdas y palancas consiguen desprenderla de los garfios que formaban esas rocas. Pero los golpes le han abierto un tajo profundo. Advierten que hace agua. Navegan entonces hasta una pequeña bahía. Extraen de la bodega cuatro pies de agua. La tripulación, agotada por

el esfuerzo, pisa la tierra de la desolación. Las montañas majestuosas, con globos morados de tormenta pegados en los riscos, forman un encuadre mitológico. Desembarcan provisoriamente los alimentos y la artillería para alivianar el buque. Es necesario descubrir su fondo y reparar el tajo.

La labor insume siete días. En esa inhóspita cárcel de hielo Brown se siente de veras otro Ulises, como Elizabeth solía decir cuando evocaba sus peripecias de juventud. "Alrededor de la medianoche el oficial de guardia se presentó a la puerta de mi camarote —refiere Brown— y me informó que un grupo de tropas y marineros deseaba ir a tierra. Inmediatamente fui a cubierta y procuré saber qué era lo que podía inducir a los hombres a querer abandonar su buque a esa hora de la noche y desembarcar en un país estéril e inhabitado, cubierto de escarcha y nieve. Sin una simple respuesta, cada uno de ellos se fue a su hamaca, lo que ocultó por el momento la causa de un paso tan precipitado". Ante la gravedad de la situación emergente, ordena duplicar el número de oficiales de guardia para evitar que cualquier hombre fuera a tierra, excepto en comisión de servicio. "A pesar de tales precauciones, el temor que tenían los sudamericanos —prosigue Brown— siguió trabajando en su imaginación. Cuatro desertaron al día siguiente, mientras estaban en tierra en comisión, y por la noche lo hicieron dos centinelas". Brown y sus oficiales principales tienen que desplegar pacientes argumentos para conseguir que "la tripulación permaneciera en el buque, pues habían tomado la determinación de más bien correr la suerte entre los indios rudos y salvajes que se encuentran en esas regiones inhospitalarias, que arriesgar sus vidas en un buque que hacía agua y tener que soportar penalidades semejantes a las ya sufridas".

El páramo no sólo provoca terror, sino locura. Los seis desertores morirán de hambre y de frío. La *Hércules* reanudará la marcha: no puede esperar que recobren la razón. Azules de frío, con la ropa convertida en andrajos, esos pobres hijos de la pampa acostumbrados al caballo y a la lucha cuerpo a cuerpo, no quieren volver a embarcar. Brown profiere maldiciones, dispara el cañón como última advertencia. Imbéciles; morirán de la peor muerte.

—Esperemos otro poco —dice, no obstante, a su secretario.

No se decide a ordenar la partida: estos desertores le causan mucha lástima. Finalmente, convencido de que sus esfuerzos serán inútiles, manda desembarcar provisiones, un hacha, una olla, una vela vieja, yescas, mantas, dos mosquetes y munición, que acomodan entre las piedras heladas de la playa: los ayudará a sobrevivir en la terrorífica cueva que era el mundo al principio de la creación.

La *Hércules* se pone en movimiento. Avanza decididamente por el canal que une ambos océanos. Pero está lisiada: el rumbo que le abrió la roca impedía operar como antes. Muchos tripulantes manifiestan su disconformidad con la prosecución del crucero. Brown redobla la vigilancia para evitar un motín.

Recorren el intrincado Estrecho de Magallanes. El *Trinidad*, comandado por su hermano Miguel, se considera perdido. Varios fondos de saco confunden al timonel, debiendo rectificar la ruta. El pasadizo imponente, ora estrecho, ora amplio, desafía la brújula de los navegantes. Islas, penínsulas, murallas de hielo o roca pelada emergen de súbito para recibir el impacto fatal que debe esquivar la proa. Al encontrar por fin la amplia salida al Pacífico, los marineros empiezan a gritar y abrazarse. Allí aguarda, a salvo, con el pabellón rendido a la brisa, el *Trinidad*.

Brown abraza a su hermano Miguel después de una separación de ocho días. Se estuvieron buscando mutuamente. Los del *Trinidad* también habían dado por muertos a los de la *Hércules*.

"Se resolvió no regresar a Buenos Aires, sino proseguir el crucero con la misma energía. Se hizo una señal para dar toda la vela compatible con la seguridad de los palos y tratar de salir del estrecho con su férrea muestra de montañas inaccesibles cubiertas de nieve que no ofrecían otra cosa que la muerte".

Sin embargo, "al aproximarse ambos buques a la salida, el viento y el mar aumentaron de tal forma que las probabilidades en contra de salir eran diez a uno". Con perseverancia consiguen entrar en el Pacífico. El temporal los vuelve a separar, pero esta vez sin aprensión.

Se había establecido como punto de encuentro la isla de la Mocha. Las naves arriban con pocas horas de diferencia. El *Trinidad* consigue apresar una goleta, cumpliendo su primera acción victoriosa contra los realistas.

En la Mocha se les une Hipólito Bouchard, quien venía de Buenos Aires comandando la goleta *Halcón*; tenía instrucciones de ponerse bajo las órdenes del almirante. ¿Las autoridades nacionales habían aceptado los hechos consumados? ¿Daban la razón a Brown? Bouchard informó que también venía a su encuentro la goleta *Constitución*, comprada y armada por patriotas chilenos. En ella viajaba el presbítero Julián Uribe, que había concebido este crucero. "Lamentablemente llevaba tantos cañones —relató Bouchard— que se hundía demasiado en el agua. Viajamos convoyados para que, en caso de desgracia, una sirviese de asilo al equipaje de la otra. Pero en lo recio de la borrasca comprendí que su condena era inevitable. No le pude prestar ningún auxilio ya que apenas podíamos resistir nosotros. Envuelta por olas y nubes, se nos perdió de vista."

Brown encomienda a su hermano y a Bouchard que vayan hacia Valparaíso y recorran las costas de Chile y Perú hasta Lima, mientras él cruza hacia las islas de Juan Fernández y San Félix para liberar a los numerosos patriotas que allí permanecían confinados.

Cuando Brown se aproxima a su objetivo, un golpe de viento daña el bauprés de la *Hércules* y, viéndose obligada a navegar en popa para sujetarlo, se encuentra demasiado a sotavento para poder tomar la isla. El almirante desiste entonces de su

propósito y pone la vela hacia Lima. En el trayecto apresa una fragata cargada de provisiones y libera a un ilustre prisionero del Ejército de Nueva Granada, que era conducido a Lima para ser sometido a juicio.

XI

Cuando, ya cerca de la capital del Perú, se reúne otra vez la magra escuadrilla, Brown explica su plan. Es muy osado. Su éxito justificará todo el cruce.

En la ruta habían apresado un bergantín, al que quitaron los palos y transformaron en pontón y hospital. A demás lograron hundir varias naves. Su irrupción inesperada en una jurisdicción que hasta entonces gozaba del control realista, ha expandido una onda de perplejidad. Pero mayor es la perplejidad cuando se comprende que el propósito de los corsarios es atacar el mismo corazón del poder español: la fortaleza del Callao. "A primera vista —dice Amunátegui— parece que sólo a un loco se le ocurriría acometer con cinco buques estropeados y faltos de tripulación, al más importante de los establecimientos españoles en la América del Sur: el Callao, defendido por esos célebres castillos cuyos poderosos medios de resistencia pueden calcularse por su excesivo costo, que hacía preguntar a Carlos III si estaban contruidos de piedra o de plata; el Callao, defendido por 150 cañones colocados en tan fuertes baterías que de sus bocas partió el último tiro en favor de la Metrópoli: el Callao, en fin, defendido más que por todo esto, por su fama de inexpugnable". Las bocas de fuego eran de diverso calibre y estaban emplazadas en la bahía de tal forma que podían cruzarse y hacer blanco en un mismo punto desde distintos ángulos.

Brown espera la noche. Cena con su cuñado Walter; la inminencia del ataque no altera sus nervios de bronce. Pide que no enciendan las bujías y, cubierto por la oscuridad, hace vela hacia la costa. Las naves se detienen a prudencial distancia. Próximas unas de otras, parecen animales negros durmiendo sobre el acunamiento del mar.

Con sigilo descienden los botes sobre las recias oleadas. Al frente, un racimo de luces denuncia las fortificaciones del Callao; los castillos San Miguel, Real Felipe y San Rafael se yerguen imponentes. Los remos golpean sobre los lomos espumosos mientras los hombres, apretados, acarician sus armas. A medida que se acercan, el racimo de luces asciende. En lo alto de las murallas caminan los centinelas. Las oscuras manchas atestadas de patriotas ya estarían al alcance de los disparos realistas. Pero no han sido vistos, felizmente. Desembarcan a un costado del puerto. Aún reina la tranquilidad. Guillermo Brown en persona encabeza la expedición. Ordena avanzar a la carrera y con la bandera desplegada.

Súbitamente un fuego mortífero se desparrama sobre la ciudad y los buques amarrados en el puerto. La sorpresa paraliza a los realistas. Se produce la confusión de la defensa, que no atina a establecer el origen de los disparos. No sospechan que los enemigos están en tierra, junto a ellos. Desde lo alto buscan en lontananza, sobre las aguas. Los españoles se balean entre sí: desde los fuertes contra las naves que a su turno responden a la agresión de los cañones en tierra. Tapias, carretas, pilas de leña y

cajones sirven de parapeto a los argentinos que ya han logrado provocar el espanto. Pero la oscuridad es también desfavorable a los invasores, provocando el extravío de algunas columnas. Brown advierte que no puede realizar el asalto apetecido y ordena la retirada. Los cinco animales negros aguardan en el mismo lugar.

En cubierta se hace el recuento y celebran con regocijo la acción no ha provocado bajas.

Antes del amanecer toda la población del Callao y Lima ha entrado en efervescencia. Abundan heridos, boquetes en varias naves, graneros carbonizados. Desde muchos puntos se levanta la humareda y a poca distancia, en línea de combate, los buques corsarios con la bandera de las Provincias Unidas en el tope de los mástiles.

Accionan las baterías para expulsarlos. Se entabla un nutrido cañoneo. La arboladura de una fragata realista comienza a tambalearse y luego a hundirse. Los intrusos consiguen realizar tremendos impactos sobre edificios y otras embarcaciones adicionales. La consternación aumenta provocando indisciplina y desertiones. Nunca se había producido una situación tan crítica en el Callao. La imponente fortificación, aún alterada por la sorpresa, no consigue organizar una respuesta adecuada. Los oficiales corren de uno a otro puesto frenando el caos, impartiendo órdenes. Mientras, los corsarios avistan la fragata Consecuencia procedente de Cádiz y, antes que pueda virar para darse a la fuga, la abordan y capturan con su valioso cargamento intacto. Brown hace prisioneros a numerosos oficiales y también a personalidades que iban a encargarse del gobierno de la provincia de Guayaquil.

Sus naves tienen instrucciones de no brindar descanso a las confundidas líneas terrestres. Al caer la noche Brown desembarca en la isla de San Lorenzo con, varias cajas llenas de faroles y tinajas de combustible. Enciende luces a un costado del muelle. No es suficiente, opina: que se utilicen todos los faroles. La isla se llena de luminarias. En lugar de cinco, parece como si hubieran arribado cincuenta naves. Mientras los oficiales realistas contemplan atónitos el crecimiento de ojos resplandecientes, varios botes atestados de guerreros se introducen entre los buques anclados en el Callao. Un centinela descubre un par de embarcaciones, apenas visible a través de la densa penumbra.

—¡Quién vive!

Una voz lo tranquiliza:

—¡Ronda!

El centinela se inclina para ver mejor. No son dos, sino cuatro, seis, ocho botes. Da la alarma y empieza el tiroteo. El capitán Walter Chitty lanza los ganchos hacia una cañonera para el abordaje. Sus hombres trepan como cucarachas por los costados. La cañonera es defendida por medio centenar de soldados que apuñalan a los invasores antes que puedan saltar sobre cubierta. Pero Walter Chitty ya está adentro.

Se traba un combate cuerpo a cuerpo y consiguen acorralar a los españoles, muchos de los cuales se arrojan al agua. Chitty es herido; pero la cañonera está ganada.

—¡A sacarla fuera del puerto! ¡Pronto, pronto!

La cañonera no se mueve, qué diablos ocurre. Los bravos marinos insisten. Desde un buque de alto porte que está junto a ellos como una muralla negra abren fuego. Chitty se oprime la herida para detener la hemorragia: qué ocurre, maldición. La metralla barre con algunos de sus hombres. La cañonera parece clavada. Un oficial salta a su lado: es imposible, está encadenada a la popa de este buque; no la podemos zafar.

—¡A retirarse, entonces!

La pasividad del personal marinerista induce al Jefe de la plaza a ofrecer cien pesos a cada hombre que monte unos lanchones planos para ir al encuentro de la flotilla corsaria. Inútil. El terror y el asombro han inhibido el formidable bastión de la Metrópoli. No alcanzan tentaciones ni amenazas para desplegar un contraataque suficientemente enérgico.

Y ocurre lo impensable. Durante veintitrés días tremola el pabellón de las Provincias Unidas del Río de la Plata ante la humillada fortaleza. Por la costa y los campos, hasta Lima y más lejos aún, se expande la noticia de que los revolucionarios venidos de las pampas sureñas cuestionan la inexpugnabilidad de las bases realistas. Un renovado impulso de liberación vuelve a encenderse entre los habitantes del Perú.

Bajo las narices de los torreones españoles Brown apresa la fragata *Candelaria* que trae sus bodegas henchidas de granos. Podría lograr otros éxitos menores, pero su objetivo era conquistar el Callao, objetivo aún imposible, pese a las hondas lastimaduras infligidas. Si hubiese podido hablar con su tío, a quien tanto le gustaban los ejemplos de la Biblia para estimular el sentimiento emancipador de los irlandeses, hubiera recibido este consuelo: tú eres como el Bautista, que anuncia y prepara el camino del Libertador, que ya viene detrás de ti.

Decide levantar el bloqueo y enfilarse hacia Guayaquil. Para engañar a los realistas, pone proa hacia el sur. Durante la noche, y a buena distancia de los catalejos, vira en redondo hacia el norte. La escuadra española, recompuesta y furiosa; emprende la búsqueda de Brown en el sentido equivocado.

XII

A la entrada del río Guayas, Guillermo Brown convoca a sus oficiales y ultima el plan de acción. Quiere proceder con rapidez: el militar de Nueva Granada al que había liberado antes de llegar al Perú le informó sobre el clima de insurgencia que reinaba en Quito. Era obvio que una irrupción súbita de naves corsarias contribuiría a reforzar la embestida patriota. Pero sabe que debe proceder con sigilo: sus fuerzas son demasiado limitadas. Además, debe controlar los siete buques apresados y centenares de prisioneros tomados a lo largo de su trayecto en el Pacífico.

En la Isla de Mortajo deja a los prisioneros, para bien de la seguridad general; antes de abandonarlos les provee abundantes víveres. Luego apresa otros dos bergantines y fondea el largo convoy en la isla de la Puná, sobre el ingreso al caudaloso río. Confía a su hermano Miguel la comandancia de la *Hércules* y el *Halcón*. Su cuñado Walter se repone de la profunda herida.

Arbola su gallardete en el *Trinidad* y, respaldado por una goleta piloto y una selección de los mejores hombres, remonta el tortuoso Guayas. Sus orillas son pantanosas, cubiertas de esteros y malezas. De su superficie emergen las dentadas mandíbulas de los cocodrilos, muchos de ellos en las orillas, arrastrándose por el barro mientras el sol reverbera en sus repugnantes cueros de esmeralda.

A cinco leguas de Guayaquil aparece el primer obstáculo: el fuerte de Punta Piedras. Atacará, como de costumbre, durante la noche. El *Trinidad* se oculta en un recodo. La vegetación es análoga a la que Brown conoció durante su juventud en las Antillas. Zumban los mosquitos y el calor es pegajoso. Las aguas mansas se tiñen de rojo, luego violeta. Cuando el negro borra los contornos, el bergantín se pone en movimiento, como si un pedazo de la selva se desprendiera y deslizara en silencio hacia el fuerte. Antes que suene la alarma, las columnas penetran haciendo fuego y lanzando enronquecidas vivas a la patria. Varios hombres trepan hasta la cúspide y arrancan la bandera del Rey. Hierve la confusión y en poco tiempo los invasores se apoderan del baluarte.

Brown no dispone de gente para guarecerlo; entonces destruye las baterías, desmonta los cañones y sigue hacia la estratégica ciudad con la prontitud del relámpago. Los realistas le ofrecen resistencia con una batería en los suburbios. El empuje de Brown ya es arrollador y consigue desalojarlos. Queda el último baluarte antes de entrar en triunfo en Guayaquil: el castillo de San Carlos. Desde sus torres se abre un volcán de fuego contra el *Trinidad*. Brown ordena avanzar a toda marcha para asaltarlo de inmediato.

Ya cunde el pavor entre los habitantes de Guayaquil. Muchas familias huyen hacia la montaña, otras se internan en el río. Numerosos patriotas pugnan por un levantamiento general contra el dominio realista, pero son enfrentados y

desautorizados por la enérgica palabra del obispo. La lucha sigue desarrollándose de manera favorable a Brown: entre los defensores se extiende el miedo y agotan las municiones. La marea del Guayas, empero, desciende de golpe y el *Trinidad* queda varado en seco. Algunos de los botes que lo acompañaban como apoyo, en lugar unirse a la nave capitana como se les indica, se internan en la población, ebrios de victoria, y sus hombres se dedican a un escandaloso saqueo.

—¡Malditos delincuentes! —gruñe Brown.

La vocinglería aumenta el derrotismo de las defensas. Pero, advirtiéndose desde el castillo de San Carlos el inconveniente que entrapa al *Trinidad*, renuevan las andanadas. Varios soldados bajan hasta un parapeto formado por un almacenamiento de maderas y abren descargas de fusil. La cubierta del bergantín se llena de muertos.

A partir de ese instante los realistas retornan la iniciativa y se disponen a cobrar una venganza. Protegidos por la artillería, abordan la embarcación inmóvil y comienzan a matar con tiros de pistola a los hombres acorralados. Brown dice a dos marineros que salten al agua. Dudan: abajo aguardan los cocodrilos con las bocazas hambrientas. Brown se quita las botas y da el ejemplo. Los realistas le disparan mientras nada vigorosamente hacia la goleta piloto que espera fuera del alcance de las balas. Un tiro mata a un marinero. El almirante bracea con toda energía pero la dirección de la corriente es desfavorable, no llegará nunca. Siente que sus fuerzas disminuyen con rapidez. Indica a su acompañante que regrese. Las balas se hunden a los costados. Su último acompañante es también muerto. Una formación de cocodrilos empieza a rodearlo y entonces decide enfrentar el poder de los enemigos humanos: retorna a la nave y trepa por la escalerilla que le tienden los españoles, ansiosos por capturar viva a semejante presa.

La ropa empapada pesa mucho. En cubierta brama la gritería de una batalla en pleno fragor. Queda estupefacto al comprobar que los realistas ultiman con puñales a los heridos y moribundos. Es una ordalía de odio. Se abalanzan sobre los caídos abriéndoles el vientre o degollándolos. Algunos inválidos, con una pierna o un brazo destruido, se arrastran como serpientes hacia la borda con la esperanza de arrojarlos al agua, otros tratan de ocultarse bajo los cadáveres. Las botas pisotean cabezas y la sangre corre a borbotones. Brown se apodera de un sable y una mecha encendida y corre hacia la santabárbara. Con voz de trueno exige que pare la carnicería o hará estallar la nave. La soldadesca se sosiega ante la visión de este hombre decidido, chorreando agua y sangre, con el fuego en alto. El jefe realista ordena cesar la lucha y jura por su honor que respetará como prisioneros de guerra al comandante y a todos los sobrevivientes.

A Brown no le quedan ropas para cambiarse: los soldados han saqueado cámaras y baúles. Encuentra una bandera argentina abandonada sobre cubierta. La alza, la dobla en cuatro y se envuelve en ella. Al descender a la playa, hombres y mujeres se

aglutinan para observar al intrépido que hizo tambalear el Callao, conquistó el fuerte de Punta Piedras y estuvo a un paso de ingresar triunfalmente en Guayaquil. Entre los curiosos se encuentra el obispo que logró frenar un levantamiento patriota. Brown camina con porte arrogante, el cabello y la barba desgreñados, seguido por los cuarenta y cuatro hombres que escaparon de la masacre, casi todos heridos. No parece un derrotado. Nadie se atreve a pronunciar un denuesto, ni un grito, ante su insólita majestad.

El capitán de navío Juan Basca y Pascal, gobernador de la plaza, cumple con la palabra empeñada. Envía ropas a Brown y lo invita a su mesa.

Brown toma un baño, afloja sus músculos sometidos a un esfuerzo sobrehumano, se viste y, asumiendo la dignidad de jefe naval, se presenta en la residencia. Un soldado lo acompaña alzando un candelabro de oro. El gobernador está cenando en compañía de las más ilustres personalidades de Guayaquil, que han concurrido para felicitado por su victoria.

—Venga —dice a Brown con un gesto generoso y sonriente—; siéntese a mi lado, porque aunque usted nos ha dado algo que hacer para ayudar a nuestro apetito, estoy resuelto a que cene con nosotros, sin ceremonia.

Brown se ubica con naturalidad, como si se encontrara en una recepción de aliados. El obispo, sentado a la derecha del gobernador, se sorprende por su compuesta calma.

—¿Por qué parece tan cómodo y contento como si estuviera en Buenos Aires y entre sus amigos? Usted no sabe en qué manos ha caído —e inclinándose para que el cuerpo del gobernador, sentado entre ambos, no le quitara de vista el ojeroso rostro de Brown, agrega—: ¿O espera escapar de aquí con vida?

Brown responde con lentitud: sabe perfectamente que está en manos españolas. Y como el silencio que impera en el cuarto lo invita a seguir hablando, añade que él hizo muchos prisioneros españoles respetando y asegurando sus vidas. Pero de todas maneras, no le afligía perder la suya. Claro que tenía esposa e hijos, quienes estarían de duelo. Hasta entonces su carrera cursó con éxito y era gloriosa.

—Si ahora perderé la vida de una manera tan trágica —concluye mirando al obispo—, deseo tener el placer de beber una copa de vino con Su Reverencia.

No sólo el obispo, sino el gobernador y los demás caballeros sentados a la mesa beben con el prisionero. "Después de esto —recuerda Brown— no se habló una sola palabra con la intención de herir mis sentimientos". "Estoy cierto que si hubiera actuado como servil o tímido, la muerte hubiera sido mi destino".

Los demás prisioneros son confinados con menos restricciones y pueden establecer contacto con los nativos. Explican las razones de la expedición y ganan su simpatía.

El gobernador Basco y Pascal mantiene otras conversaciones con su intrépido

prisionero. Sabe que Brown es autor del descalabro realista en el Río de la Plata. Lo hace ir a su despacho donde, cruzando las piernas, le hace una confesión:

—He ganado, mi estimado coronel Brown, merced a un aliado imprevisto: el río Guayas. Si no hubiese descendido bruscamente su nivel inmovilizando al *Trinidad*, usted ya estaría dominando Guayaquil.

Brown le agradece la cortesía con un movimiento de cabeza. Luego el gobernador lo invita a servirse de una gran fuente que desborda frutos tropicales. Puede utilizar la vajilla de plata y beber en copa cuyo cristal fue traído de Venecia.

—Tenía pocas esperanzas de vencerlo —continúa el jefe español—, porque las infectas ideas revolucionarias ya perturban a demasiada gente. Son como niños ¿sabe?, piensan que basta echarnos para formar una gran nación. ¡Qué ingenuos! En primer lugar la suerte nos favorece, como usted acaba de enterarse; en segundo lugar, las acciones estrambóticas terminan en el ridículo. Dicen que su Gobierno prepara un gran ejército para cruzar los Andes y atacamos en Chile. Y bien, mi coronel, o no hay tal ejército o lo destinarán a otro frente, porque hasta ahora ni una columna se atrevió a escalar el primer risco. Algo más: ¿sabe que el general Rondeau fue destruido en la batalla de Sipe-Sipe?

XIII

Miguel Brown es prolijamente informado sobre el fracaso del operativo y, colérico, dispone liberar a su hermano o correr la misma suerte. Remonta el río con la totalidad de sus naves haciendo alarde de agresividad. El gobernador, temiendo que un nuevo ataque produzca el levantamiento que el obispo frenó a duras penas, ofrece parlamentar. Sus mensajeros van y vienen, trayendo la descripción minuciosa sobre cantidad de hombres y armamento con que cuentan los corsarios. El astuto jefe realista dilata las negociaciones: no quiere reanudar los combates porque será derrotado, y no quiere entregar su prisionero porque vale como el tesoro de Atahualpa. Necesita ganar tiempo hasta que arribe la poderosa escuadra española que zarpó de Lima con más de un millar de soldados para convertir en polvo a estos cincuenta bandidos.

Los regateos le conceden días, días que aproximan la escuadra. Pero también días en que va creciendo el fermento revolucionario por la presencia del ilustre prisionero. Su nombre es repetido con admiración —y hasta con cariño— en Guayaquil y en las montañas. Hubiera sido mejor haberlo dejado morir entre los dientes de los cocodrilos o explotar con la santabárbara. Ahora ya es tarde para ejecutado: sería inevitable la reacción popular.

La escuadra limeña no aparece en el horizonte, sin embargo. El gobernador afina su análisis. Si Brown continúa despertando el favor de los criollos o los corsarios disparan un solo tiro, cuando lleguen las fuerzas de Lima sólo encontrarán las cenizas de Guayaquil. En realidad el tiempo juega en su contra. Resuelve entonces desprenderse del prisionero antes que sea demasiado tarde. Indica a sus representantes que apuren un arreglo. Los corsarios ignoran las angustias del gobernador y acuerdan devolver algunos prisioneros españoles y pagar un rescate, seguros de realizar una operación ventajosa.

De esta manera el bravo almirante es conducido hacia sus hombres que lanzan alaridos y agitan los puños al vedo sano y salvo. Viste una reluciente chaqueta azul recamada en oro, pantalón blanco y gorra de hule galonada; cuelga de su brazo la bandera que cayó del bergantín y con la que se envolvió al descender como prisionero.

Retorna el mando de la flota y pone rumbo hacia el océano. En las míticas Galápagos se procede a repartir las presas, reparar y reaprovisionar las naves. Hipólito Bouchard queda con la *Consecuencia* y *Carmen*, mientras Brown con la *Hércules* y el *Halcón*.

Bouchard decide enfilarse hacia las Filipinas, recorrer la costa de África y, desde allí, dirigirse a Buenos Aires circunvalando el globo; espera obtener nuevos triunfos para la causa patriota hostilizando el comercio español en los lugares más insólitos de

la Tierra.

Brown, en cambio, se dirige hacia la espaciosa bahía de San Buenaventura, donde abunda la leña, frutos silvestres, buena caza y agua potable. "Hubiera sido imprudente continuar viaje a Buenos Aires sin tener provisiones en cantidad suficiente". Los marineros, además, pueden revolcarse sobre la hierba, correr tras los pájaros de colores rutilantes, asar la carne como en los lejanos tiempos de la pampa.

Brown encomienda al doctor Handford, cirujano de la escuadra, y al oficial colombiano Banegas, al que liberó de la fragata española, vayan hacia Calí y Popayán en busca de auxilios y provisiones. El cirujano apila cartas de Brown para los jefes patriotas de ambas provincias, informándoles sobre el crucero y ofreciendo su leal colaboración a la causa americana.

Se debe recordar que la incomunicación de los corsarios con su Gobierno, aliados y familiares es total. No disponen de correo, no tienen acceso a las poblaciones donde, indirectamente, hacen crecer los sentimientos de liberación. Las informaciones son sólo intuiciones, deducciones, presunciones. Están condenados a vivir sobre el desierto —sea agua, sea tierra— y considerar toda presencia humana, hasta que se demuestre lo contrario, como enemiga.

El *Halcón* luce muy deteriorado, con los flancos hendidos por la metralla, el trinquete desarbolado y algunas cuadernas rotas. Sus averías son tan importantes que por eso Bouchard se negó a aceptar la nave, endosándosela a Brown. Brown no desprecia los buques heridos como un médico no desprecia a los enfermos. A falta de dársena lo conducen a un estero para descubrirle la quilla. Con sogas y palancas consiguen iniciar la inclinación. Pero la base resbala, las sogas comienzan a ceder por el otro extremo y el buque se tumba con estrépito sobre las aguas estancadas arrastrando al fondo una pequeña embarcación donde estaban todas las provisiones. Esto es terrible. Trabajan como diablos para sacar la nave del cepo. Pero no logran rescatar las provisiones. Hay que esperar el socorro de los nativos o "pasar algunos meses en esta costa esperando que Buenos Aires enviara un ejército a través de las cordilleras al año siguiente, como lo había prometido".

El *Halcón* es finalmente reflatado y se ensaya otra técnica, colgándolo con mejores aparejos de los árboles altos y robustos. Los hombres acostumbrados a trepar mástiles en plena tempestad no tienen inconvenientes en subir como gatos hasta la copa de los árboles y fijar las sogas. Luego de atado bien y controlar la ubicación correcta de los cables, izan al *Halcón*. Se conceden un descanso merecido antes de iniciar la segunda parte de la tarea: reparación del costillar, sutura de rumbos, calafateo de toda la base. Brown, asistido por carpinteros y herreros, controla con satisfacción el progreso de los trabajos: en Buenos Aires, cuando preparaba la Escuadra de 1814 no gozó de mejores comodidades. Pero ahora un silbido urgente lo pone en guardia y enseguida estallan los aparejos. Tarde. El *Halcón* se va a pique

desvencijándose por completo. Revienta como una nuez. Las corridas y los lamentos no pueden recuperar el caos de cuadernas quebradas ni evitar la balumba de los desperdicios.

Lo que se puede salvar es transportado a la *Hércules*, la abnegada "fragata negra" que entró victoriosa a Montevideo y surcó todo el Pacífico a pesar de la herida que las peñas australes le abrieron en el vientre. Es la última y única nave que le resta a Brown de su expedición corsaria. Con ella deberá realizar la larga y peligrosa travesía de regreso.

Unos pescadores criollos le arriman preciosa información que bebe como agua en un desierto. El general Pablo Morillo, que iba a ser enviado al Río de la Plata, ha desembarcado en el Caribe, ha vencido a numerosas fuerzas patriotas y ha ocupado Bogotá. Es un hombre fogueado en las guerras contra Napoleón, y esas guerras lo hicieron sanguinario. Sus acciones represivas ya tienen sórdida fama. Se propone llenar de cadenas rápidamente a todo el país, avanzando por la costa. No debe estar lejos. Además, varios buques de guerra comenzaron a patrullar las inmediaciones. La bahía de San Buenaventura se convertirá en una trampa. Urge que Brown la abandone cuanto antes.

Se escurrieron cuarenta días desde que el doctor Handford y el oficial Banegas partieron hacia el interior del país. El calor y los mosquitos abrumaban. Varios tripulantes contraen una enfermedad del trópico que nadie sabe diagnosticar ni curar. Pronto serán asaltados por el general Morillo o por una flota bien armada. Ni rastros de los emisarios —¡maldición!— ni señales de algún contacto. Tienen que partir mientras la ancha boca de la bahía permanece despejada. La tripulación total ya se ha reducido a 53 miembros, varios tendidos con fiebre. Brown recorre con su leal catalejo las verdes anfractuosidades de la selva, cada vez más persuadido de que toda espera será inútil, pero no se atreve a pronunciar la orden de partida abandonando a Handford. Algunos hombres desfigurados por los padecimientos le expresan que han decidido quedarse: ¿la locura del trópico? Está bien, no es tan grave como la locura de los laberintos australes. Brown les paga y aconseja refugiarse en el interior del país. También les deja armas y municiones para ser entregadas a los patriotas de Nueva Granada. Y les confía una carta y 30 onzas para el sacrificado médico, aunque teme que lo haya capturado la muerte. Cree que ha llegado al límite de espera y ordena zarpar.

Ignorará durante mucho tiempo que pocos días después aparecería el doctor Handford secándose la inagotable transpiración, provisto de la nutrida ayuda que reclutó en Popayán. Lo seguían varios patriotas deseosos de embarcar en la *Hércules* para evadir la muerte decretada por Morillo. Encontraron deshabitada la calurosa bahía, con los restos del *Halcón* desparramados en el estero y el mar despejado de navíos.

El viaje de los corsarios hacia el poniente es muy triste. Su misión puede considerarse concluida. Los enfermos gimen en las cámaras. La hermética incomunicación a que están sometidos les impide enterarse de los beneficios que aportaron a la causa de la libertad. Sólo pueden medir sus éxitos por el número de buques apresados o hundidos, prisioneros tomados y fortificaciones devastadas. No es posible computar la desmoralización introducida en los cuadros realistas. Tampoco evaluar el fermento revolucionario que sembraron en las costas del Pacífico. Regresan a la patria con el ánimo envejecido.

Guillermo Brown ya no puede frenar las evocaciones nostálgicas. Todos los días aparecen el rostro de Elizabeth y el de sus hijos. Los extraña demasiado, más de lo que se admite entre los marinos, porque su profesión es navegar, estar siempre lejos. Imagina a su mujer atendiendo las necesidades del hogar, proveyendo ropa y comida, arreglándoselas con los recursos que le había dejado y que seguramente llegaban a su fin. ¡Cómo desea abrazarlos! ¡divertirlos con algunas de sus peripecias! ¡por lo menos hacerles saber que está vivo y camino de regreso!

En doce jornadas arriban a las Galápagos. La vieja cicatriz de la *Hércules* vuelve a hacer agua. Se esmeran en una reparación minuciosa: les aguarda un trayecto larguísimo, sin socorros verosímiles y con muchos enemigos alertados. Procuran reunir la mayor cantidad de alimento, pero en las islas sólo consiguen tortugas. Embarcan setenta tortugas gigantes.

Y empiezan la larga, lenta, mortífera travesía.

XIV

El océano caliente y quieto se extiende como una piel rígida, sobre la cual se desplaza un insecto: la *Hércules*. El color plomizo inmóvil y la línea tensa del horizonte agobian. Ningún contraste, ningún acontecimiento. Al día sucede la noche, al sol las estrellas, siempre iguales, repetidos, como testimonios de que permanecen en el mismo lugar y terminarán muriéndose, pudriéndose. En el mismo lugar.

La escasez de provisiones impone dietas rigurosas: un bizcocho, algo de maíz o arroz, media libra de tortuga y una pinta de ron. Empiezan a sangrar las encías, los dientes se aflojan y caen. Aumenta la debilidad, caminan como espectros. Antes eran capaces de trepar hacia la punta de los mástiles y hacer acrobacias sobre las perchas en medio de la tempestad. Ahora se desplazan con esfuerzo y permanecen tendidos en cubierta, sin alegría, sin esperanza. Aparecen manchones en la piel, primero rojizos, luego azulados. Brown comprende el peligro: escorbuto.

Proyectan desembarcar en la Isla de Pascua. El océano, dominado por los realistas, se comporta como súbdito fiel de la Metrópoli: cuando los corsarios recorrían las infinitas planchas calientes del trópico, cesaba toda brisa; ahora que se aproximan a tierra firme, se desata la tempestad. La acometida de las olas impide recalar y, al cabo de infructuosas maniobras y correr peligros de naufragio, Brown resuelve continuar nomás hacia el Cabo de Hornos, a casi medio mundo de distancia.

Las provisiones se agotan. De los primitivos bizcochos sólo resta un polvo amarillento, sucio, donde se mueven los gusanos. Las pocas tortugas que aún quedan son reservadas con avaricia para lo que vendrá. Los marineros empiezan a perseguir las ratas cuya carne, huesos y cuero se convierten en comida apetitosa. Durante las tempestades se recoge el agua de lluvia. "La idea de una muerte por hambre lenta y desesperada —relata Brown— carcomía la mente de cada uno de los hombres de a bordo. Y podría decirlo, casi a mí mismo".

Semanas y semanas. El sopor, el hastío, la náusea. Las mismas maderas y velas. La misma cubierta. Las mismas caras hoscas. Una caja con botellas de vitriolo cae sobre la escotilla de la santabárbara iniciando el fuego. Cuatro hombres se lanzan con trapos y frazadas antes que sobrevenga la explosión fatal: son Walter Chitty, Guillermo Brown y dos marineros. Otros hubieran preferido la explosión que terminara con el suplicio de no vivir ni morir.

Por fin penetran en las aguas frías. Cada jornada más frías y agitadas. Se aproximan a los helados laberintos donde murieron tantos navegantes. Entre los rugidos del viento y los empujones de las olas, atraviesan la angosta ruta que une ambos océanos. Se salvan "apenas de un témpano de hielo que pasó raspando el costado del buque". La suntuosa entrada en el Atlántico es festejada con el sacrificio de la última tortuga.

Ponen la vela hacia las Islas Malvinas, no sólo para procurarse cerdos salvajes y lanudas ovejas, sino con la expectativa de encontrar algún ballenero que suministre información sobre las Provincias Unidas. Después de todo, ya estaban en aguas territoriales de la patria libre.

Al acercarse a Puerto Egmont, sin embargo, un viento fortísimo envuelve a la fragata arrojándola contra las peñas. Los malditos gigantes del infortunio lo persiguen sin darle respiro; se obstinan en no dejarlo tocar tierra. El timonel lucha contra los empujones de la borrasca y consigue alejarse del peligro. "No quedaba otra alternativa que continuar navegando, confiando en la naturaleza para el alivio de la sed y el hambre". Las redes y los arpones arrancan comida al mar. Por las venas de los navegantes sólo circula pescado.

La creciente cercanía de Buenos Aires despierta sentimientos contradictorios. Por un lado el ardiente deseo de regresar: hacía más de un año que no veía a su mujer ni a sus hijos y no tenía de ellos la menor noticia. Por otro lado la inquietud por las seguras sanciones que le esperaban a causa de su insubordinación y, más que eso, la amargura de arribar con una sola nave y una tripulación abatida y enferma. Poco favor haría al espíritu de Mayo con los despojos del crucero. "Navegar directamente hacia el Río de la Plata —confiesa Brown— hubiera sido la más grande imprudencia antes de que se supiera algo sobre la situación en su capital".

Habiendo cruzado la latitud de Buenos Aires, el 20 de agosto avista un bergantín inglés proveniente de Montevideo. El capitán le transmite torvas noticias: 10.000 portugueses avanzan por la Banda Oriental y una escuadra de Río de Janeiro se dispone a bloquear Buenos Aires; en las Provincias Unidas reina una anarquía espantosa. Brown convoca a sus oficiales para examinar la situación. Acuerdan proseguir hacia el norte, reparar la nave, curar a los tripulantes y conseguir eventuales refuerzos para recién entonces ingresar en el Río de la Plata con la dignidad que merecen sus denuedos.

El bergantín inglés consiente venderle algunas bolsas de pan.

Las costas brumosas de Brasil ondulan a lo lejos. Estallan fosforescencias sobre las olas que ruedan mansamente. Sobre cubierta los marineros ventilan sus hamacas y jergones. Las redes mejoran el suministro de comida, se obtienen productos más variados. Algunos marineros se recuperan bajo la luz tibia y coruscante. Sacan del mar grandes racimos de sargazos, cuyos frutos hacen estallar con alegría entre los dedos. Alegría efímera, porque el escorbuto no desaparece. Y porque brota una nueva fiebre. No hay médico a bordo. Miguel Brown yace en su camastro delirando; los paños de agua no disminuyen su temperatura. Se aproximan a Río Grande y lo desembarcan en un bote. Lo presentan como marino inglés, víctima de un naufragio, y consiguen internarlo en el hospital. En la *Hércules* vuelve a predominar la mesticia.

Se han propuesto fondear en el Caribe, porque allí abundan los frutos silvestres,

las aves y puertos de cualquier nacionalidad. Pero el viaje se hace largo, mefítico, y ya no anima ni el espejismo. En Pernambuco echan el ancla a buena distancia de la costa mientras Walter Chitty, disfrazado, desembarca en un bote para comprar provisiones. Al cabo de dos días regresa con dos lanchones repletos.

Reinician la marcha. Otra vez el calor. El sopor. Por lo menos alcanza la comida. Al cabo de inagotables semanas ingresan en el mar de las Antillas. Brown evoca los itinerarios que recorrió cuando joven, a bordo de naves norteamericanas y luego inglesas. Le conviene un puerto británico. Y se interna en la cálida bahía de Carlisle, islas Barbados.

El 25 de septiembre fondea en el colorido puerto de Bridge Town. Los negros transportan cajas a los numerosos buques amarrados en el muelle. Una tupida maraña de cocoteros sombrea las casas de elegante estilo inglés, entre las que se observan escombros. Se entera de que un par de meses atrás se produjo una sublevación de esclavos, con numerosos incendios, saqueos, violaciones y asesinatos. Las autoridades requisan la fragata. Proceden con corrección —pese a ser un lugar frecuentado por piratas— y Brown se dirige personalmente a tierra para mostrar su documentación en regla y solicitar permiso para reparar las averías. El gobernador lee los papeles firmados por el Director Supremo de las Provincias Unidas, se frota un costado de la nariz y divaga sobre qué autoridad puede tener un Director Supremo que no fue reconocido por Su Graciosa Majestad ni por nadie.

Es una ofensa gratuita, protesta Brown. El gobernador lo tranquiliza con un gesto, hace mucho calor para discutir: más tarde le entregará su respuesta. Brown esboza una reverencia, sale, y cuando no lo pueden oír lo manda al demonio.

Cinco horas más tarde se presenta en la *Hércules* el edecán del gobernador. De tal chiquero tal chanco. El edecán tiene tiempo de despacharse una imbécil perorata sobre la neutralidad del Gobierno de Su Graciosa Majestad Británica en el conflicto que sostiene la Corona española con sus colonias rebeldes; por lo tanto el señor gobernador no autoriza al señor coronel Brown que repare la fragata, ni que permanezca en el puerto. Extrae el pañuelo de la manga, aspira su perfume y se retira con paso de tero. En la puerta recuerda un detalle: ah, el señor gobernador ¡qué hombre tan humano!, le permite al señor coronel adquirir las provisiones necesarias hasta el próximo puerto. Brown cruje los dientes y lo hace acompañar por un subalterno. Mientras se realizan los aprestos aprovecha el correo inglés para enviar mensajes al representante de las Provincias Unidas en Europa y a su familia en Londres y Buenos Aires.

Imprevistamente tres marineros borrachos gritan que son desertores de la *Hércules* y quieren trasbordar a la grande y bien equipada fragata *Brazen*, de bandera Inglesa. Es posible que haya existido un ofrecimiento previo, porque el capitán de ese buque despacha enseguida una pequeña embarcación para recogerlos, sin mediar

permiso. El inescrupuloso capitán de la *Brazen* confirma que Brown está en tierra y ordena a su tropa que aborde la *Hércules*, tome posesión de sus bienes y secuestre todos los documentos.

El vil procedimiento es desconcertante. Brown se abalanza sobre el despacho del gobernador y desata una borrasca. Su bastón golpea frenéticamente el piso, ritmando denuestos, ironías y amenazas. El gobernador se incomoda, frota sus dedos, pide ayuda al delicado edecán y firma una orden exigiendo al capitán James Stirling reintegrar la *Hércules*. Stirling acata, se excusa tangencialmente, conserva el aplomo de alguien que pierde con la misma indiferencia que gana. Y empieza una tranquila conversación con Brown sobre las averías de la fragata; le hace saber que si elige acompañado a Antigua, cuyo jefe de la estación naval es el almirante Harvey, obtendrá permiso para efectuar las reparaciones. Antigua está en la ruta que Brown proyecta seguir de todos modos y acepta la inesperada gentileza de su reciente ladrón, "sin suponer por un momento la trampa que estaba por tenderseme".

Brown está demasiado abatido o apurado o, quizás, olvidado de las abyecciones humanas. Hace un año y medio que inició el crucero desconectándose del mundo en lo que no tuviera directa relación con la guerra a Fernando VII. Actúa con una confianza que no responde a su personalidad. O actúa la parte alienada de su personalidad. Margina el sentido común y pone rumbo a Antigua. Lo sigue Stirling en su *Brazen*. Mientras navegan entre las Barbados y ¡Martinica, el inglés arrima de súbito su buque y le manda un bote a las órdenes de un guardiamarina con los saludos y la solicitud del hablarle. Brown accede a pasar a la *Brazen* para conocer la inquietud de Stirling. Pero apenas salta a cubierta es tomado prisionero. Los piratas actúan con celeridad. Luego abordan la *Hércules* y dominan su tripulación, desmoralizada, tullida, entregada. Enseguida proceden a un minucioso saqueo incautándose hasta de la ropa y la vajilla personal del comandante. A los forcejeos y maldiciones de Brown y sus oficiales, el impávido capitán inglés responde: —Así tratamos a los filibusteros...

Otra vez lo agredía Inglaterra. Sus patentes estaban en orden. El alambicado gobernador de Bridge Town le contó que el 23 de abril de 1816 los almirantes de Su Graciosa Majestad habían resuelto mantener estricta neutralidad entre España y sus provincias disidentes. No existía una sola queja por tropelías que hubiese cometido en las Antillas ni en ningún otro mar, ni que hubiese violado el reglamento del Corso. ¿Con qué derecho lo avasallaban? ¿El mismo derecho de los gigantes uniformados que carneaban irlandeses, que lo convirtieron en botín de leva?

No se le permite efectuar reclamaciones, ni entrevistas con el gobernador, ni hablar con su edecán ni con el más bajo de sus subalternos. No se le devuelve una sola libra. Comprimen a su tripulación en la bodega donde agonizan enfermos de fiebre amarilla.

Los llevan a la bahía de San Juan, a doce millas de la ciudad, y los abandonan en una aldea que no ofrece asistencia alguna. Es un caserío miserable que se extiende junto a una playa caliente, sucia, manchada con brea derramada y maderas podridas. El mar no tiene agua sino aceite grueso. Goletas de cabotaje y urcas de carbón llegan y salen del desvencijado muelle. En las tabernas los marineros se emborrachan, bailan y mueren en brazos de prostitutas resignadas. Sobre las paredes de troncos graban inscripciones obscenas o infantiles o desesperadas. Música, alcohol e insectos devoran a los sobrevivientes. Y también la fiebre amarilla. Mueren tres oficiales.

James Stirling inicia un juicio para legalizar su abuso. Esta vez no perderá su presa. Manda sobornar a varios tripulantes para que formulen cargos contra su jefe. Uno de ellos, encandilado por la recompensa, acepta testimoniar que Brown arrojó al agua a su propio hermano. El proceso irregular termina con la condena de la *Hércules*, entre otras razones, por haber doblado el Cabo de Hornos sin la licencia de la Honorable Compañía de las Indias Occidentales y por haber violado la neutralidad británica en el conflicto español (!?).

Dicen que en las Barbados se encuentra la sepultura de un nieto de Constantino XI, último emperador de Bizancio, cuyo fantasma aparece de noche trayendo desgracia. Allí mueren varios marineros de la *Hércules*. Los nativos se niegan a enterrarlos. Circula la versión de que ellos han traído la fiebre amarilla como consecuencia de su estado calamitoso. Brown, desfalleciente, procura brebajes y pócimas que en algo ayudan. Le arden los ojos, tiene náuseas, diarrea. Cae también enfermo: ahora es el tifus. Cuando se repone, sufre un horrible poli traumatismo con fractura de fémur, hundimiento de costillas y heridas de cadera. La prolongada inmovilización produce escaras que se infectan. La infección deriva en una encefalitis. Brown, antes de perder la lucidez, percibe que es sumergido en aguas profundas donde, paradójicamente, el sol abre su manojó de luz a través de los cocoteros.

Las hojas lanceoladas construyen figuras, cuentan historias. La historia de un niño desamparado, perseguido, hambriento. Un duende maligno se ríe entre los cocos redondos y un cardumen plateado; es siempre el mismo duende: partió de Foxford desatando tempestades, entregándolo a un barco inglés, encerrándolo en dos prisiones, levantando toneladas de agua en los mares australes, perturbándole la inteligencia en las Antillas y succionándole las fuerzas para que se muera ahí, bajo el agua que parece un enramada. De pronto siente que las sierras de un cocodrilo le muerden la cabeza. Se ahoga en el Guayas cenagoso. Lo salva el gobernador español. Y su mujer le moja la cara con agua fría; su mujer está disfrazada de negra. Quiere ver a sus hijos: ella le dice que no hable, que son las pesadillas, que la fiebre, que la sed. Alguno de sus hijos ha muerto. O todos. Está en el infierno, lo sabe por el calor y los dolores. Otra vez el manojó de luz cegadora. ¡Necesito saber! El duende se

desternilla de risa, arranca un coco y lo lanza contra su pecho. ¡Qué dolor! El fruto se parte y le moja el cuello, la boca, le entra jugo en la nariz. Necesito una paloma mensajera para mandarle una carta a Elizabeth.

En Buenos Aires Elizabeth también padece la soledad. El Gobierno ha cancelado los sueldos de su marido y las rentas que le quedan son exiguas. Sin parientes, sin amigos, sin noticias de Guillermo, solicita un pasaporte para viajar a Inglaterra, a casa de su familia. El Director Supremo rechaza el pedido; la familia de Brown permanecerá como garantía hasta que él regrese. Pero... ¿y si no regresa? ¿Y si muere? Si muere, el Gobierno incautará todos sus bienes. ¿Cuánto importan sus agotados bienes, ya? En una carta a una amiga, la atribulada mujer le confiesa que "no hallando aquí cómo mantener a mis pobres hijos, me determiné a volver a Inglaterra y arrojarme en los brazos de mis amigos y parientes quienes, estoy cierta, no me dejarán faltar nada y me asistirán en todo (...). Mi marido ausente, dos hermanos más con él y sin saber de su existencia, ni tener a mi lado partido que tomar (...). De este modo, ya ve usted, nada me podía detener aquí hasta saber de él; para el caso de llegar la noticia de su pérdida, yo con mis desgraciados hijos nos veríamos expuestos a las mayores miserias; el Gobierno no tiene derecho ninguno para detenerme, pues (...) sé muy bien del modo que han sido pagados los anteriores servicios de mi marido y ellos no ignoran lo peligroso en sumo grado que es la expedición en que se ha metido".

A principios de enero de 1817 Elizabeth Brown y sus hijos logran esquivar la vigilancia que se ejercía sobre sus desplazamientos y embarcan clandestinamente en la corbeta *Amphion*, rumbo a Gran Bretaña. Estos siete años vividos junto al Río de la Plata cargan más penas que alegrías.

Guillermo cursa la tormenta de la enfermedad, falto de adecuada asistencia y consuelo. Mientras su esposa navega a Inglaterra ignorando su estado y paradero, él se arrastra por las antesalas de la muerte. No puede valerse de sí mismo para sorber agua o llevarse a la boca un alimento. Terminará en las Antillas, donde pasó su juventud, y el cadáver será alimento de los gallinazas. A mediados de enero de 1917 comienza a sentir una ligera recuperación. No sabe cómo ni quiénes lo conducen a unos baños termales donde mejora bastante. Poco a poco recupera la lucidez. Convaleciente aún, solicita al gobernador y al juez que posterguen la venta de la *Hércules* hasta que arriben nuevas instrucciones de Inglaterra. El asunto lo obsesiona e irrita en extremo. Pero sus esfuerzos resultan vanos. Se entera de que la fragata fue etiquetada como presa del día y el cargamento se vende a bajo precio. Brown dirige una nota protestando contra la tasación y las actuaciones, sin obtener respuesta, "tal es la confabulación que existe entre ellos —afirma—. ¡Que Dios tenga misericordia de los infelices que caen en sus garras!" Se las arregla para asistir a la venta. Camina con muletas, no se resigna a perder la nave que es un símbolo de la epopeya naval

sudamericana. ¡Qué hermosa estaba la *Hércules* cuando entorchada de heridas emergió del humo para entrar victoriosa en Montevideo! ¡Cuánta magnificencia tenían los colores de la revolución cuando sus mástiles los tremolaron en el Pacífico!

El teatro de la venta le produce" disgusto y espanto".

"Mi salud necesita muchísimo un cambio de clima".

Su cuerpo, en efecto, está debilitado, agotado, por efecto de las enfermedades, el poli traumatismo, la escasa alimentación, el sufrimiento moral.

Varios meses después consigue embarcar rumbo a Inglaterra. Esta vez lo hace pertrechado de la documentación necesaria para entablar juicio al miserable taimado de James Stirling.

No sabe qué le espera en Londres; en Londres no saben quién acaba de llegar. Frente a la severa casa de ladrillos de los Chitty se detiene un coche tirado por caballos enjaezados con arneses brillantes. Se abre la portezuela y desciende un caballero flaco, ojeroso, de pelo encanecido, que se apoya en un bastón. De la casa, al reconocerlo, surge una bandada de niños y, entre ellos, Elizabeth. Junto a la verja se abrazan y lloran.

XV

El escudo que decora el edificio donde sesiona la Corte del Almirantazgo produce veneración entre los que confían en su justicia... porque no han tenido que apelar a ella. A esta conclusión llega en algunos meses el recompuesto coronel de marina Guillermo Brown. En efecto, el juicio que ha iniciado contra la infame resolución de los tribunales de Antigua se desarrolla morosamente. Sus razones son tan claras y fuertes que sólo motivos extrajudiciales pueden postergar tanto el fallo.

Sus parientes le gastan bromas sobre los años vividos junto al Río de la Plata, su crucero en el Pacífico y la pérdida de su nave: ¿ésta era la vida de tranquilo comerciante que se proponía llevar en "el fin del mundo"? Brown ha madurado. Se toca la pierna: su fractura es testimonio indeleble de un triunfo justiciero en el Atlántico sur. Su nombre se convirtió en grito de batalla, en símbolo de la libertad. A lo largo del Pacífico lo combatieron los realistas, es cierto, pero lo bendijeron los criollos oprimidos. Ya no podrá ser un navegante desprovisto de causa; preferiría dedicarse a la huerta. —¿Qué significa "causa"? —preguntan.

Y Brown contesta: —Causa, por ejemplo, es lograr la Independencia de Sudamérica y después contribuir a mantenerla.

Elizabeth comprende a su marido. Pero quisiera no entenderlo para oponerle mejor resistencia. Sospecha hacia dónde huyen sus pensamientos cuando mira con fijeza los visillos de la ventana. Sospecha qué barrunta cuando sale a caminar solo.

—¿Quieres volver, Guillermo?

Guillermo contrae los labios, traga saliva. Sí, quisiera volver a Buenos Aires, extraña Buenos Aires, extraña a esos malditos que trataron a su familia con tanta desconsideración.

—¿Sabes lo que te espera? ¿Sabes que no te han perdonado, que nunca te perdonarán? ¿Sabes que te llamaron extranjero, traidor, aventurero, pirata?

Sí, lo sabe; sus ojos azules no brillan, sus dedos dibujan navíos en el mantel. En Londres circulan noticias deprimentes: los patriotas no consiguen el triunfo total y los españoles se alistan para llevar a cabo una represalia abrumadora. Las tierras emancipadas se deslizan hacia al caos, sin aliados, ni líderes, ni recursos suficientes. Londres mantiene contactos plurales y ambiguos, el futuro es incierto.

—¿Estás seguro de volver, Guillermo? ¿No nos entregamos a otro sacrificio inútil?

—Sacrificio puede ser, Eliza; inútil, no. Mi tío, si pudiera hablar, estoy seguro que me traería un ejemplo de la Biblia: diría que he nacido en tierra de esclavos y después he conocido la libertad; no debo traicionar la libertad, ahora que he recuperado la lucidez.

Le escribe a Bernardino Rivadavia, en misión diplomática por Europa. Su planteo

honesto recibe pronta respuesta: "... para responder dignamente a la sinceridad que se ha dignado exigirme, no debo disimular que las circunstancias que intervinieron a su salida del puerto de Buenos Aires, la falta de comunicaciones, la poca correspondencia entre sus instrucciones y su derrota, uno que otro dato que arroja desgraciadamente el expediente y la mal aconsejada evasión de su familia de la capital de nuestro Estado, lo ponen a usted en la necesidad y el deber de volver pronto, por su honor". Rivadavia le aclara que él, personalmente, no necesita explicaciones ni gestos de Brown para comprender su honestidad y lealtad, y agrega: "por mi parte, nada dejaré de hacer" para solucionar el desagradable embrollo.

Brown confía a Hullet Hnos., que se desempeñan como agentes del Gobierno argentino, la prosecución de su juicio en el Almirantazgo para recuperar la inolvidable *Hércules*. En una carta le adelanta al Director Supremo su disposición de regresar, "esperando con la verdad y justicia de mi parte, rendir cuenta satisfactoria de mi conducta y operaciones".

XVI

Corre el año 1818. José de San Martín ha librado la decisiva batalla de Maipú y se dispone a culminar su campaña emancipadora. El presidente Monroe adquiere tierras en la africana Liberia para la American Colonization Society. Bernadotte asume el trono de Suecia con el nombre de Carlos XIV. Brackenridge escribe su notable y pintoresco *Viaje a la América del Sur*. Napoleón sigue encadenado a la roca de Santa Elena. David Ricardo lanza sus *Principios de economía política*. Beethoven compone la *Missa Solemnis*. Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*. Simón Bolívar reorganiza sus fuerzas... Y el coronel de marina Guillermo Brown, tras su esperanzado retorno a Buenos Aires, es arrestado y encarcelado en el cuartel de Aguerridos: el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata ha decidido hacerle pagar su desobediencia, contrariamente a lo prometido por Rivadavia y calculado por la lógica.

Brown había nacido en 1777 en el pueblito irlandés de Foxford, bajo secular opresión inglesa. A los nueve años su padre lo llevó a Filadelfia, Estados Unidos, para buscar un horizonte más benévolo y traer después al resto de su familia. Pero allí quedó huérfano y desamparado, lejos de su madre y sus hermanos, lejos de su valiente tío cura, lejos de las referencias que lo habían moldeado. Lo rescató una nave americana, donde invirtió su adolescencia en descubrir los secretos del mar. Simultáneamente aprendió también las artes de la guerra y luego bebió la hiel de nuevas injusticias. Fue apresado por los ingleses y convertido en botín de leva. Aparecieron los franceses que, en lugar de liberado por haber sido un cautivo de Gran Bretaña, lo confinaron en una mazmorra. Fugó, volvieron a encarcelado y volvió a fugar. Cruzó el Rhin y pudo llegar a Londres, capital del imperio que lo había agredido dos veces, pero con el que estaba unido por lazos de idioma y múltiples tradiciones. Ingresó en la marina mercante de Inglaterra. Conoció a Elizabeth Chitty, con quien se casó. Y produjo asombro entre sus nuevos parientes al comunicarles su decisión de radicarse junto al Río de la Plata, en "el fin del mundo", para alejarse de una Europa incendiada por las guerras. Pero en la remota Buenos Aires presencié la Revolución de Mayo y se presentificaron con energía los anhelos de libertad que habían soplado en su infancia. Aún trató de mantenerse como un pacífico comerciante llevando mercaderías al Brasil, pero los artilugios legales lo dejaron sin barco ni mercaderías. Regresó a Inglaterra para reaprovisionarse y volver a Buenos Aires: algo poderoso, aún desconocido, lo ligaba con las nacientes Provincias Unidas.

En efecto, tras su retorno al Nuevo Mundo comienza a brindar servicios que ya no tienen como objetivo el comercio, sino la emancipación americana. Su talento naval descolla tanto que el Director Supremo lo designa comandante de la nueva y precaria escuadra. Triunfa en los aguerridos combates de Martín García y luego, en 1814,

consigue someter el último baluarte realista en el Atlántico sur. Brown es un héroe admirado e indiscutido de la naciente nación. Le confían entonces organizar un crucero por las costas del Pacífico para agrietar el poderío realista en Chile y Perú. Pero sólo organizado: exigen por razones oscuras que él permanezca en tierra. Brown se cansa de las intrigas, las falsas promesas y la ingratitud. Pero en realidad lo quema el llamado de la aventura. No puede frenar su deseo de comandar el crucero. Y, entre justificativos diversos que ofrece a su mujer y también a sí mismo, trepa a la nave capitana y ordena zarpar. El Gobierno, desconcertado, hace esfuerzos por llamarlo a la reflexión. Brown no acepta retroceder, asume los riesgos que implica esta frontal desobediencia —no era el único que las cometía en esos años caóticos—, y se lanza hacia las aguas australes para cruzar hacia el Pacífico. Su tarea de corsario se sobrecargó de peligros y en varias ocasiones estuvo muy cerca de perder todas sus naves y también la vida. Pero infligió al poder realista humillaciones inéditas, como sitiar la fortaleza del Callao durante más de veinte días y haber casi conquistado la estratégica Guayaquil. Su presencia agitó el espíritu revolucionario desde los hielos del sur hasta el Ecuador.

Pese a estos servicios, no puede retornar a Buenos Aires porque allí el rencor por su desobediencia es más significativo que sus servicios a la revolución emancipadora. Venciendo el hambre, las enfermedades y una torturante nostalgia, pasa de largo la ingrata costa argentina donde supone que le lloran y extrañan su mujer y sus hijos, y navega hasta el Caribe. Pero en vez de encontrar ayuda entre los hombres que hablan su misma lengua natal, es objeto de una vil rapiña. Los ingleses que dominan —muchas islas del Caribe lo estafan y abandonan en una playa semidesierta, casi como si ya fuese un cadáver. La encefalitis lo pone al borde del fin. Después, durante la convalecencia, sufre un poli traumatismo. Se salva por milagro y, convencido de que nada logrará en esas islas, logra embarcar rumbo a Londres, la capital de un imperio tan poderoso como contradictorio, porque al menos allí obtendrá el apoyo de sus cuñados. Lo golpea la sísmica sorpresa de encontrar a Elizabeth y sus hijos, quienes la habían pasado mal durante su larga ausencia y debieron fugar de Buenos Aires.

Pese a todo, Brown retorna. Se cree protegido por algunas promesas, por la carta de Rivadavia, por centenares de bravos marinos, por la sensatez.

Pero el pueblo no lo espera en la Alameda —como ocurría tras sus resonantes batallas— ni el Gobierno le manda un carruaje oficial. Llega con su familia como cualquier desconocido. Pero ya sabemos que no es un desconocido, sino un sublevado. Sin consideraciones a sus sobrados méritos, lo encierran en un cuartel. Resulta increíble: a las numerosas injusticias que han eslabonado sus días desde que era pequeño se suma esta nueva, mayúscula, casi más gravosa que todas las anteriores. ¿Es posible tolerar tanto? No, no es posible. Guillermo Brown enferma en prisión. Le acosan dolores en el hígado y el estómago; su piel se torna amarillenta. El

defensor solicita que, debido a su estado, le sea conmutada la prisión en el cuartel por un arresto en su domicilio. Lo hacen examinar por el director del Instituto Médico Militar, pero la Comisión Fiscal rechaza la solicitud; lo autorizan, en compensación, a pasearse por el cuartel: opinan que con algo de ejercicio mejorarán sus males.

A la encendida defensa preparada por el coronel Mariano B. Rolón se opone el fiscal de la causa, sargento mayor Matías de Aldao, quien exige "embargo y venta de los bienes que se le encuentren", Guillermo Brown, arrimando los labios a su confesor, exclama:

—*This is a great country, but, what a pity, there are many blackguards!*[\[1\]](#)

El auditor general, doctor Juan José Paso, interviene para restablecer el sentido común. Propone una fórmula mediante la cual, "sin pronunciar una declaración de inocencia, mande sobreseer y archivar el proceso de esta causa, restableciendo sin nota al coronel Brown procesado, a su libertad, empleo y prerrogativas".

El juicio largo y la prisión bochornosa agotan los restos de paciencia que aún ardían en el pecho de Brown. El 23 de agosto de 1819 se dirige al Director Supremo: "hace más de diez meses que me hallo preso (...) Yo, Señor Exmo., ya no tengo de qué subsistir, los recursos de los amigos que me favorecen están agotados y, al fin, en una imposibilidad absoluta de subsistencia". Más adelante resume su situación con un breve párrafo: "... al tercer día de mi llegada a Buenos Aires fui confinado en una prisión militar durante 40 días y, después, juzgado por el Consejo de Guerra Militar, en un proceso que duró cerca de un año hasta que se dictó sentencia, la más injusta que pueda darse".

Guillermo Brown es absuelto, finalmente, pero se dispone su retiro absoluto del servicio, "con sólo goce de fuero y uniforme".

Cuenta su dolor y las terribles secuelas: "Esto y la injusticia de que fui víctima en Inglaterra, obraron sobre mi mente. También estaba separado de mi familia, la que quizá no tardaría en pasar necesidades y faltarle el pan. Hacia mediados de septiembre de 1819 enfermé de fiebre tifoidea. Privado de mi razón, el día 23 me arrojé desde la azotea de la casa del señor Reid, de tres pisos, rompiéndome el fémur y cometiendo otros actos que, espero, el Todopoderoso me ha de perdonar. Después de este accidente estuve seis meses en cama acostado de espaldas, sin poder mover un miembro o mi cuerpo. Sólo sabe Dios lo que sufrí".

Cruel es la patria naciente. Golpea con mano irrespetuosa, y no solamente a Guillermo Brown. Juan Larrea, que había sido miembro entusiasta de la Primera Junta y constructor de la escuadra patriota, también fue procesado en 1815 por un tribunal especial donde predominaron los intereses políticos; antes lo habían encarcelado en la lejana San Juan, de donde regresó como diputado a la Asamblea Constituyente. Ahora lo humillaban secuestrándole sus pocos bienes y "con la partida de registro que haga constante su expulsión". Se radicó en Francia, pero tres años

después regresó al Plata, instalándose en Montevideo, donde apenas podía "asegurar el sustento de su familia" —como escribe a San Martín—, hasta que en 1822, gracias a la Ley del Olvido, pudo regresar a Buenos Aires. No obstante, la tragedia pellizca sus talones y la reanudación de las persecuciones políticas lo agotan. El abnegado y leal Juan Larrea, el hombre de flequillo partido, de fúlgida inteligencia, de moreniana combatividad, se suicida.

XVII

Guillermo Brown se recluye en su casona de Barracas, donde inicia trabajos de agricultura. Para llegar a ella debe atravesar vastos galpones donde se almacenan cueros y panes de cera. También los malolientes saladeros que consolidan grandes fortunas. Su casona es un castillejo de tres pisos, solitario, con ventanas corredizas, a la inglesa. Las pilastras superiores, almenadas, ofrecen la imagen de un torreón.

Con pico y azada limpia los matorrales de cardos y prepara la tierra para sembrar. Su mujer arma canteros a lo largo de las galerías y llena de flores el pequeño jardín. Recordando la profecía del combatiente cura irlandés, cree que empiezan los siete años de bonanza. En efecto, son siete años de vida en retiro, sin tensiones navales, sin regateos con la muerte. Pero años en que retornan los enemigos abominables que ya lo visitaron en la cárcel. Son los antiguos gigantes malignos que visten uniformes ingleses, que buscan envenenarle la comida o el agua, ya que no pudieron liquidado en el Estrecho de Magallanes o bajo la canícula de las Antillas. Sus pasos sigilosos le interrumpen el sueño, sus movimientos veloces le turban la vista. Monta a caballo y recorre grandes distancias para atrapados. Se evaden siempre, los miserables. No desea alarmar a Elizabeth ni a los niños y calla. Lucha solo contra espectros que ensucian el aire y malogran su felicidad.

Buenos Aires está en guerra con los caudillos; lo insensata lucha fratricida macula la epopeya emancipadora aún viva, resonante. Al atardecer lo visitan algunos amigos para beber té. Buenos Aires recauda millones de pesos a través de la Aduana y se resiste a considerar el dinero como patrimonio de toda la nación. Entre la capital y el resto se abre un vacío, como si el resto hubiese sido condenado a una creciente pobreza y Buenos Aires a una delirante prosperidad. Las familias patricias embellecen sus hogares con productos artísticos importados de Europa y América del Norte: muebles de Boston, cristales de Murano, pianos de Francia, relojes de Inglaterra, incluso esteras de la India y vajillas chinas bañadas en oro. Llegan libros de autores que causan furor en las tertulias de Londres y París, se comenta el romanticismo que empieza a regir despóticamente en literatura y música. Se baila el minué, la contradanza española y francesa. La sobria elegancia de las mujeres va trasmutándose en coquetería. Y esto no ocurre en el interior del país, donde van surgiendo los caudillos que reclaman una organización nacional sin marginados.

A las luchas intestinas se agrega el replotamiento de una antigua disputa entre los reinos de España y Portugal, que ahora protagonizan sus principales herederos: las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Brasil. Brasil ha ocupado la Banda Oriental en 1817. Sus habitantes, perdiendo las esperanzas de recuperar el suelo patrio con la fuerza de las armas, se dirigen al emperador Pedro I solicitándole que retire las tropas invasoras y les permita elegir libremente su destino. El Gobierno imperial no

contesta. Buenos Aires entonces reclama la restitución de "este territorio conquistado, visto que sus costumbres, lenguaje y raza, y las tendencias de sus habitantes los volvían enemigos permanentes del Imperio". Ante otra reclamación argentina, el emperador responde que "habían sido los propios habitantes de la Banda Oriental que, no deseando quedar bajo el dominio de España, ni pertenecer a las Provincias Unidas, han pedido su incorporación al Brasil".

El general Lavalleja, al frente de treinta y tres orientales, parte de San Isidro — con la ayuda del pueblo de Buenos Aires— y desembarca sobre la orilla izquierda del río Uruguay. Después de una serie de victorias sobre las fuerzas de ocupación, el Congreso reunido en la Florida, y que representa al pueblo de la Banda Oriental, declara que "su voto general, constante, solemne y decidido es, y debe ser, por la unidad con las demás Provincias Argentinas, a las que siempre perteneció".

Pedro I, cuyos radiantes dominios se extienden del Amazonas al Plata, resuelve poner acelerado fin al entredicho proclamando la guerra a las Provincias Unidas el 10 de diciembre de 1825. Anhela una acción definitiva y ordena "que se hagan todas las hostilidades posibles, por tierra y por mar". También autoriza el corso y, para exacerbar la codicia de guerreros y mercenarios, declara que "todas las presas, cualquiera sea su calidad, pertenecerán completamente a los aprehensores, sin deducción alguna en beneficio del erario público".

El rudo desafío es contestado por el legendario Gregario de Las Heras, gobernador de Buenos Aires, quien acusa al emperador de haber dado la prueba de su inmoralidad. "Después de haber usurpado de una manera, la más vil e infame que la historia conoce, una parte principal de nuestro territorio (...), después que los bravos orientales han desmentido las imposturas en que pretendió fundar su usurpación... con la furia de un tirano sin ley y sin medida, reúne cuantos elementos puede arrancar de sus infelices vasallos para traer venganza, desolación y muerte sobre nuestro territorio".

La fuerza naval brasileña se compone de ochenta unidades, de las que cincuenta son buques poderosos. Las Provincias Unidas, en cambio, con proverbial negligencia —y a pesar de los esfuerzos con que se construyó la Escuadra de 1814—, sólo tienen dos bergantines, doce cañoneras y una lancha que transporta piedras desde Martín García (!). Vencidos los españoles, los argentinos desmantelaron su escuadra...

Doce días después de proclamada la guerra, rodea a Buenos Aires la impresionante flota imperial y establece el bloqueo. Conmina a los buques neutrales a retirarse. Su jefe, vicealmirante Ferreyra de Lobo, asegura que "ni un pájaro cruzará la línea bloqueadora".

El Gobierno ofrece el mando de la fuerza naval argentina al capitán de navío Robert Ramsay, cuyos servicios había contratado Rivadavia en Inglaterra. Ramsay adhería a la causa patriota y vino para crear la Escuela Naval. Pero este distinguido

marino británico rehúsa la dirección de la Armada, porque —a su entender— nadie está más capacitado para actuar en la lucha que el ya probado Almirante Guillermo Brown.

Se cumplían siete años desde que Guillermo Brown había regresado al país. Siete años anodinos consagrados a la vida familiar y a sus odiosos perseguidores invisibles. La guerra intestina produjo acciones navales de uno y otro bando, que fortalecieron la experiencia de muchos marinos. Es necesario designar inmediatamente un gran jefe, de esos cuyo nombre desata súbita resonancia. La lista es más extensa que la manejada por el Director Supremo en 1814. Pero, al margen de ella, superándola, brilla el nombre interdicto. La gravedad de la coyuntura prodiga a las autoridades la lucidez que faltó en el malhadado juicio. Superando resentimientos y formalidades pacatas, el Gobierno se dirige al silencioso chacarero de Barracas. La figura principal del gobierno es Bernardino Rivadavia, con quien cultiva una amistad sincera y devota desde que se relacionaron en Inglaterra. Las difíciles circunstancias generan una tardía justicia, forzada por el peligro, no por la ética. Pero Brown no formula reproches: entiende que lo necesitan de manera imperiosa. Elizabeth tampoco ofrece resistencia, la patria de sus hijos está amenazada. Se encierra él llorar: siente vergüenza de que en ese momento la embargue el orgullo y la emoción de ser la compañera del hombre buscado para salvar el país.

El decreto ahora no permite confusión alguna porque pone bajo las órdenes de Brown a "todos los comandantes y oficiales y tripulaciones de los buques de guerra, y dejando a su dirección los trasbordos y arreglos que considere necesarios, como que él solo es responsable de las operaciones a que pueda ser destinado", y le facilita cuantos auxilios requiera para que las naves se pongan en estado de servicio y satisfagan su confianza.

Robert Ramsay, mientras, es enviado a Inglaterra en una misión del Gobierno. Antes de partir rinde homenaje al digno irlandés, obsequiándole su espada. En el espíritu de Brown, una racha luminosa barre con los espectros. Recupera su energía y su equilibrio. Es otra vez el jefe que adoran sus tropas, que afirma la confianza, que arrancará a las tempestades su victoria.

El primer inconveniente no es la lucha contra el Brasil sino contra la imprevisión nacional: no encuentra útiles ni enseres para carenar las pocas embarcaciones existentes, ni un rudimentario almacén de marina. Tampoco operarios para construir buques: en todo el país no se podrían reunir cien carpinteros y calafateros idóneos. El Gobierno estuvo más preocupado en luchar contra los caudillos y destruir hombres como Larrea, Vieytes, Monteagudo, Posadas, los hermanos Rodríguez Peña y Brown que en conservar siquiera —no se hable de incrementar— el poderío ganado en acciones anteriores. Los viejos cañones fueron instalados como postes en las veredas frente al parque del arsenal... Tampoco había pólvora. En proporción, las Provincias

Unidas estaban peor en 1825 ante Brasil, que en 1814 ante España.

Brown ordena desenterrar los cañones. Recluta marineros y operarios de maestranza ocupados en los saladeros. Acopia lienzos para velas, cuerdas, cables, maderas, ganchos, aparejos. Ordena construir almacenes. Por el decreto contra la "vagancia", de 1815, todo individuo que no fuera propietario ni estuviera bajo las órdenes de un patrón, debía realizar cinco años de servicio militar; de esta manera los campesinos arruinados y la mayoría de los gauchos engrosan las fuerzas anónimas de la patria: se convierten en los héroes peor pagados en vida y más olvidados en muerte. Brown confía al carpintero español Angel Pita la dirección de los precarios astilleros y la inspección al teniente coronel Juan Bautista Azopardo, que acaba de retornar de España, donde sufrió prisiones, fue condenado a muerte y dos veces estuvo a punto de subir al patíbulo.

La escuadra nacional está lejos de compararse con la brasileña. Los magros buques reparados acongojan. Brown exige naves de mayor porte. El Gobierno ya no discute como antes: acata. Y el Jefe del Estado en persona, con su ministro de Guerra, interviene en las operaciones comerciales pedidas por Brown. Hacen comparecer a los propietarios de las embarcaciones elegidas, ajustan con celeridad el precio y compran tres bergantines, tres goletas y una fragata. A esta última bautizan *25 de Mayo*, en homenaje a la primera *25 de Mayo* que apresara Romarate. Brown izará su insignia en esta fragata y dará cumplimiento a la profecía popular: "*La 25 de Mayo* hará invencible la causa americana".

XVIII

A sólo veinte días de iniciado el bloqueo imperial, cuando aún la escuadra argentina no estaba terminada, Brown decide sorprender al enemigo. Busca dos efectos: moralizador en su propia tropa, desconcertante en la enemiga. Conoce el terreno como un baquiano conoce los pastos y aguadas; durante años recorrió, exploró y memorizó los bancos, canales, ensenadas y arrecifes.

Zarpa al anochecer en un bergantín, seguido únicamente por las doce cañoneras y un buque hospital. Fondea en Los Pozos, sitio que más adelante inmortalizará con una hazaña. La aurora sangra el horizonte cuando se abalanza a toda vela contra la formación carioca. La aparición repentina y espectral de Brown produce confusión. El aguerrido vicealmirante Ferreyra de Lobo ordena eludir el enfrentamiento, alejándose. Los argentinos prorrumpen en gritería, con vivas al osado Brown y fe en la victoria. Regresan al fondeadero, intactos.

Al día siguiente descubren una cañonera brasileña que, confundiendo las naves argentinas con las imperiales, fue a meterse en territorio adverso. Enterada de su error, intenta escabullirse. Tarde. La apresan con un rápido golpe de mano.

Brown termina de organizar su fuerza, designa a los comandantes, distribuye tripulación y tropa y sale en busca del enemigo sitiador. Lo encuentra en las inmediaciones de Colonia. Repitiendo la técnica del ataque fulminante, avanza a todo trapo. Ha convenido con el general Lavalleja una acción conjunta: apenas inicie su golpe contra Colonia por agua, Lavalleja asestará el suyo por tierra. La fragata insignia corre tanto que deja muy atrás al resto de la escuadra (o la escuadra no la sigue, insubordinándose). Este desajuste le descuenta ventajas. Entonces aminora el avance. Pero los brasileños advierten su inconveniente y no pierden tiempo: atacan de inmediato con recias andanadas de todas las baterías en formación.

Brown debe virar para responder el fuego. Los demás buques argentinos quedan a sotavento, con dificultades para cambiar de frente. La batalla ya no será entre una poderosa escuadra brasileña y una pequeña escuadra argentina, sino entre la *escuadra* brasileña y el *desamparado navío* de Brown. En efecto, tres corbetas rodean la *25 de Mayo* atorándola con sus cañones. Otros buques disparan contra el resto de la flota argentina para mantenerla al margen del combate. Sólo unas pocas cañoneras logran acompañar a la *25 de Mayo* en la acción, sufriendo terribles impactos. La espesura del humo le permitiría evadirse del cinturón mortífero. Pero no quiere abandonar a las leales cañoneras que se han plegado a la lucha. Continúa pues el intercambio de disparos, brutal, desigual, hasta que al atardecer un bergantín consigue ingresar en su ayuda. Brown decide que entre ambas naves abran camino a las sufridas cañoneras. Después burla a sus sitiadores escabulléndose por un canal considerado obstruido a la navegación y que él hizo sondar y balizar.

Sobre cubierta se amontonan los cadáveres. Mientras brinda asistencia a los heridos, el almirante repite su profunda indignación. Había estado en condiciones de arremeter contra los brasileños y tomarles varios buques, que tanta falta le hacían para completar la escuadra. Acusa a los comandantes del resto de su flota, diciendo que su cobarde marginación del combate "fue tan notable, que muchos supusieron un designio contra el jefe". La consternación es grande en Buenos Aires y se constituye un consejo de guerra para juzgarlos.

La situación sigue siendo tan grave como al principio del bloqueo.

El 21 de febrero Brown intenta un ejercicio naval, con esperanzas de conseguir algún cambio en la relación de fuerzas. En el cuidadoso trayecto que realiza, descubre ocho buques brasileños fuera de formación y simula retirarse. En realidad comienza una sigilosa maniobra para ponerlos como blanco de sus cañones. Los brasileños advierten su propósito y se refugian en Colonia. Brown entonces los sigue hasta allí y empieza su táctica de tenazas: Lavalleja atacará por tierra y él desde el río. Despacha a un parlamentario con exigencias precisas: que el jefe brasileño entregue las fuerzas marítimas, surtas en el puerto en un término de veinticuatro horas. Si acepta, "serán respetadas todas las propiedades existentes en la plaza, y no se incendiará la población ni las embarcaciones" y "espera del señor gobernador que por humanidad, y a fin de evitar toda efusión de sangre, accederá a esta intimación".

El gobernador no se acoquina:

—La suerte de las armas es la que decide la suerte de las plazas —responde al emisario.

La falta de viento demora el retorno del mensajero, quien puede ver a Brown recién a las cuatro de la madrugada. Brown asume el desafío y decide atacar. Se viste enseguida con su uniforme de gala y ordena comenzar la acción. Avanza hacia el puerto por la boca del este, desencadenando una tormenta de fuego al que los brasileños responden en forma nutrida. Brown sabe que Lavalleja atacará por tierra, obligándolos a dispersarse en dos frentes. Considera ganado el combate, aun cuando un bergantín de su escuadra embica en el islote de San Gabriel, a tiro de cañón de las fortificaciones enemigas. Manda una brigada de socorro, sin éxito. Un impacto de cañón despedaza al capitán del Balcarce. Espantoso. Que siga el fuego. Y que sigan flotando el bergantín. Inútil. A pesar de los esfuerzos desplegados bajo la metralla infernal, la nave sigue prendida a la arena.

—Que se trasborde el armamento durante la noche; será abandonada.

Brown considera inminente el ataque de Lavalleja, según los planes acordados. Para evitar una destrucción de Colonia, manda otro mensaje al gobernador. Pero éste ni siquiera se digna escribir la respuesta. Señalando la salida, grita al emisario:

—Diga al señor general en jefe, que lo dicho ¡dicho! Lavalleja no abre el segundo frente. Es incomprensible. Y desastroso. Tranquilas sus espaldas, el obstinado

gobernador brasileño concentra sus fuerzas contra Brown, que no puede embestir la plaza con sus buques de calado por carecer de prácticos eficientes; debe limitarse a destruir algunos barcos de la flota imperial. Pero desde las fortificaciones de tierra están en condiciones de destruirlo a él. Sus hombres asaltan varias embarcaciones cariocas prendiéndoles fuego. La única que tienen orden de respetar es el hermoso buque *Real Pedro*, al que se trataría de sacar a cualquier precio para compensar la pérdida del bergantín.

La acción continúa durante la noche. Las llamaradas iluminan con resplandores siniestros a los diablos que corren, saltan, se arrojan al agua y vuelven a emerger con teas en la mano, mientras las arboladuras se quiebran con horribles quejidos y los mástiles caen sobre la cubierta de otro buque contagiándole las llamas que saltan a las velas y, cuando introducen sus lenguas en la santabárbara, provocan explosiones devastadoras.

La dominante fortaleza del oeste abre una atroz andanada contra los incendiarios. El intrépido teniente Robinson avanza bajo la metralla con el uniforme salpicado de sangre, sin gorra, agitando en una mano la espada y en la otra una mecha que aplica al cañón. En eso le destrozan una pierna. Cae, pero sigue agitando la espada, excitando a sus compañeros para que completen la tarea. Una segunda bala lo aplasta contra el piso. El gobernador en persona se lanza al puerto encabezando nuevas tropas. Los argentinos son diezmados por la turbonada de proyectiles.

El *Real Pedro* ya no puede ser secuestrado: entonces decide prenderle fuego. Los argentinos saltan a su cubierta barrida por las balas y cayendo, relevándose, lo hacen arder por los cuatro costados. Tres cañoneras patriotas quedan inutilizadas, cubiertas de cadáveres. Muchos heridos y moribundos son traspordados a nado. Sobre las aguas flotan fragmentos de madera carbonizada, remos, trozos de vela, armas rotas y pedazos de cuerpos.

Brown inicia la retirada. Ha sufrido la derrota más severa por fallas de la coordinación con tierra. Está amargado, maldice en voz baja a los responsables del fracaso. Pero se abstiene de hacer pública esta falencia de las armas nacionales para no alertar a los brasileños.

XIX

En su cámara revisa los informes sobre los movimientos de la escuadra enemiga. La magnífica fragata imperial *Nitcheroy* flota en la rada de Montevideo. Brown urde un golpe psicológico que lo reponga del descalabro. Escribe, tacha, dibuja, suma, resta, y por fin decide acometer el abordaje de la fragata. Elige los hombres, transmite sus instrucciones y hace distribuir los elementos: machetes, arpones, hachuelas, granadas de mano y camisetas blancas que los marineros deberán ponerse sobre los uniformes para evitar la confusión en la oscuridad. También lleva herreros para cortar las cadenas que tengan amarrado al buque y timoneles baquianos.

Sale de Buenos Aires con sigilo. Otea en derredor y cree no haber sido descubierto. Evita los catalejos enemigos y navega hacia su meta por los recodos secretos que le ha confiado el río ancho y misterioso. Aprovecha una noche fuliginosa para deslizarse hacia el fondeadero. Los faroles débiles como trémulas flores amarillas denuncian a las embarcaciones del Brasil. Pasa en silencio junto a siete naves de guerra cuyos contornos apenas se traslucen en la penumbra. Llega a la popa de una gran fragata, que se bambolea suavemente. Duda. ¿Será la *Nitcheroy*? Está rodeado de enemigos flotantes, que por ahora duermen. Para no suscitar sospechas, hace bocina con la mano y pregunta en inglés:

—*What vessel is that?* [2]

Una voz metálica le contesta al cabo de tres segundos: —*That is nothing to you* [3].

¿Será entonces la fragata *Doris*, inglesa? Camina hasta donde lo espera el capitán de su buque.

—¿Será ésta la fragata inglesa o la enemiga que estamos buscando?

Su capitán se rasca el mentón, dudando también.

—Este es el fondeadero de la *Doris*, si no me engaño, y también de la corbeta americana *Cyano*, según notamos el otro día... Es raro que no haya pronunciado el ¡quién vive!

—Es verdad, muy raro.

El secretario de Brown se permite gastarle una broma: —Señor, a juzgar por la altanería de la respuesta que le han dado, este buque tiene que ser inglés.

Brown inclina su busto sobre la borda para perforar las tinieblas. Este inconveniente altera sus cálculos. ¡Qué absurdo abordar ahora una nave de Gran Bretaña! Le armarían un escándalo político y sería una vergüenza militar.

Sólo oye el batir de las olas contra los flancos; no hay voces ni movimiento de la gente. Tanto silencio también es sospechoso. Mira su reloj: medianoche. La pesada quietud es destruida por el canto de un gallo, al que siguen los ladridos de un perro. Tomás Espora, con los maxilares contraídos, se acerca a Brown.

—Juro que esta fragata es brasileña, porque ningún buque inglés consiente perros ni gallos a su bordo, ni que sus centinelas omitan dar el grito de alarma al que se acerque.

Brown es sacudido por la observación de Tomás Espora y pregunta de nuevo.

—*What vessel is that?*

Pero ya nadie contesta. El único farol de la misteriosa fragata alumbra tenuemente el velamen recogido y porciones de cubierta, completamente vacías. La luna en cuarto menguante se tapa con un velo morado, negándose a mirar el estallido que se avecina. Los marinos tienen puesta la camiseta blanca sobre el uniforme y aferran en sus manos los instrumentos de abordaje. Esperan la orden. Brown se instala en su puesto, la *25 de Mayo* rebasa al buque desconocido, vira a estribor y dispara resueltamente fuego de mosquetería. El buque fantasma adquiere súbita vida y responde con furiosas andanadas. El resplandor de los disparos denuncia su identidad: es la fragata brasileña *Emperatriz*.

Brown ordena al timonel hundirle el bauprés para tener ventajas en el abordaje, pero el bergantín argentino *Independencia*, ignorando sus propósitos —¡otra vez las fallas de la coordinación!— se interpone para intentar un abordaje directo; el oficial Murguiondo, ebrio de entusiasmo, tira su gorra a la cubierta de la *Emperatriz* como un guante de desafío. Pero frustrada la embestida de Brown y puesto en alarma el resto de la escuadra imperial, ni uno ni otro pueden fijar los ganchos y saltar a la codiciada fragata.

Mientras, en el puerto de Montevideo suena la generala, se encienden las luces y desde las fortificaciones empiezan los disparos. El comandante de la *Emperatriz*, Luis Barroso Pereira, cae perforado por la metralla: es el marino brasileño de mayor graduación que perecerá en esta guerra. Convertida la *Emperatriz* en un inmenso tizón y habiendo provocado el pánico en la ciudad, Brown ordena el regreso.

No consiguió su objetivo inicial; aún le es retaceada la victoria. Pero tiene la certeza —y la, pétrea voluntad— de alcanzada. Por lo menos ha convencido al Brasil de que no le resultará apacible el dominio de la Banda Oriental ni perfecto el bloqueo de Buenos Aires.

XX

Varias operaciones navales entrenan a los argentinos para los enfrentamientos concluyentes que se avecinan.

El 23 de mayo emergen del Río de la Plata, ante Buenos Aires, veinte buques u con osado alarde", como se expresa Brown. El pueblo pispea con miedo y curiosidad a lo largo de la Alameda, sobre terrazas y campanarios.

Guillermo Brown, fiel a su modalidad, sale al encuentro del enemigo, que le abre fuego desde excesiva distancia, como si buscara disuadir al Almirante. Los disparos brasileños son mal dirigidos, irregulares, y no consiguen frenar su avance vertiginoso, casi suicida. La flota imperial, entonces, en un extraño cálculo opta por emprender la retirada. Brown dice a su secretario:

—No se alegre mucho: puede ser una treta.

Dos días después, el día 25 de mayo, la escuadra de las Provincias Unidas se engalana y hace tronar sus cañones celebrando el aniversario. Y los brasileños han programado sorprender a Brown hábilmente durante el clímax del festejo: le demostrarán que también saben utilizar la iniciativa de la sorpresa. Pero no todas las sorpresas son iguales: el enfrentamiento dura una hora, sin obtener rápido éxito. Al caer la noche los brasileños comienzan a alejarse.

El comandante Norton, nuevo jefe de la escuadra imperial, se convence tras estas acciones fallidas de que no podrá vencer a Brown en la posición que ya ocupa. Elabora otro plan e incorpora refuerzos. Le crujen los dientes al recibir fastidiosos órdenes del emperador:

—¡Exijo una acción definitiva! ¡Liquide la insignificante escuadrilla del Plata! ¡Estos movimientos navales ya me resultan demasiado costosos por lo ineficientes!

El comandante Norton contesta:

—Sí, Majestad, la liquidaré.

El 11 de junio amanece despejado y frío. Trozos de escarcha se mueven como vidrios rotos. La enorme flota brasileña cruza delante de Buenos Aires. Es una caravana irreal, interminable: tres divisiones con 31 buques, 266 cañones y 2.300 hombres. Desde la torre de San Ignacio los catalejos cuentan esas unidades mortíferas. La desigualdad con los argentinos es opresiva. Parece haber llegado el fin de la resistencia porteña.

En el fondeadero se iza al tope la bandera azul con dado blanco al centro, para llamar a los que se encuentran en tierra. Guillermo Brown embarca y asume el mando. Su gallarda presencia y su radiante uniforme de gala operan —como siempre— un vuelco en el ánimo de la tropa que olvida transitoriamente el peligro. Ordena disponer las naves en un amplio arco para el choque inverosímil: cuenta tan sólo con 4 buques, 7 cañoneras y sus hombres apenas llegan a sumar 750.

En contraste, la escuadra carioca con las velas desplegadas y los cañones erectos parece un inmenso bosque blanco. Avanza con los gallardetes echados al viento y las baterías preparadas.

Brown distribuye una proclama:

¡Marinos y soldados de la República!

¿Veis esa gran montaña flotante? Son 31 buques enemigos. Pero no creáis que vuestro general abriga el menor recelo, pues no duda de vuestro valor y espera que imitaréis a la 25 de Mayo, que será echada a pique antes que rendida.

Camaradas: ¡confianza en la victoria, disciplina y tres vivas a la Patria!

Guillermo Brown

Pozos, frente al enemigo, 11 de junio de 1826.

Algunas cañoneras brasileñas no consiguen avanzar tan rápido como el resto y Norton ordena reducir la velocidad para que no se fragmente la dilatada formación. Mientras, la acorralada escuadra argentina observa cómo se va apostando el enemigo. Norton trasborda su insignia a la corbeta *Itaparica* y da la señal de ataque. Brown, de inmediato, pronuncia su orden:

—¡Fuego rasante, que el pueblo nos contempla!

Doce mil personas se han trepado a las terrazas de la ciudad o corren hacia las playas sucias con la incertidumbre pintada en sus rostros. El Gobierno, reunido bajo la Presidencia de Rivadavia, discute la conveniencia de autorizar a la tripulación a que se refugie en tierra para evitar así la carnicería inútil. Pero un humo denso ya se arremolina desde los buques, perforado por los vómitos de metralla.

La cantidad de naves entreveradas en el combate impide seguir con precisión los movimientos de uno y otro bando. El excesivo calado de las grandes embarcaciones brasileñas obliga a que su jefe cambie la insignia al *Caboclo* y después a la goleta *Paula* en lo recio del cañonero. Las nubes de pólvora, demasiado opacas, son cruzadas por los proyectiles que no siempre dan en el blanco. Brown despacha varios botes para recorrer la línea y, en base a sus informaciones, afina la puntería de sus cañones. Leonardo Rosales, que regresaba de la costa uruguaya hacia donde había transportado tropas para el general Alvear, acude en ayuda de su jefe. Advertido, el comandante brasileño destaca una fuerza para impedir su ingreso en el combate. Brown no sólo utiliza con habilidad el fondeadero, cuya profundidad originó el nombre *Pozos*, sino que aprovecha la nueva maniobra enemiga para arremeter. El desenlace de la lucha se torna pasmoso.

Desde Buenos Aires esperan que al disiparse el humo descubrirán los restos carbonizados de su flota suicida. Pero al atardecer asumen el hecho increíble.

Entonces rompen los gritos, saltan las cabezas, se agitan los brazos, vuelan pañuelos y sombreros. La gente corre hacia el agua. Varios jinetes galopan hacia la plaza de la Victoria. El clamor se extiende por toda la ciudad. Es incomprensible, sí, es maravillosamente incomprensible. Allí está la escuadra entera, salva, triunfante, con las banderas flameando en sus mástiles. Son todos los buques y todas las cañoneras, sin que faltase ninguno. La escuadra enemiga, en cambio, ya navega en retirada.

El pueblo está borracho de felicidad. Por fin una victoria. Una gran victoria. El Gobierno anuncia a Brown por telégrafo que desea recibido. La multitud, a pesar del frío, se aglomera en el muelle, sobre la Alameda, metiéndose en el barro, portando faroles y antorchas. Llegan músicos con tambores y trompetas. Y carruajes oficiales.

Brown desciende con su uniforme de gala, el mismo que animó a la tropa y usó durante el combate. Se lo ve sucio de sangre y pólvora. La gente se abalanza sobre héroe dando vítores, aplaudiendo, arrojando sombreros y corbatas al aire. Hombres y mujeres pugnan por tocarlo, abrazado, besado. No lo dejan subir al carruaje, llevándolo en andas. El país está de fiesta, acaba de protagonizar una jornada brillante que los poetas ya cantan con versos improvisados. La ululante comitiva se detiene en la Plaza de la Victoria ante una insólita aparición; muchachas ataviadas con los colores patrios vienen a su encuentro. "¡Adelante, adelante!", gritan unos. "¡Alto, alto!", piden otros. Las muchachas se acercan a Brown, iluminadas por las teas que oscilan alrededor, e instalan sobre sus cabellos manchados de canas una guirnalda de mirtos y laureles. Se produce un respetuoso silencio. Se arruga la piel, se atornilla la garganta. La emoción electrifica a Buenos Aires.

Rompen vivas y renace el barullo. A Brown le tiemblan los labios mientras se quita la corona. Los brazos de los exaltados lo elevan sobre el mar de gente que llena la plaza. La mujer que consagró al héroe es arrebatada por la conmoción y se desvanece. Ante los pórticos del Fuerte lo esperan el Presidente de la República y su Gobierno en pleno. Brown es descendido a tierra y camina hacia las autoridades. Rivadavia camina también hacia Brown. El primer Presidente y el mayor héroe naval de la República se estrechan en un abrazo.

Horas después los carruajes estacionan alrededor del Teatro Argentino. Una profusa iluminación engalana la noche fría. Se repone *El distraído*, celebrada comedia de Regnard. En la antesala zumba la animación de los saludos y el frote de los anchos vestidos de brocato y satén. El público llena la platea. Los balcones están repletos, hay gente parada en los pasillos. Buenos Aires celebra la victoriosa jornada. Rivadavia ingresa al palco presidencial, seguido por un cortejo de damas y funcionarios. Inclina su enrulada cabeza sobre la vaporosa pechera de encaje, y los acicalados acomodadores apagan algunas lámparas. Las caras sonrientes, predisuestas al goce, se concentran en el pesado telón con borlas de plata y carmín.

Al terminar el quinto acto se advierte que Guillermo Brown ingresa en el palco

presidencial. Se sueltan los resortes, los cuerpos giran hacia atrás., Corre un rumor impetuoso y desde varios ángulos disparan vivas al Almirante. La platea se incorpora, aplaude frenéticamente. Brown apoya sus manos sobre la baranda de terciopelo. Su cabellera luce más cana que rubia, ya. Profundos surcos tajan su rostro y la sombra del cansancio amorata sus órbitas. Alto, sonriente, evoca a los caballeros de leyenda después de un torneo demoledor. Saluda bajando los párpados, diciendo gracias, gracias, más turbado que un niño. Ruega que la función se reanude enseguida. Porque lo abruma esa granizada de aplausos, gritos y exageraciones, y porque prefiere relajarse mirando la escena. Ama el teatro: en el revés de algunas hojas de su, *Diario de operaciones en la guerra contra el Brasil* ha escrito una escena con nítida caligrafía. Los investigadores del futuro se preocuparán en establecer si es una pieza que vio y lo emocionó al extremo de copiarla, o si es producto de una dormida vocación que intentó perfilarse en las tensas noches de vigilia.

La orquesta ataca los gruesos acordes del Himno Nacional. El Presidente, junto a Brown, lo contempla por el rabillo con profunda gratitud. Entre las damas patricias surge la iniciativa y determinación de bordar en letras de oro una bandera que perpetúe el épico combate.

XXI

La guerra continúa.

Otra división brasileña de 19 buques se extiende por el horizonte. El aire limpio y helado de esa mañana de julio y la apacible ondulación de las aguas favorecen un sereno desplazamiento de la fuerza que echa el ancla a la altura de Quilmes. Cunde la alarma en Buenos Aires. La victoria del combate de Los Pozos estuvo lejos de ser concluyente. La capitana convoca a los hombres de la escuadra nacional.

Un desconocido naviero de trinquete ocupa su puesto. Se llama Guillermo Finney. Tostado por los vientos del mar, con cicatrices de luchas cuerpo a cuerpo, nadie sabe que es poeta. Mientras tira de las cuerdas para desenrollar paños del mastelero se le ocurren unos versos sobrios y descarnados. Pero aún no los escribe: hay apuro. Sus compañeros corren. Ya se oye la bocina.

Brown, seguido por sus oficiales, embarca, dando enseguida la vela. Reúne en su cámara a los comandantes y expone el plan: reconocer a la flota enemiga durante la noche y separarle la vanguardia del resto. Es una maniobra de estilo clásico. Pero si no consigue llevarla a cabo, perforará con su nave la formación brasileña para desorganizada mientras el resto la someterá al cañoneo. —¿Han entendido?: *el resto la someterá al cañoneo.*

Las instrucciones finales aumentan la responsabilidad de cada comandante: "llegados a la línea de combate, los comandantes tendrán libertad de acción", "la capitana será el punto de reunión de las naves". Repite: "la capitana será el punto de reunión de las naves".

Los barcos brasileños están encabezados por la arrogante *Nitcheroy*. Desde las toldillas advierten una exagerada movilización de navíos mayores y menores en la escuadra argentina. Conociendo el estilo de Brown, no les sorprendería a los brasileños una acción nocturna. Para evitar riesgos, la vanguardia imperial se repliega hacia el grueso de la flota, que cierra filas en torno a la imponente fragata.

Brown hace una mueca de disgusto: no podrá realizar la primera maniobra (amputar la vanguardia enemiga). Sólo le queda el procedimiento anunciado: arremeter.

A eso de las diez y media de la noche, la *25 de Mayo* penetra con loca resolución entre los buques enemigos, conmoviéndolos con bala rasa y cañoneo. La oscuridad densa, el humo sofocante y el cruce desorganizado de los disparos producen la deseada confusión. Ahora debe intervenir el resto de la escuadra, como se ha ordenado. Pero el resto de la escuadra no interviene. Brown comprueba con rabia creciente que, a excepción de la *Río* comandada por Leonardo Rosales, todas sus demás embarcaciones han vuelto a quedar rezagadas. Otra vez solo, como frente a Colonia. El corazón le late en la cabeza.

—¡Miserables! ¡Inútiles!

Lanza un cohete alado que raya el cielo de esa noche resonante.

—¡Acérquense, malditos!

Pero no responden, continúan lejos.

—¡Traidores!

No se desprende la bocina de los labios. Que se mantenga la marcha a todo trapo y que las baterías escupan fuego incesante.

Su situación es demasiado crítica. Está dentro de las mandíbulas brasileñas: lo masticarán con deleite. Se acerca al timonel, recorre las cureñas, indica objetivos. Los cañones arden, la pólvora tabica la garganta. Con vertido en un volcán que vomita lava del infierno recorre el desfiladero interminable. Los proyectiles hunden los costados de su barco, arrancan velámenes. Caen sus hombres. Los estampidos lo persiguen hasta que logra salir al mar abierto y vuela en amplio arco hacia el resto de su escuadra, burlando la maniobra destinada a cerrarle camino. El poeta Guillermo Finney, aferrado a una botavara, contempla el fiero rostro del Almirante bramando cólera. Lo ve convocando a los capitanes rezagados y espetándoles en las narices que precisa hombres de corazón y no timoratos con diarrea.

—¡Qué es eso de quedarse atrás con cualquier excusa! —extiende el índice hacia el fondo de la noche—. ¡Mañana mismo los echaré a tierra!

Los oficiales tratan de explicarle que no pudieron avanzar por falta de viento.

Pero Brown les da la espalda y, alumbrado por un candil, se pone a controlar el ordenamiento de las municiones para el combate que proseguirá, con el primer resplandor de la aurora inminente. Examina las naves, una por una, protegido por la oscuridad. Su paso rengo pero firme, identificable a distancia, suena como membrana de tambor. Guillermo Finney se estremece al contemplar esa figura resuelta, espectral.

*Pronto supo el enemigo quién estaba a bordo
y comenzó a pensar
si Brown era solamente un hombre.*

El enemigo solicita refuerzos urgentes. La claridad naciente dibuja una escuadra brasileña engrosada con rapidez. A Brown se le mejora el humor y se aproxima al joven Tomás Espora, que no se despegó del catalejo, y le sacude una amistosa palmada.

—Hoy tendremos un día de gloria... si todos nuestros hombres cumplen con su deber, como espero lo haga este buque.

Después, con la bocina en la mano, recorre las diversas secciones infundiéndole coraje. Instruye a los que no participarán al comienzo en la batalla:

—Permanezcan tendidos en el piso para no ser blanco fácil.

Sube al entrepuente y felicita nuevamente a los pocos oficiales que se desempeñaron con tanto valor en el cruce temerario del desfiladero. Su mirada clara, con destellos de diablo y de ángel, provoca sonrisas y aplomo entre sus hombres. Se dirige a los artilleros y cabos de pieza. Reconocen que están asustados por la superioridad del enemigo.

Brown les hace distribuir una ración de ron a cambio de una promesa: esmerarse en la buena puntería.

—Lo demás corre por mi cuenta —los tranquiliza, Guillermo Finney musita: *Pido a la Providencia que proteja a nuestro héroe.*

Brown hace las anotaciones en su Diario, eleva una rápida plegaria a Dios y sube a la toldilla. A su lado, mirándolo a los ojos, aguarda Juan Antonio Toll, su asistente.

—Dirija esta señal a nuestra escuadra antes que el humo nos oculte de su vista: "es preferible irse a pique que rendir el pabellón".

"Al principio de esta larga guerra — reflexiona Brown— teníamos indudablemente buenos marinos, aunque en pequeño número, si se compara con la gente de tierra que integra la mayoría de la tripulación. Pero estos buenos marinos se nos han ido acabando. Ahora apenas guardan la proporción de uno a diez:—Y tal vez menos. Mis tropas contienen demasiados brasileños traidores a su emperador y reos de prisiones argentinas. No se equivocan los oficiales que dicen tener más recelo de sus propias tripulaciones que de las enemigas. Y yo no me equivoco al tener más recelo de algunos soberbios oficiales que de mi cuestionable tripulación".

Observa el despliegue de movimientos que responden a sus claras instrucciones. Hombres andrajosos y miserables deben alcanzar un objetivo de cíclopes. Entre los que trepan escalerillas y entre los que se alistan para un posible abordaje y entre los que animan al resto de la tropa, distingue a los gauchos de barba sucia y tendones vibrátiles: estos vagos son lo mejor de la armada.

Brown se apoya entonces contra un mástil porque lo recorre un perturbador hormigueo. Late muy fuerte su corazón. Sabe de qué se trata: es el miedo. Lo reconoce. Es el miedo que lo asaltaba cuando niño en Foxford, cuando vio el cuerpo sin vida de su padre en Filadelfia" cuando estuvo por morir en una playa ardiente del Caribe. Sabe que finalmente logrará espantado con la acción, los bocinazos y las maldiciones. Pero en ese momento le hace transpirar hielo. Le hace transpirar hielo porque dice lo que él niega: que el peligro desborda, que empieza una batalla en condiciones muy desfavorables. Pero dará esa batalla. Aunque le estrangule el miedo. Qué rabia le produce sentirse así.

Descarga un puñetazo contra el mástil. ¡Adelante!

Tomás Espora iza la bandera. Los instrumentos tocan generala. Comienzan los disparos. Son las seis y cuarenta y tres minutos de la mañana. La planicie de las aguas, aún cubierta por la espesura de la noche, se estremece. Ha empezado una

jornada excepcional.

Los brasileños están sorprendidos por la tenacidad de Brown que, a pesar de su evidente desventaja, no fue a cubrirse en los fondeaderos. Por el contrario, inicia el ataque. Esta vez pretende cortar la cola de la formación enemiga como hizo Nelson en Trafalgar. Norton, advertido, ordena desplazarse para rodeado mientras le lanza un torrente de proyectiles. En la mutua persecución la *25 de Mayo* logra mutilar la Itaparica. Pero varios buques de la escuadra argentina sufren impactos que los obligan a separarse de la batalla.

—¡Se separan de la batalla otra vez!

Brown maldice la increíble actitud de sus oficiales. Con la sangre en las mejillas se aprieta contra la borda.

—¡Miserables! ¡Cómo siento no haber entrado en pelea con algunos de ustedes!

La *25 de Mayo* está nuevamente sola. Más de dos decenas de buques imperiales la rodean como un mortífero collar. Únicamente Leonardo Rosales, el bravo criollo que jamás abandonara a su jefe, con su ágil *Río* embiste a los enemigos haciendo un boquete al collar. La fragata insignia consigue un respiro.

—¡Aquel muchacho sabe pelear con su gaviota! —exclama Brown, confortado.

Por tres horas consecutivas la *25 de Mayo* y la *Río* soportan el fuego de veintitrés naves, y esquivan hábilmente los reiterados intentos de abordaje. La puntería de los patriotas mejora: daña mástiles, cangrejos y botavaras, destroza puentes, abre claros en los flancos, quiebra un bauprés, desgarrá velámenes. Pero la cubierta de la *25 de Mayo* se atiborra de heridos.

La sangre corre hacia los costados, rápidamente ennegrecida por el humo de la pólvora.

Nuestras cubiertas parecían un matadero.

Con dolor y pena peleábamos.

*La sangre caía por los imbornales de babor
convertida en un torrente.*

Valor digno el del viejo buque.

El bergantín *Caboclo*, comandado por Juan Pascual Grenfell-discípulo de Cochrane—, se acerca a la popa de la *25 de Mayo*. Grenfell, empuñando la bocina, formula una caballeresca invitación para terminar la matanza:

—*¡Admiral Brown! ¡Hoaaa!... Let go the jack, I invite you to tea this evening at my cabin!* [4]

Brown hace pantalla a su oreja para oír bien. Los estampidos se espacian cortésmente para dar lugar a esa extraña conversación. Sonríe: no arriará la bandera por una taza de té, aunque se sienta perdido.

—*¡No, no!... My flag is riveted; so let us go on in our play, for it is rather*

warm!... [5]

La metralla se redobla por ambas partes. La división brasileña descuenta el triunfo. Pero Brown no cede, su victoria depende de la obstinación. Ordena graduar la puntería de las cuatro últimas piezas de la batería baja. Estos muchachos ya se han bebido el ron, ahora deben acertar los disparos. Y lanzan una descarga devastadora. El *Caboclo* sufre un impacto brutal que arrolla su casco y aparejo, mientras otra descarga destroza el brazo derecho del amable Grenfell. ¡Pobre Grenfell!, no olvidará nunca este día. Los brasileños replican con cañonazos que producen serios destrozos, incluido el timón de la *25 de Mayo*. Brown hace bajar al entrepuente a la mayor parte de la tripulación para protegerla. Una bala arranca a Tomás Espora la bocina de la mano; cae herido. Sin turbarse, pide otra bocina. La nave de Rosales queda sin cartuchos; ordena armarlos con pólvora de cebar y, como no hay tela para alistarlos, varios marinos se sacan sus pantalones de brin y sus camisas, consiguiendo de esta manera conservar la continuidad del fuego.

La *25 de Mayo*, con el timón destruido, los cañones desmontados y las baterías atiborradas de cadáveres, ha llegado al fin de sus servicios. Cerca de treinta impactos recibidos debajo de su flotación dejan penetrar gran cantidad de agua. En eso algunos navíos de la escuadra argentina logran, con viento favorable, acercarse al sacrificado buque insignia.

—¡Por fin, tortugas! —exclama Brown, que ya está herido por el rebote de un proyectil.

Decide pasar al *República*, desde donde ayudará a la extenuada *25 de Mayo*...

—Voy a cubrir esta fragata —dice a un oficial— mientras le dan remolque las cañoneras.

—Muy bien; seguiremos peleando hasta la noche, si usted lo dispone.

La lancha del Almirante cruza el trayecto salpicado de proyectiles. Trepa con esfuerzo a cubierta y, desnudando la espada, increpa al capitán que se mantuvo lejos de la lucha.

—Mister Clark: ¡cuánto siento verlo con nuestro uniforme al frente de este buque!

El capitán balbucea un pretexto. Brown lo interrumpe.

—¡Salga usted de mi presencia, porque no conozco más valientes que Brown, Espora y Rosales! —la ira le congestiona el rostro.

Trepa a su puesto y lanza la orden:

—¡Batirse a todo trance, estrechando la línea!

Los marinos ennegrecidos de pólvora se sienten confortados por la magnética presencia del jefe. En la alborotada cabeza del poeta Guillermo Finney se redondea una estrofa:

Pronto supo el enemigo quién estaba a bordo

*del bergantín "República".
y comenzó a pensar
si Brown era solamente un hombre.
"Prepárense", gritó Norton,
"Brown peleará todo el día
y nos hará pagar un elevado precio
por el buque 25 de Mayo".*

Los brasileños reconocen la insignia de Brown y concentran sus disparos en el nuevo objetivo. Dos cañoneras empiezan a remolcar a la maltrecha *25 de Mayo* mientras Espora, sangrando en cubierta, continúa enardeciendo a la tripulación. A su ayudante le transmite una orden severa: en caso de abordaje, que me echen al agua herido como estoy, porque prefiero ser alimento de peces que trofeo de enemigos.

*Ofreció el valiente capitán Espora
para ese día la venganza;
también en varias acciones
muy gallardamente él peleó.
Recibió graves heridas ese día.
Con vigor y sangre perdidos
él gritó: "¡sigan peleando, mis veinticinco!"*

El resto de la escuadra nacional entra finalmente en batalla y los brasileños, agotados por la intensa y larga pelea, comienzan la retirada llevándose a remolque la *Itaparica* y un bergantín destrozado.

Una de las últimas balas se hunde en el cuerpo del poeta.

*Soy uno de los infortunados
heridos ese día.
y mucho he pensado en lo ocurrido
cuando tendido estaba en mi cucheta.
Teníamos nosotros la mitad de la fuerza enemiga.*

La escuadra nacional regresa a Buenos Aires. Contusa, pero entera. Sobre el pico de mesana de la *25 de Mayo* flamea el pabellón. Enhiesto sobre el puente, Brown viste uniforme cruzado con bordados en oro, condecoración y gorra de visera circundada con la franja naval. Es el genial obstinado. El loco del Plata. Una pieza de granito que el imperio del Brasil no ha conseguido demoler.

Ahora, para concluir mi canción,

*y ahogado por la tristeza,
pido que la Providencia a nuestro héroe proteja:
Almirante Guillermo Brown.
También al capitán Espora,
y a los oficiales de ese día,
y a cada gallardo marino de esa noble lucha
en el buque 25 de Mayo.*

Guillermo Finney, el oscuro naviero de trinquete, desapareció sin dejar otras pistas que su sentido poema testimonial.

XXII

El cuadro marítimo de la guerra entre Brasil y las Provincias Unidas comienza a sufrir modificaciones. La superioridad en número, recursos y capacitación, no alcanza para llamar a sosiego a la escuadra de Brown. El dominio brasileño del Plata ya es cuestionable. En las Provincias Unidas prende la esperanza en una victoria que parecía imposible. El Gobierno, entusiasmado con la pericia del Almirante, le propone realizar una expedición corsaria sobre las costas del Brasil para contrarrestar las depredaciones autorizadas por Pedro I. Y para que sufran la calamidad de los ataques en su propio territorio. Con ese fin le extiende doce patentes de corso en blanco. Brown las recoge de manos del Presidente de la República. Un duende maligno cruza como golpe de viento recordándole las humillaciones pasadas con el anterior crucero. Comprime las patentes, saluda y se aplica a la acción.

Durante dos meses perturba el comercio y la navegación del Brasil. Provoca la alarma en puertos y fortificaciones. El Imperio, que se consideraba inmune a este tipo de ataques, improvisa medidas tan urgentes como ineficaces. Convoca al almirante Norton, a cargo de la escuadra en el Río de la Plata, para que venga a espantar a los corsarios. Se conjetura que son muchos, que cuentan con numerosos buques. Ignoran que la bulliciosa y terrorífica escuadra de Brown se compone de tan sólo dos barquichuelos, a los que utiliza con ingeniosa variedad de recursos y ardidés. Cuando regresa a Buenos Aires, Brown ha hundido o quemado quince naves y sembrado la consternación.

Desde entonces adquiere para amigos y enemigos el don de la ubicuidad. Está frente a determinado puerto. Está en alta mar. Está en el fondeadero controlando la reparación de buques. Persigue con una falúa a embarcaciones brasileñas. Encabeza un convoy. Asiste al teatro. Instruye a los oficiales. Retorna con presas. Ha pasado la jornada visitando enfermos.

Cuentan que al ingresar en el hospital comenzaban la amputación de la pierna de un marinero; al advertir su presencia, la víctima se sobrepone al dolor y perfora el aire con el grito que sacude los combates: "¡Viva la Patria! ¡Viva Brown!". Brown se demora consolándolo.

Dedica parte de su sueldo para ayudar a las monjas Catalinas. Destruye convoyes cariocas. Su nombre corretea por las olas, se desplaza con el viento. Es repetido en ríos, islas, cuchillas, pampas. Lo mencionan los gauchos con cariño, lo mencionan los brasileños con temor.

Brown sigue siendo el hombre agridulce que aprecian quienes lo conocen de cerca. Madruga siempre. Es frugal en las comidas, no bebe más que té y un vaso de vino después de la cena; aborrece el café porque le recuerda sus bochornosas tribulaciones en las Antillas. Es ordenado y pulcro; su ropa de cama se ventila

diariamente en el patio de su casa o sobre cubierta cuando está embarcado, su traje no tiene máculas ni arrugas antes del combate. Se ocupa con devoción por los deudos de las víctimas y aporta generosamente en las suscripciones públicas destinadas a socorrer heridos. Sus soldados lo adoran. Y aunque a veces perturbe su creciente extravagancia, no dejan de referirse a él con respeto y admiración. Su fuerte osamenta sostiene a un hombre complejo y atormentado. Nutrido por viejos rencores. Y una descarnada nobleza.

XXIII

La guerra fatiga. Se presume un desenlace.

Brown será alumbrado por nuevas victorias. Pero tendrá que pagadas con un terrible sacrificio. Como al Jefé de la Biblia lo coronarán triunfos resonantes, pero deberá pagados con dolor familiar.

En efecto, al norte de Martín García se encuentra una isla pequeña y verde llamada Juncal. En sus inmediaciones se estaciona la tercera división de la escuadra brasileña, aprovisionándose en Arroyo de la China. El 8 de febrero de 1827 se produce un encuentro con la escuadra argentina, abriéndose fuego con los cañones de mayor calibre. El intercambio enardecido dura un par de horas y sobreviene una sudestada que separa a los adversarios y obliga a suspender la lucha. Las anclas se hunden en las arenas del río, acomodándose los buques para reanudar el combate apenas el tiempo lo permita.

Los contendientes pasan en vigilia la noche tormentosa y oscura. Brown ejercerá el mando desde la *Sarandí*. El joven Drummond —prometido de su hija— comanda la goleta *Maldonado*. Uno de los más destacados luchadores de la inminente jornada iba a ser el capitán Seguí, al mando del bergantín *Balcarce*.

El Almirante no se acuesta ni quita el uniforme. Al amanecer cae sobre el enemigo con la plenitud de sus fuerzas. Seguí ataca al *Januaria* y pronto consigue derribar su mastelero de velacho. Arremete con tanto ardor que su jefe y parte de la tripulación huyen en botes dejando abandonados sobre cubierta a los muertos y heridos. Drummond ataca a la fragata *Bertiega* y se traba en un combate encarnizado. Un cañonazo certero quiebra el palo mayor y, tras numerosos impactos que deshacen la nave y diezman la tripulación, el comandante brasileño se rinde. Brown, a bordo de la *Sarandí*, apoyado por cañoneras, sigue apabullando a, varios buques.

Seguí hace frente a la capitana de la flota enemiga y lanza toda su capacidad de fuego. La lucha es reñida y estragante. La furia de ambas partes hace volar pedazos de buque con trozos humanos. Se impone Seguí, pero los brasileños no arrían la bandera, porque había sido clavada al mástil y, como refirió el cronista, "no había a bordo hombre sano que subiera a desclavarla. Estaban contusos, heridos y muertos sus tripulantes, siendo de los primeros el jefe y muertos cuatro timoneles".

Guillermo Brown aborda la rendida capitana. Sus hombres lo miran con devoción., Después de recibir la espada del almirante brasileño, se la obsequia a Seguí.

—Usted es el héroe —dice con justicia.

Se ha consumado el triunfo mayor de la escuadra argentina.

En Buenos Aires lo esperan con fogatas y orquestas. Nadie piensa en dormir, sino en festejar. Brown ya es el hombre más querido y popular de la República. El

grabador francés Douville lo confirma de una manera elocuente con estos párrafos: "El Almirante Brown se había convertido en ídolo del pueblo. Todos querían verlo, no se hablaba más que de él. Se le miraba como el salvador de la Patria después de haber derrotado a la flota enemiga en aguas del Uruguay. Muchas personas gastaban gruesas sumas en hacer pintar su retrato". Cuando Douville se inicia en la litografía, comienza por hacer el retrato de Brown y vende enseguida los 2.000 ejemplares que ordena tirar. "Nuestro establecimiento —dice— era insuficiente durante el tiraje para dar cabida al público que esperaba su turno para obtener el retrato". Pronto se realiza una segunda edición, que los porteños vuelven a disputarse. Llueve la gloria.

Nadie presiente el sacrificio.

Tiempo después Elizabeth recordará que estuvo leyendo el libro de los Jueces. Que estuvo leyendo la historia del aguerrido jefe hebreo Jefté, de Galaad...

XXIV

En Carmen de Patagones, que los argentinos habían convertido en uno de sus estratégicos bastiones, los brasileños sufren otra derrota cabal. Tras una intentona de limpieza sus naves son apresadas una a una y los argentinos consiguen la rendición de toda la tropa. Tres poderosos buques imperiales pasan entonces a integrar la armada nacional: *Itaparica*, *Constancia* y *Escudero*, cambiándose sus nombres por Ituzaingó, Juncal y Patagones.

Evaluándose el rotundo éxito obtenido por Brown en su crucero devastador [6], se le encomienda llevar a cabo otro. Confían "a su discreción y genio el detalle las operaciones".

Con el objeto de no despertar sospechas parte durante la noche con cuatro naves, dejando el resto de la escuadra en el fondeadero. El bergantín *Independencia* de su pequeña flota está mandado por Francisco Drummond de veinticuatro años, novio de su hija Elisa e inminente mártir de la nación. Brown ignora que el cielo ha dispuesto ponerlo de luto.

Los brasileños tienen apostados dieciséis buques en las inmediaciones para vigilar los movimientos de Brown y mantener algo del bloqueo ya perforado tantas veces. Lo descubren cuando navega a muchas millas de Buenos Aires. Intentan cerrarle el paso.

Por impericia de los prácticos, que se turban ante el inesperado avance enemigo, dos naves argentinas encallan en la arena. Brown ordena a las otras dos que echen el ancla y se proceda a un auxilio inmediato. El viento y la marea son desfavorables, de manera que los esfuerzos resultan inútiles. Los brasileños se aproximan con las velas desplegadas y abren fuego. Brown indica a la *Congreso* que retorne a Buenos Aires antes que bloqueen toda salida. Los dieciséis buques imperiales operan con un excesivo despilfarro de municiones. Brown, en cambio, pide que se economice la pólvora.

El ataque anonada. La única nave libre y las dos aprisionadas tienen que absorber tremendos impactos. Cuando por fin caen las sombras, se reanuda el ahínco para reflotar los buques. Se los libera de peso arrojándose al agua cajas, masteleros, armamentos de mano y víveres para cuatro meses. Nada. Siguen trabados en el banco funesto. Dos naves brasileñas se aproximaron a pesar de la oscuridad para ensayar algunos tiros.

Al amanecer la flota brasileña ha crecido: diecinueve buques. Y rompen el fuego. Un buque brasileño de calado se acerca mucho y encalla también. Brown lo advierte, coloca el catalejo bajo el brazo y ordena a través de la bocina que se desprendan los botes para su abordaje. Es necesario aprovechar esta inesperada situación favorable. Pero antes que lleguen a destino, los brasileños consiguen reflotar su buque. Los

botes disparan, frustrados. Un tiro hace volar la gorra del comandante brasileño Granville.

Norton se pasea enfurecido por el castillo de su barco porque tampoco consigue vencer con su enorme flota a la miserable formación republicana. Se aventura con su nave hacia el banco donde permanece trabado el *Independencia* mandado por Francisco Drummond con el propósito de destruido parte por parte, si no acepta la rendición.

Drummond se defiende con bravura. Cuando disminuye la pólvora, la reemplaza por cadenas: de la boca de sus cañones parten proyectiles similarmente eficaces. Ya son dos jornadas de lucha y la situación de los tres bajeles argentinos se ha tornado trágica: las velas cuelgan como despojos, los palos están quebrados en muchos sitios, los flancos muestran enormes agujeros. El círculo enemigo, incandescente, no da pausa al hostigamiento. Toda resistencia es suicidio.

Brown, comprendiendo que se le han acabado las municiones a Drummond, le transmite señales:

—Eche a tierra lo rescatable y prenda fuego al casco. Drummond, herido en la víspera por un astillazo que le voló la oreja, no se resigna a dejar su nave y contesta reclamando municiones para aguantar hasta la noche. Brown le dice que no tiene suficientes para él mismo. El joven capitán, no satisfecho, embarca en el único bote que le resta y cruza las aguas entre tiros y esquirlas Brown le demuestra que, en efecto, ya no le quedan municiones. Entonces el obstinado joven marino se dirige al tercer bajel. Una bala lo hiere en el muslo abriéndole una gruesa arteria. La ligadura no es suficiente. Lo conducen enseguida a su cámara. La hemorragia lo desvanece. Al rato consigue recuperar la conciencia y, pide que venga su amigo, el capitán Juan Cói.

—Amado Juan —balbucea—, la vista se me nubla y no veré más las montañas de Escocia.

Francisco Drummond era el hijo menor de una distinguida familia del condado de Forfar, cuyo padre y hermanos murieron en las guerras de su país. Se incorporó a la escuadra de su compatriota Cochrane cuando éste luchó por la independencia del Brasil, en 1822. Pero al estallar la guerra con las Provincias Unidas solicitó su baja en la Marina imperial para incorporarse a la débil flota argentina. Fue apresado en Montevideo y, gracias a la intervención del cónsul inglés, puesto en libertad. Brown evaluó su pericia y lo incorporó con el grado de capitán. Francisco empezó a visitarlo con frecuencia a su casa de Barracas y se distraía en la conversación cada vez que pasaba Elisa como una exhalación angelical. Elisa había cumplido diecisiete años y tenía los ojos azules del padre; su dorada cabellera caía en espesos bucles sobre su piel de cuarzo. Quizá le evocaba estampas del ríspido país de brumas donde nació. El romance entre la tierna muchacha y el apuesto escocés obtuvo la aprobación del

Almirante. Su comportamiento arrojado en la batalla de Juncal le valió ser ascendido a sargento mayor de Marina.

Tendido en el camastro, contempla el perfil alargado de la bella Elisa a través de las eneguedoras explosiones. Juan Cói se arrodilla a su vera y le acaricia la mano cubierta de sangre.

—Me devora la sed... —murmura—. Recibe mi reloj, para que lo envíes a mi madre... y este anillo, que lo entregarás a Elisa Brown.

Entrecierra los ojos fatigados: "Dile al general que muero tranquilo, porque creo haber cumplido con mi deber, que es como un hombre debe morir".

En eso ingresa Guillermo Brown. Cói se aparta. El Almirante se inclina sobre el bravo y hermoso muchacho, que yace sucio, con enormes hematomas en varias partes del cuerpo. Le estrecha la muñeca y le habla con voz impaciente, conmovida.

—Pancho, ¿me conoces?

Drummond abre grandes los ojos, que oscilan de sorpresa. Contrayéndose, mira al amado jefe.

—Almirante —se esfuerza por incorporarse y repetir la sentencia, tan conmovedora como inútil—: muero cumpliendo con mi deber.

—Sí, mi querido hijo, has hecho tu deber —le acaricia el brazo.

Las grandes frases no borran una tragedia. Se agacha sobre la frente fría y lo besa. Los que contemplan la escena sienten un desorden en el pecho.

Brown se incorpora cuando el herido se desvanece.

Mira al teniente Johnston y, con la voz quebrada, le dice:

—Subamos, Innis, es otro valiente que perdemos. Al morir Drummond, su buque ya es un ataúd. Pero los brasileños lo siguen cañoneando sin misericordia. El *Independencia* arde como un leño de chimenea.

El Almirante retorna a su puesto. Tiene frío. Tiene una horrible sensación de lobreguez. Ordena trasbordar gente y artículos rescatables a la *Sarandí*.

En Buenos Aires corre la noticia de que el glorioso Almirante pudo haber sucumbido junto con su tripulación estoica. Pero Brown es un dios del mar: no bastaron dos jornadas de lucha ni el asedio de dos docenas de fortalezas para destruirlo. *Neptuno del Plata* recita un poeta trepado a un tolmo. Y dice verdad: la acción no se redujo a la defensa: Brown maltrató nueve barcos enemigos y puso a dos fuera de combate. Aunque él también fue herido y forzado a delegar el mando.

Las fanfarrias de la costa se apagan, no obstante, cuando el cañón anuncia que llega el cadáver de un jefe. El cuerpo del joven Francisco Drummond es conducido a tierra. Atraviesa el largo camino que le abre la multitud, retraída de golpe. Es velado por los hijos ilustres del país. Y al entierro acuden sus compañeros de armas y un interminable cortejo. El cañón dispara cada cuarto de hora.

Elisa Brown, apretando el anillo contra su pecho, no logra reponerse. Las flores

de la galería que solía cuidar, se marchitan. Los árboles se desfolian, entristecidos. Sus ojos claros se nublan tras una melancolía opaca y maciza. Su madre; desconsolada, teme que pierda la razón, como la Ofelia que describió Shakespeare. Y sus temores tienen fundamento: la abatida muchacha rumia las tardes que caminó junto al imborrable Pancho, quien de noche reaparece para contarle su muerte. Jamás superará este duelo.

Un aire de tragedia se expande por la casona de Barracas.

Al final del año Juan Ramón Balcarce escribe una carta: "... ayer (27 de diciembre) ha sucedido una catástrofe que todos lamentan. El general Brown estaba a bordo de la Escuadra cuando su hija mayor, de diecisiete años de edad, se fue a bañar a las seis de la tarde y se ahogó en el canal de las Balizas, a la vista de su hermanito menor que la acompañaba...".

Como el Jefté bíblico, paga las glorias de sus batallas con el sacrificio de su hija. Incomprensible recompensa a las fiebres del combate, a los misterios del deber.

Cerca de la tumba de Drummond, en el cementerio protestante de Buenos Aires, cubierta por azucenas y adelfas, instalan la lápida de la joven Elisa. Allí se puede leer: "Tus padres, admiradores de tus virtudes y que lloran tu desgraciado destino, inclinándose ante los mandatos de Dios, levantan este mármol sobre la tierra que cubre tus despojos".

El pastor eleva los ojos al cielo duro y también evoca al legendario Jefté.

Para los humanos suelen resultar intolerablemente crueles los designios del Señor.

XXV

Las dificultades que acosan al gobierno de Rivadavia apresuran las negociaciones de paz con el Brasil, aunque ya había comenzado a disminuir su presión sobre el Río de la Plata. El doctor Manuel García, en representación de los argentinos, cede a las maniobras diplomáticas de los ingleses y se extralimita en sus atribuciones: firma una Convención Preliminar desfavorable que las Provincias Unidas repudian. Sin embargo, su traspie es demasiado oneroso para no producir una conmoción. La cabeza visible sobre la que se centran los reproches es el Presidente de la República. Bernardino Rivadavia no puede sostener su autoridad y renuncia el 27 de junio de 1827; al día siguiente se despide de los marinos de la Escuadra Nacional: "Séame lícito —expresa— agradecer los días de gloria con que habéis señalado la época de mi mando. A vosotros y a vuestro invicto Almirante se debe el terror que inspira el pabellón argentino a los que osaron llamarse dominadores del Río de la Plata".

Inglaterra, a través del hábil Lord Ponsonby, estimula a las partes para llegar a un arreglo que beneficiará precisamente a Inglaterra. El 27 de agosto de 1828 se firma la Convención Preliminar de Paz que es ratificada por la Convención Nacional reunida en Santa Fe. Para el canje de las ratificaciones que ponen fin a la dolorosa contienda —independizando a la Banda Oriental— son designados Guillermo Brown y Miguel de Azcuénaga.

El general Juan Ramón Balcarce, ministro de Guerra y Marina, le remite sus despachos de brigadier general, el más elevado rango del escalafón, afirmando que esta distinción merecida por tantos títulos, es "muy pequeña si la comparamos con los importantes y grandes servicios que usted tan gloriosamente ha prestado a la causa pública".

Brown, en su respuesta, "fluctúa entre los sentimientos de gratitud y los que tiene de su no merecimiento". Afirma que eligió este país como su patria y que sus deseos se colman al ser admitido por sus ciudadanos. "Habiendo conducido la guerra —añade— y debiendo por lo mismo la fuerza naval recibir una nueva forma", cree que su persona es innecesaria y ruega ser separado del servicio activo. Pero si en otra ocasión fuese reclamado, "con el mayor alborozo" se apresurará en volver a luchar con "tan dignos compañeros y valientes compatriotas". Pero, entretanto, "desea contemplar en la vida privada las glorias de la Patria" y "educar a sus hijos de manera que, penetrados de la dignidad del país, puedan un día ser útiles y elevar los votos de su padre".

Brown quiere retirarse, pero no lo dejarán hacer su voluntad.

El término del conflicto no conduce a una pacífica organización nacional. Recrudece la añeja tirria entre federales y unitarios. El general Juan Lavalle, reputado como la mejor espada de la República, al terminar el año 1828 decide deponer al

coronel Dorrego y asumir la Gobernación de Buenos Aires que ejercía el popular jefe federal. Lo impulsa una limpia aspiración... que no le deja ver la limpia aspiración de su adversario. Comienza una etapa tenebrosa protagonizada por el enfrentamiento de estas dos personalidades puras y recias. Lavalle ha sido convencido de que el mal de la República puede ser extirpado con las armas y que, entre otros, exhibe un nombre: Dorrego. Es un soldado que no entiende matices, intrigas, intereses, ni diversidad de enfoques. Con el sable desenvainado corre a salvar a la patria del monstruo que la amenaza. Y se convierte él mismo en monstruo.

Dorrego organiza sus fuerzas en la campaña, donde los gauchos lo adoran. Lavalle decide buscarlo donde esté. Necesita delegar el mando que acaba de asumir en Buenos Aires y elige al hombre más popular de la ciudad. Brown se resiste, prefiere aislarse en su caserón de Barracas a participar en esta guerra sucia. El general insiste que tiene obligaciones patrióticas inexcusables y le asegura que sus funciones durarán poco tiempo. Insiste hasta imponerle el título de Gobernador delegado, el 6 de diciembre de 1829.

El domingo siguiente más de doscientos ciudadanos presididos por el Jefe de Policía ingresan en el salón de recibo del Fuerte para felicitar a Guillermo Brown por su flamante cargo. Uno de los concurrentes le dice con ampulosidad que el pueblo de Buenos Aires ha recibido con júbilo su designación porque en su persona los argentinos habían levantado un altar de reconocimiento y que, deseosos de ofrecerle un testimonio público de sus sentimientos le pedían que concediera a una parte de los allí congregados, el honor de hacer la guardia de la Fortaleza. Brown no quiere semejante homenaje, dice que se siente bien recompensado y les ruega que lo dispensen de esta nueva distinción. Pero la delegación no acepta retirarse, de modo que poco después, cincuenta hombres y tres oficiales, con música y bandera, relevan a la guardia veterana. El curtido y sensato Almirante no está feliz:

—La situación del país es triste —murmura mientras le presentan saludos.

Está inquieto, no encuentra sentido a la carnicería en curso.

—Esto es brutal e ilógico —repite a los allegados.

Presenta la renuncia, que Lavalle rechaza volviendo a recordarle sus deberes de soldado. Brown no duerme, se lo ve irritado, lee los partes de lucha con creciente dolor. El coronel Dorrego, apresado por los unitarios, solicita al Almirante Brown que utilice sus influencias para que le permitan salir del país. Brown escribe a Lavalle con encendida preocupación, solicitándole que acceda. Entiende con más inteligencia que los mismos argentinos el daño que puede originar cualquier exceso. En contraste con las opiniones de Juan Cruz Varela y Salvador María del Carril, es partidario de salvar esa vida "asegurando su comportamiento de no mezclarse en los negocios políticos de este país, con una fianza de 200.000 o 300.000 pesos de que responderían sus amigos".

Cuando trasladan a Dorrego, dirige una nota al jefe de la escolta recomendándole "la necesidad que hay de la seguridad del individuo; en ello hará usted un servicio al país". También se dirige a Juan Manuel de Rosas, en su afán por detener la tempestad, imponiéndole de los graves acontecimientos ocurridos y pidiéndole se abstenga de tomar parte en las luchas de hermanos; "no se conseguirá más que envolver al país en desgracia y sangre". Sus oscuros temores pronto se convertirían en espantosa realidad.

Mientras, en su breve actividad como hombre de Estado honra al primer administrador de la vacuna en Buenos Aires y nombra a Alejo Outes en la cátedra de Física Matemática. En el Boletín del Gobierno publica una exhortación calificando a la guerra civil como "la barbarie contra la civilización y el crimen contra el orden".

Las coincidencias resultan asombrosas. Durante el breve y angustioso interregno de Brown ancla cerca de Buenos Aires un navío llamado *Condesa de Chichester*. A bordo viaja nada menos que el legendario general José de San Martín quien, informado sobre las luchas interiores, se resiste a desembarcar en la patria ensangrentada. Tomás Espora acude a presentar sus saludos al inolvidable jefe. Y San Martín, bajo la mirada de Espora, escribe al Gobernador delegado: "Yo no tengo el honor de conocerlo (a Guillermo Brown), pero como hijo del país, me merecerá siempre un eterno reconocimiento por los servicios tan señalados que ha prestado".

El héroe de los Andes y el héroe del Plata no se encontrarán nunca, pese a que respiraban el mismo aire del ancho río a sólo metros de distancia. San Martín retornará al melancólico ostracismo, Brown a su refugio en Barracas.

Pero antes ocurre el desastre presentido: Dorrego es fusilado por orden de Lavalle e instigación de quienes lo abruma con cartas y consejos belicosos. La tragedia de Navarro actuará como disparador de la noche que se desplomará sobre el país. El agrídulce Almirante se desmorona al recibir la noticia: acaba de terminar una etapa de la historia nacional o —mejor dicho— de empezar otra, enlodada por el fanatismo.

El 4 de mayo de 1829 reitera su renuncia. "En diferentes ocasiones —escribe a Lavalle— he manifestado a V.E. los ardientes deseos que me animan a dejar el delicado puesto a que V.E. se dignó llamarme y que ocupé por la sola razón de no excusar sacrificio en favor de un país a quien debo tantas consideraciones y beneficios". Manifiesta que no puede soportar la carga, carga que sobrellevó con el único anhelo de traer la tranquilidad a este pueblo. Cuando "ha sido necesario combatir a los enemigos de la República, he cumplido el deber de un soldado y nunca he huido de las fatigas y el peligro". Pero ahora reclama decididamente que se lo libere de esas funciones.

Lavalle ya no logra oponerse a la fuerza de la dimisión y la acepta, formulando los más altos conceptos que le merece Brown. Nombra en su reemplazo al general Martín Rodríguez.

El modesto héroe de la guerra contra España y el Brasil se recluye en el castillejo de Barracas. Está rodeado de pajonales, recuerdos y fantasmas.

XXVI

Brown se seca la frente con el antebrazo. Viste rústica ropa de labranza mientras cultiva la tierra. Levanta los ojos azules hacia los grandes aguaribayes que circundan la quinta. Una bandada de tordos se entrefera en el ramaje con estridencias desordenadas. Contempla luego los surcos abiertos por el arado y regresa a la amplia casona de tres pisos. Una suave brisa con aromas de la pampa abierta y helada acaricia su rostro curtido. Avanza por la espaciosa galería donde su mujer aspergea las flores que resisten el invierno. Se distiende en un fuerte sillón de caoba. Descansará un poco y después beberá té con el padre Fahy y otros amigos que le suelen visitar. Le abrumba una extraña pesadumbre, como si estuviera por ocurrir una desgracia.

Con sus amigos lamenta que las experiencias nada dejen en el país. ¿Recuerdan la campaña de 1814? ¿Recuerdan los ingentes sacrificios que insumió construir la escuadra? ¿Y recuerdan que después del triunfo la desmantelaron como a un rancho inservible? ¡Usaron los cañones para construir una empalizada de adorno! y bien, ¿qué ha pasado después de la guerra con el Brasil? También olvidaron la importancia de la fuerza naval. Es vergonzoso: la Marina que consiguió mantener a raya a un enemigo tan fuerte, ha quedado reducida a la Capitanía de Puerto y algunas embarcaciones impotentes. Lo único bueno dentro de un cuadro tan gris fue la designación del bravo Tomás Espora como comandante. Pero claro: comandante de una Marina irreal. Y ni siquiera eso: ya le han acusado de federal tibio y don Juan Manuella acaba de eliminar con alguna elegancia. El pobre Tomás está enfermo de dolor.

El viejo marino ama a Tomás Espora, quien inició su carrera a los quince años a bordo de la corbeta *Halcón* y luego siguió a San Martín en su campaña. En la guerra contra el Brasil se batió en decenas de combates. Acaba de cumplir treinta y cinco años, está en la plenitud de su capacidad y, como ha ocurrido con muchos, pretende malograrla con intrigas. Hablan de él hasta que los envuelve la noche. Acompaña a sus amigos hasta la verja. Las estrellas enormes parecían diamantes al alcance de la mano, como en alta mar.

Cena frugalmente con Elizabeth y le cuenta las amargas coincidencias que ventiló esa tarde con sus amigos. Ella trata de restarle importancia:

—Las cosas no van mejor en Londres, fíjate qué me escriben desde allí.

Luego se encierra en su gabinete para revisar cartas y documentos. El juicio contra el miserable capitán Stirling prosigue morosamente en Gran Bretaña; estos ingleses son unos tunantes, no se deciden a hacer justicia.

Tarda en dormirse.

A la mañana siguiente se cumple el presentimiento. Los cardenales y jilgueros

que se arremolinan con los primeros rayos del sol invernal encuentran a Brown caminando por la chacra aún envuelta en brumas. Una berlina ingresa en el ancho corredor de Barracas y se detiene frente a la austera casona. El negro salta del pescante y corre hacia la parte posterior del vehículo para abrir la puerta. Desciende un hombre pálido que atraviesa a la carrera el magro jardín y llama a la puerta. Tiene que ver al Almirante para comunicarle que ha muerto Tomás Espora. Guillermo Brown lo mira con enojo, como si fuera responsable del hecho. Sus músculos faciales se mueven en desorden. Repentinamente se introduce en el dormitorio y viste con arrebató. Regresa y sube al carruaje. El látigo silba sobre el lomo brillante de los caballos, la berlina cruje, salta, se inclina.

En la casa mortuoria se aglomeran muchos oficiales. La llegada de Brown produce un murmullo. Le abren paso hacia el féretro. Camina con vacilación. Huele flores de muerte, lo encandilan cirios de muerte, el país todo es una industria de la muerte. Un enorme crucifijo chorrea lágrimas de muerte.

Abraza a la viuda cubierta por velos negros. El féretro está cerrado. Brown desliza las yemas de sus dedos por los costados brillantes. El valiente Espora se aleja sin que hubiera podido decirle adiós. Turbado, mira hacia la gente apiñada, los uniformes, las cruces, los pañuelos que restriegan párpados irritados. Y formula un pedido insólito. Consultan al sacerdote, a la joven viuda. Todos asienten: que lo destapen. Con un destornillador des clavan el ataúd. El chirrido de la madera lastima las sienes. Un sudario níveo arropa al malogrado combatiente. Brown contempla con profunda desazón ese cuerpo que había recorrido los gloriosos itinerarios de la Independencia. Aprieta largo rato sus manos frías, rígidas, transmitiéndole un mensaje íntimo. Luego cierra los ojos y reza.

—Considero la espada de este valiente oficial-dice con voz ronca— una de las primeras de América... y más de una vez admiré su conducta en el peligro.

Apoya la mano en el hombro de la trémula viuda y, como consuelo y verdad, agrega: —Lástima que haya pertenecido a un país que todavía no sabe valorar a sus héroes,

XXVII

Cuando Juan Manuel de Rosas delega el poder para encabezar la campaña del Río Colorado, las autoridades policiales molestan a Brown por motivos triviales: criar cerdos en su quinta y dejar caballos en la vía pública. Incómodo por la atmósfera de represión, delación y fanatismo, empieza a realizar viajes a Colonia y Montevideo para hacer algún negocio o conseguir inversiones. Su otra hija, Martina García — nombre que recuerda el primer triunfo naval—, se ha casado con el señor Reineke, afincado en la capital uruguaya.

Pero no abandona Buenos Aires: contribuye con una fuerte suma en una suscripción para construir la verja de hierro a lo largo de la Alameda y firma con el Gobierno un contrato por cuatro años, mediante el cual se compromete a reparar y mantener en buenas condiciones el camino de Barracas.

Tiene una natural y profunda aversión por el estilo sangriento de las luchas intestinas. Es un soldado que pelea con honor. Y no hay honor posible cuando se ignora el honor del adversario. Esto lo bebió de niño mientras sufría las atrocidades de los opresores en Foxford.

Por esta época retornan las perturbaciones digestivas que le habían aparecido durante su año de reclusión en el cuartel de Aguerridos y reflota su temor al envenenamiento. Los espíritus malignos de su infancia y juventud se presentan ahora en la casona solitaria, se ocultan en los pajonales, vuelan en la neblina del río próximo, recorren durante la noche la cocina, ponen arsénico en el pan, ensucian los aljibes. Aprovechan que está fuera de servicio activo para no darle reposo. Perturban sus sueños haciendo extraños ruidos en las cerraduras, en los corrales, en la sala. Se desplazan por las galerías y las habitaciones divirtiéndose con la desesperación del pobre viejo, que se tapa las orejas con la almohada, que rueda hacia uno y otro lado en el lecho, y que de pronto se levanta, transpirado y tembloroso para darles batalla. Entonces los perversos huyen profiriendo carcajadas y amenazas. Pero vuelven al rato junto a su oído, o su nariz, o sus labios, donde insuflan aliento pestilente y murmuraciones abominables. Brown los reconoce: son los que mataban en Foxford, los que aniquilaron a su padre en Filadelfia, los que lo convirtieron en botín cuando tenía diecinueve años, los que lo asaltaron en Antigua... los que aún le harán otras cochinas. Le ruega a Elizabeth que controle el pan, que huela el té, que revise la ropa lavada porque intentan contaminarla con la peste amarilla.

Elizabeth llora en secreto. Es evidente que su marido tiene accesos de locura. Lo ha afectado una locura que a veces se aleja y a veces se instala con peligrosa intensidad. Su médico la tranquiliza, le dice que son episodios pasajeros, que no ha perdido la razón. Pero ella sabe que el trastorno le ha mordido el espíritu con demasiada fuerza, que la impresionante cadena de dolores que castigó cada etapa de

su vida le ha impuesto esta horrible cicatriz.

El 28 de marzo de 1838 se produce el rompimiento de relaciones entre la Confederación Argentina y los franceses. Juan Manuel de Rosas ha decretado la obligación de servir en los cuerpos militares a los súbditos que pertenecen a esa nacionalidad.

Tres días después Brown, malhumorado e ictérico, realiza una de sus habituales cabalgatas hasta la Recoleta. Tiene entonces la agobiante ocasión de presenciar un ataque de la flota francesa apostada en el río. Cubierto su cuello con un poncho de vicuña, encabritado el animal, observa con ira e impotencia la captura de dos faluchos argentinos. La distancia de agua le impide saltar hacia los miserables para volar sus buques. Retorna al hogar. Se pasea silencioso y tenso, arrastrando la pierna. Se sienta en el sillón de caoba. La solícita Elizabeth le prepara algo de comer. Brown se da cuenta que los fantasmas que merodeaban sus sentidos se han esfumado como por milagro. Pero no está alegre. Le golpea la sangre, vigorosa, rejuvenecida. Su inacción fue la acción de los espectros, que se espantan ante el Guillermo Brown dispuesto a pelear. Eliza se sienta a sus pies. No habla. Contempla ese rostro donde las arrugas se han extendido como una enredadera. Su otrora cabellera de oro es un revoltijo de nieve. Ahora le fascina ver cómo su compañero se metamorfosea nuevamente en león. Brown abre el escritorio, moja la pluma y ofrece sus servicios, "su ardiente deseo de aceptar cualquier servicio a que pudiera ser nombrado para salvar la dignidad del país".

El malicioso Rosas lo admite, pero sin confiarle el mando naval. Recuerda que fue Gobernador delegado de Lavalle y que había sido apreciado por Rivadavia.

En 1841 rompen Rosas y el general Fructuoso Rivera —vencedor de Oribe en Uruguay y aliado de los unitarios—. Rivera exige que los barcos argentinos pasen por el puerto de Higeritas y Rosas, en desquite, le cierra toda navegación por los ríos interiores. El enfrentamiento aumenta su virulencia con rapidez. Rivera declara su propósito de establecer el Corso contra los buques argentinos. Rosas no tiene ahora mejor alternativa que confiar el destino de su armada al "viejo Bruno", como llamaba campechanamente a Brown. Su nombramiento lleva fecha 3 de febrero de 1841—una década antes de Caseros— y es muy lacónico. El Restaurador no está muy feliz con la medida. Para cubrir la sequedad casi irrespetuosa del decreto, el general Mansilla [7], encargado de transmitírsele, añade otra nota cargada de relevantes conceptos y adjetivaciones donde abundan los calificativos de moda: "...al hacerle esta comunicación, lo felicito sinceramente por la distinción conferida a Ud. por S.E. nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, dándole el comando de la Escuadra de la República que, indudablemente, contribuirá eficazmente a la exterminación de la desleal banda unitaria y del asqueroso mulato Fructuoso Rivera". Brown, impaciente por iniciar las acciones, agradece en un tono exaltado. Estima que su patria adoptiva

sufre una agresión. Luchará por esa patria abstrayéndose de su Gobierno, como lo reiterará más adelante.

A fines del mismo mes iza su insignia en el bergantín Belgrano. Ha tenido que sortear una dificultad previsible: la detestable imprevisión nacional. Como en 1814, como en 1825, de las glorias navales anteriores sólo quedan los murmullos. Otra vez buscar carpinteros y calafateros, levantar almacenes, reunir municiones, reclutar tripulación, instruir oficiales. Otra vez exigir más buques, más cañones, más aparejos.

Al margen de esta situación de base, Guillermo Brown tiene que afrontar un hecho nuevo. Doloroso. Antiguos discípulos y compañeros combaten para el enemigo. Entre ellos Juan Cói, a quien Drummond confiara el anillo de esponsales para la malograda Elisa.

La escuadra nacional, a pesar de los tradicionales inconvenientes, es mejor que las versiones de antaño. Pero la infecta un exceso de sectarismo que no calza en la piel del Almirante. El buque de Juan Bautista Thorne luce mástiles pintados de rojo, las bocamangas y el cuello de los oficiales son rojos, la gorra tiene un galón rojo, y la tropa, en verano, una camiseta de bayeta roja. A pesar del delirio punzó! Brown no modifica el azul y dorado de su uniforme. Esta es una guerra de colores que le agria el humor. Un funcionario federal, visitando la nave insignia, le pregunta por qué su tropa no usa la divisa punzó.

—Coronel —responde Brown con enojo—, yo la llevo, y aunque pequeña, basta.

El primer combate resulta adverso: parecía que el Almirante carecía de convicción, o que la edad le había restado energías. Pero en otro enfrentamiento logra alejar a la escuadra enemiga. El 28 de marzo penetra en Montevideo. La plaza que conoció sus victorias de 1814, tiembla. Pero él es un caballero: ordena izar la bandera uruguaya al tope del mástil y lanza una salva de salutación. Con ello expresa su respeto por la nación hermana a la que, por razones superiores, debe combatir. El 24 de mayo cruza el fuego con Cói, uno de cuyos barcos de alto porte encalla con grandes averías y uno de cuyos bergantines deserta. Se suceden luego varios combates: frente al río Santa Lucía y al oeste del Cerro. Captura el bergantín *Cagancha* ante los ojos de Montevideo tomando prisionera a toda la tripulación.

La guerra no es indiferente a las potencias de Europa. Francia no cumple las disposiciones del convenio de Mackau y mantiene sus barcos en el Río de la Plata. Los navíos de la estación naval inglesa realizan actos hostiles contra los argentinos."A los intereses políticos interiores se suman los intereses extranacionales. El odio vesánico entre unitarios y federales es hábilmente manejado por la diplomacia extranjera haciendo cometer torpezas irreparables a ambas facciones. El crimen de Navarro pretende lavarse con infinitos crímenes hasta que no se sabe por qué el crimen. Los argentinos desterrados sufren el exilio y, en su desesperación, apelan a cualquier recurso que elimine al que sindicán como gran responsable de la

tragedia nacional. Entre sus maniobras, suscita alguna esperanza la posibilidad de atraer a Brown.

El 21 de abril de 1842 es un día despejado. Desde el bergantín *Belgrano*, donde se encuentra el Almirante, se divisa a la distancia, nítidamente, la fortaleza del Cerro; a su costado, la ligera ondulación de Montevideo. Una goleta mercante con bandera sarda se aproxima. Ancla a tiro de fusil y desprende un bote. Varios oficiales se aproximan a la borda del *Belgrano*. Un hombre vestido con elegancia, de pie en el bote, pide permiso para atracar. Lo autorizan y entrega un pliego; dice que esperará la respuesta. Brown, que permanecía en su cámara revisando papeles, se presenta en cubierta, recoge el mensaje, rompe el sello y lee allí mismo, en presencia de sus oficiales. Su cara apergaminada se ilumina con una sonrisa. El oficial Craig, a su lado, espera la respuesta que transmitirá al caballero del bote.

—Dícales que bajo mi palabra de honor pueden venir a bordo si gustan. Por escrito no lo hago, y si tienen desconfianza, pueden volver a su tierra.

Craig cumple, sin darse cuenta de lo que pasaba. El bote se va. Anochece. El misterioso incidente provoca murmuraciones. Retorna el bote con más caballeros. El Almirante manda hacer zafarrancho de combate y aparece con su uniforme de gala. Tres personas suben al puente donde los aguarda Brown. Al verlo, uno de ellos, con solemnidad, exclama: "al héroe de las aguas del Plata, al vencedor en ellas del poder de España, esclarecido general Brown, los proscriptos argentinos saludan".

A continuación aclaran que no los trae un propósito político sino comercial, y que desean proporcionarle algunas explicaciones. Solicitan que acepte recibirlos en privado, en su cámara.

Brown se inclina respetuosamente y, antes de dar un paso hacia la cámara, dice que acepta el diálogo "en la inteligencia de no oír una sola palabra sobre los acontecimientos políticos del Río de la Plata"; y que si violaban esta exigencia suya, "debían tener en cuenta que hablaban con un Jefe a las órdenes del Gobierno argentino". Se niega a discutir si Rosas es o no es un dictador.

Ante un amago de réplica agrega en tono más alto:

—Yo no lo hice Gobernador, señores; sino los hijos de la República. Con la bandera argentina al tope de mi división, hago la guerra a un pabellón extraño que, unido al francés, la hostilizó antes de que yo pisara el puente del *Belgrano*. Ahora, si ustedes y el comercio cuyo nombre invocan pretenden que abandone la defensa de mi Gobierno (y les repito que a la personalidad de Rosas no la reconozco para nada), pues hagan la paz, o en su defecto que el Gobierno oriental desarme sus buques; acto seguido volveré a tierra a descansar, pues ya soy viejo, como ustedes lo ven, y mucho lo necesito.

En la cámara le entregan un petitorio. Brown se arrellana en su butaca y lo lee. Entre los firmantes figura su propio hijo Guillermo, casado con la uruguaya

Celedonia Blanco y establecido en Entre Ríos como estanciero. Sus inteligentes interlocutores aprovechan todas las grietas de su ánimo para introducir insinuaciones. Llegan a decirle que el pabellón que afirma defender no es el mismo de Los Pozos y Juncal, porque ahora luce cuatro bonetes rojos y el lema de la muerte. Brown los mira con indulgencia y les recuerda que estos distintivos corresponden a la bandera provincial de Buenos Aires, y Buenos Aires no es la única provincia que agita bandera propia.

La entrevista se prolonga, los tres caballeros no se resignan a volver con una frustración. Las insinuaciones ya penetran en el campo de las ofertas. Brown da un golpe sobre el apoyabrazos de la butaca.

—Señores: les recuerdo otra vez que pisan un buque cuya dotación tiene que obedecer las órdenes del Gobierno de Buenos Aires, Por mi parte, y sin demora, voy a poner estas notas en conocimiento de mi Gobierno, pidiéndoles, por lo tanto, no abusar más de mi tolerancia y tengan a bien retirarse —se pone de pie—. A menos que prefieran ir en persona a verse con el general Rosas en Palermo...

Los sectarios y los obsecuentes denuncian ante la policía de Rosas las transgresiones de Brown al estilo federal. No sólo es piadoso con los salvajes unitarios tratándolos dignamente como prisioneros de guerra, sino que no permite gritar en su barco las vivas y mueras que tanto regodean a los secuaces de la Mazorca, ni autoriza que pinten de rojo los mástiles, ni echa como bestias a "los tres asquerosos representantes del cría chanchos rey de los franceses que se hacen pasar por argentinos". Las denuncias luego se amontonan en la mesa del Restaurador, que las barre de un manotazo.

—El "viejo Bruno" es loco pero leal. Y no tengo alguien mejor para reemplazarlo.

No será precisamente el astuto Rosas quien lo empujará hacia sus enemigos. Llama a su hija y le pide que realice una visita oficial a la escuadra para aventar rumores imbéciles. Brown debe sentirse respaldado.

Manuelita, acompañada por la esposa y la hija del canciller Felipe Arana, el jefe de policía Bernardo Victorica y una nutrida delegación de funcionarios y notables, se dirige al fondeadero de Los Pozos. Allí es servido un almuerzo memorable. Por cada brindis de sentido nacional se disparan tres cañonazos y por cada brindis común, uno solo. Los vecinos cuentan más de doscientos. Al Almirante empiezan a flaquearle las piernas con la tercera copa. Los visitantes se ponen tan alegres que no pueden recorrer los demás barcos. Brown tiene que retirarse, descompuesto.

—Discúlpeme con los visitantes —pide a un oficial y hágase intérprete de mis quejas contra el terrible inspector Mansilla que quiso entretenerse en mareara este pobre viejo para mejor diversión de su asistencia. Será la última vez que me preste; ya no sirvo para estas cosas.

Rosas, enterado, frunce el ceño. Quería que se agasajara a Brown, no una

francachela para borrachos. Necesita el aprecio del bravo marino. Piensa en varias alternativas y por fin indica a su secretario que haga saber al presidente de la Cámara de Representantes que se deben donar al viejo Bruno seis leguas de tierra pública. La Cámara procede con monolítica obediencia y Brown expresa su turbado agradecimiento. Pero estima que el regalo es excesivo: jamás tomará posesión de esas tierras. Su lealtad no necesita ser comprada.

Quince negras forman ronda sacudiendo faldas verdes, rojas y azules en torno a la crepitante fogata. Los hombros tironean la piel de los senos y las nalgas tiritan al compás de las marimbas. Los alientos rancios forman globos en ese candombe que sacude al universo. Llega el enano Eusebio, "introducción de embajadores". Las mujeres gritan "güéee!!" —como un estampido—... Eusebio saluda con los bracitos cortos llenos de pulseras, se desata la capa y la revolea sobre las llamas. El tan-tan se incrementa de júbilo. Eusebio empieza a tejer cabriolas mientras las negras bailan a su alrededor sacudiendo sus carnes rotundas. En medio de la balumba sonrío ya, seguido por su hija y edecán, el hierático Restaurador de las Leyes. Avanza entre los fogones cuya lumbre prodiga pinceladas caprichosas a los cuerpos que danzan alrededor. Las columnas de humo se estiran llevando al cielo el olor sabroso de la carne puesta a asar. Braman los atabales y un millón de cascabeles. Las exclamaciones se derraman como lluvia sobre la cabeza dorada y vigorosa del Restaurador. Eusebio se le aproxima dando vueltas carnero como rueda de volanta y le besa las botas fuertes. Rosas acaricia sus cabellos de alambre ensortijado como si fuera el lomo de un perrito y le recuerda al oído su alta investidura que tanto molesta a políticos y embajadores. Eusebio se hincha de orgullo y salta. Rosas ríe. Su garganta se sacude estentórea, sonora. Temible. Sentado sobre una cabeza de vaca, con las botas cruzadas, viene a reír. Una negra le sirve mate. Come buñuelos. Hace bromas y golpea cariñosamente el muslo flaco de un viejo africano contador de historias. Examina la carne expeliendo humo, extrae su cuchillo y corta con mano hábil un excelente trozo. Antes de llevado a la boca mira al viejo Bruno—a quien hizo traer— y se lo ofrece. Brown lo acepta sonriente; está contagiado de alegría; este pueblo generoso, lleno de vitalidad, es el que sucumbe en las batallas y que vuelve a renacer. Un pueblo sin complicaciones, sin pretensiones, sin ambiciones. ¿Por eso Rosas ganó sus favores? Todos los hombres deben herir su solapa o su sombrero con la divisa punzó, excepto los negros. A Rosas lo llaman el loco trágico, el asesino irrefrenable, el carnicero soberbio, el vampiro de América. Pero de blancos. Para los negros del candombe es como un hermano. Dicen que adoptó el color rojo porque de ese color es la capa de los santos negros. Fueron negras sus nodrizas. Y mandó que fueran rojos los chalecos, las ventanas, las obleas e incluso los carros fúnebres. Para lo alegre: rojo. Para lo triste: rojo. Rojo como el corazón del negro bajo su piel negra. Rojo como los fogones y las pailas rojas donde hierve a sus enemigos igual que

Satanás.

Rosas quiere que el Almirante conozca otra faceta de su personalidad exaltada y odiada. Por eso lo ha invitado al candombe. Ahí no lo agobian las intrigas de los embajadores ni las tensiones de gobernador ni las maquinaciones de los salvajes y asquerosos unitarios. Es como un niño. Se pone de pie y camina sin escolta entre los cráteres dejando que los negros admiren y acaricien su brillante traje de brigadier general. El candombe es un inmenso juego de niños, seguro, liberador.

Eusebio extravía en los bailes y cabriolas parte de su blusa a cuadros, collares y pulseras. No se preocupa: el Gobernador lo compensará. Pero, ¿dónde está el Gobernador?, ¿se ha ido? Corre con sus piernas breves de una a otra fogata, de la oscuridad a la lumbre, se mete entre las faldas, ingresa en los ranchos vecinos, espía en los enormes canastos llenos de empanadas. Sin Rosas muere el candombe. Está agitado, aturdido. De pronto estallan risas metálicas y vivas y se acentúa el ritmo. Reaparece el Gobernador disfrazado de simple soldado federal y con un fuelle persigue al enano para inflarle el trasero. Las negras inventan nuevas rondas agitando sus faldas de color.

XXVIII

Giuseppe Garibaldi, luego de servir a la causa republicana de los brasileños riograndenses, se construye una cabaña y disfruta algún tiempo de paz en la provincia argentina de Corrientes con su hermosa compañera Anita y su hijo. Pero carece de noticias sobre sus padres y se siente demasiado aislado. Cuando se agotan las reservas, decide hacerse de una hacienda en el Uruguay. Solicita permiso de radicación provisoria y, con gran fatiga y evidente inexperiencia, logra reunir algunos centenares de vacunos. Pierde muchas cabezas en el trayecto a Montevideo y con el magro producto de las ventas de cueros apenas sostiene a su familia y a dos compañeros de armas. Se emplea como profesor de matemáticas. Curiosas peripecias del guerrero.

Advertido el Gobierno uruguayo de sus antecedentes brillantes en el terreno militar, le ofrece el mando de la corbeta *Constitución* y poco después le encomienda una difícil misión bélica: dirigirse a Corrientes por vía fluvial para llevar armas y hombres a su gobernador, general Pedro Ferré, sublevado contra Rosas. Su enemigo en las aguas será el almirante Guillermo Brown.

Garibaldi acepta. Su fuerza se compone de la mencionada *Constitución*, el bergantín *Pereira* (comandado por el valiente capitán Arana Urioste, que sufrirá una muerte vil) y el transporte *Prócida*. Sostiene un primer combate contra las fortificaciones de Martín García. Embarranca su nave insignia y, para reflotarla, debe transportar los objetos pesados a la *Prócida*. Mientras realiza la agobiante tarea, Garibaldi descubre que siete buques de la escuadra argentina se le vienen encima a toda vela. Su *Constitución* está hundida en la arena y desprovista de los cañones que ya se amontonaron en la *Prócida*. Sólo queda el bergantín *Pereira* para el combate. Garibaldi oye los rugidos triunfales del adversario. No desespera. Tiene treinta y cinco años y una cadena de naufragios, catástrofes y también vuelcos de la suerte. Esta vez se repite el vuelco; pero en su favor: el buque insignia de Brown también encalla cerca de la isla y una densa niebla empieza a cubrir el río. Garibaldi consigue escapar con sus tres navíos.

Su plan supone un viaje por el río Uruguay. Es el más corto a Corrientes. Pero por allí lo perseguiría Brown. Cambia entonces de plan. Los prácticos expresan estupor y miedo: una de las orillas del río Uruguay es aliada; en cambio las dos del Paraná son enemigas. Garibaldi rechaza el argumento. Insisten los prácticos en que no saben conducir por el Paraná. "Al cabo de muchas indagaciones —relataría después Garibaldi—, supe que uno de ellos conocía algo del río" pero se callaba por temor. Mi sable allanó bien pronto la dificultad y tuvimos práctico".

Con acciones nocturnas se provee de transportes y otros prácticos en San Nicolás. Lucha contra tropas de caballería. Vence obstáculos fluviales. Apresa naves

provenientes del Paraguay. La expedición va culminando con éxito. En Caballo-Guatiá se le une la flotilla correntina. Alborozo. El italiano está a punto de concluir su misión.

Costa Brava es un paraje cercano al límite de Entre Ríos con Corrientes. La falta de profundidad impide el avance de la *Constitución*. "Según los prácticos, no se había visto tal en medio siglo". Tiene que esperar la subida de las aguas. Esto es grave. Muestra un vuelco de la suerte: ahora en su contra. Llegará Brown quien, luego de buscado infructuosamente por el río Uruguay, ya navega por el Paraná aplicando una rigurosa técnica que no disminuye el ritmo del avance: cuando el viento afloja, aplica remolques y sirga. Todas las tripulaciones y todos los oficiales sin distinción deben ocuparse alternativamente de los remolques, tanto en las balleneras como en las costas empantanadas. El agotamiento y la disconformidad, sin embargo, no desembocan en motín por el respeto que suscita el infatigable anciano. La única medida disciplinaria importante que tuvo que aplicar fue contra su propio hijo, el capitán Eduardo Brown, a quien releva del mando y envía de regreso a Buenos Aires en la primera embarcación que los cruza.

Garibaldi se prepara para el desigual enfrentamiento. Ubica sus naves en forma transversal al río. "Disponer así las cosas me costó mucho trabajo por causa de la corriente que, aunque poca en el punto elegido, nos obligaba a usar todas las cadenas, áncoras y cables para anclar barcos, principalmente la *Constitución*, que calaba dieciocho pies (...). No habíamos terminado aún nuestros trabajos cuando apareció la escuadra enemiga, compuesta por siete buques. Era superior en mucho a la nuestra y se encontraba en situación de poder recibir toda clase de refuerzos y víveres. Nosotros —prosigue Garibaldi— no sólo estábamos lejos de la ciudad de Corrientes, única que podía socorrernos, sino que teníamos la casi seguridad de no recibir ningún auxilio, como lo probaron los hechos. Pero era necesario combatir, aún teniendo la certeza de encontrar la muerte."

Iban a chocar dos fortalezas. Garibaldi, que pronto se convertiría en "héroe de dos mundos" y Brown, a quien el mismo Garibaldi califica "primera celebridad marítima de la América meridional, con justos títulos".

El italiano se atrinchera parcialmente en tierra. El viento escaso y la poca profundidad también determinan un desembarco parcial de Brown. Se disputan palmo a palmo las orillas hasta entrada la noche. A la primera claridad se reanuda la lucha con tiros de fusilería y cañonazos. Al impulso de una gritería feroz se intentan abordajes. Garibaldi sufre la pérdida de varios oficiales. "No fueron pocos los daños sufridos por ambas escuadras, tantos que nuestros barcos quedaron en esqueleto. La corbeta *Constitución*, a pesar de que no se dejaron de tapar las bocas producidas por los tiros, hacía tanta agua que apenas se la podía eliminar manejando las bombas sin reposo y empleando por turno a toda la gente."

El capitán Arana Urioste concibe un plan arriesgadísimo para atacar por sorpresa a Brown. Atraviesa los pajonales seguido por varios hombres. Los argentinos descubren la intentona y esperan con la rodilla en tierra y absoluto silencio. Al tenerlos a tiro de fusil hacen una descarga mortífera. En la oscuridad no pueden ser reconocidos los heridos sino por sus estertores. Entre ellos, con la cabeza sangrante, yace Arana Urioste, comandante del bergantín *Pereira*. Una columna de federales lo reconocen y protagonizan una escena de salvajismo: le cortan la barba con lonjas de piel, le abren el vientre y arrancan la vejiga, lo castran y cuelgan de los brazos.

La tropa de Garibaldi incrementa sus pérdidas. Los sobrevivientes están agotados de luchar y bombear el agua. Pero el italiano no se rendirá mientras le quede pólvora.

Llega otra vez la noche. Garibaldi prepara brulotes (embarcaciones minadas). A las dos de la mañana lanza uno, que se dirige hacia la escuadra argentina siguiendo el curso de la corriente. Brown no duerme; recorre la cubierta y el castillo empuñando el catalejo. Descubre el solitario bulto flotante y, en el acto, se da cuenta de la inminente explosión. Encomienda al primero que tiene cerca lanzarse a conjurar la amenaza. Este, acompañado por algunos marineros, salta a un bote y a fuerza de remo consigue llegar al brulote y desviado hacia un banco de arena donde estalla. El almirante recibe al valiente joven. Estrechándole la mano, dice:

—Lo que acaba de hacer en cumplimiento de su deber, es demasiado para sus doce años.

El fracaso no desanima a Garibaldi. A las tres de la madrugada lanza otro brulote. Es más poderoso que el anterior: contiene barriles de pólvora y alquitrán para explotar varios buques. Lo camufla con cueros y bolsas de cerda. El práctico genovés Luis Cavassa es quien en esta ocasión detecta el peligro, porque alcanza a distinguir un chisporroteo que se balancea. La llama ya corre cerca de los explosivos. No hay tiempo para desviar el brulote. Rema con vigor, trepa a la embarcación minada, arranca la mecha y la arroja al agua.

Brown, al felicitado, no lo llama práctico, sino teniente Cavassa. Con los años Cavassa alcanzaría la más alta graduación de la Marina nacional.

El comandante de la escuadrilla correntina, impuesto del revés que aflige a Garibaldi, lo abandona. Esto le amputa la capacidad de resistencia. "Bien justificada era mi tristeza —refiere el italiano—, porque la mayor parte de nuestros pequeños barcos había quedado fuera de servicio durante la lucha. Yo contaba con los barcos correntinos en la inevitable retirada, para salvar muchos heridos y embarcar los víveres necesarios... La última esperanza se desvanecía con la miserable defección de nuestros aliados (...). Necesitaba combatir, y no veía en torno mío más que gente dominada por la fatiga; no oía otros sonidos, otros rumores que los lamentos desgarradores de los desgraciados heridos que aún no habían sido transportados al buque hospital, porque era incapaz de contenerlos a todos."

Nuevas pérdidas para Garibaldi. Los cartuchos confeccionados durante la noche contienen pólvora inferior, los tiros no dan en el blanco, las cadenas que disparan los cañones no hacen mella a la distancia. Ha llegado el momento límite: debe retirarse. Pero sus buques son ruinas. Sólo puede salvar algunos hombres y después incendiar los restos de la flotilla. Ordena trasbordar heridos y municiones a una pequeña embarcación mientras prosigue el combate. Que con aguardiente rocíen los objetos combustibles y les prendan fuego: no cederá presas al enemigo.

"Conviene aquí narrar un hecho bien desconsolador —añade Garibaldi— originado por el exceso de las bebidas espirituosas. Los equipajes que yo mandaba estaban compuestos por hombres de todas las naciones. Los extranjeros eran en su mayor parte marinos y casi todos desertores de barcos de guerra; debo confesar que estos eran los menos díscolos. Entre los americanos, la generalidad había sido expulsada de los ejércitos de tierra por delitos, muchos por homicidios. De modo que eran verdaderos canallas y se necesitaba todo el rigor posible para mantener el orden. Sólo en los días de lucha estaba disciplinada esta mezcla de gentes y se batían como leones. Ahora, para hacer el incendio más eficaz, se habían reunido muchos objetos combustibles y sobre ellos se esparcía una buena cantidad de aguardiente que formaba parte de nuestras provisiones. Por desgracia, aquellos hombres acostumbrados a vivir con una pequeña cantidad de espíritu, al encontrarlo en tal abundancia, se embriagaron hasta el punto de quedar imposibilitados para moverse. Fue un caso bien doloroso: encontrarse en la imperiosa necesidad de abandonar a aquellos valientes y desgraciados hombres para que fuesen presas de las llamas. Hice cuanto pude, obligando a los compañeros más serenos a no abandonarlos; yo mismo recogí cuantos me fue posible hasta el último instante, cargándolos sobre mi espalda para ponerlos a salvo."

La escuadra argentina nota que Garibaldi y sus hombres se alejan en una pequeña embarcación y comienzan a perseguirlos. Explota la santabárbara de la *Constitución*. Una lluvia de fragmentos en llamas cubre el Tío y los alrededores. La escena es sobrecogedora. Pareciera haberse estremecido el planeta. Garibaldi prosigue la fuga. Algunos oficiales proponen encender los pajonales de la isla "para quemar como ratas hasta el último salvaje unitario". El almirante los aparta con un gesto.

—¡Garibaldi es un valiente! ¡Dejen que se escape! Luego ordena investigar en la maleza para rescatar heridos, recoger armas abandonadas y salvar algunos cañones de los buques incendiados.

El propio Brown, acompañado por el cirujano Hugo Tomás Sheridan, recorre los pajonales salpicados de víctimas. De pronto está frente al cadáver del capitán Arana Urioste, desnudo y mutilado. Retrocede con horror. Aferra el brazo de su acompañante y prorrumpe:

—¡Ah! ¡Si yo supiera quién ha hecho esto, lo mando fusilar en el acto!

Le entregan la espada de Arana Urioste, que se niega a recibir. Vuelto a bordo de su buque, ahído de rabia y asco, ordena la inhumación de aquellos despojos profanados y que se instale una cruz en el lugar.

Este triunfo no le da satisfacción. A la inversa de lo que ocurrió en la guerra contra el Brasil, cuenta con una fuerza superior a la del adversario. Y es un adversario magnífico... Para colmo, se han cometido actos miserables de carnicería que no pueden justificarse ni perdonarse.

Juan Manuel de Rosas, por el contrario, se pone muy contento cuando recibe las noticias. Las huestes del "pardejón Rivera" metidas en los ríos interiores podían hacerle trepidar el régimen, perturbar el comercio, sublevar más caudillos, incrementar la virulencia de ingleses y franceses. La acción del "viejo Bruno" le viene de perillas. Y resuelve convertir la batalla de Costa Brava en un hito histórico. Manda organizar festejos y que sus servidores exalten la expectativa para cuando se produzca el regreso del almirante.

Brown, por diversas causas, demora, su retorno. Aparece frente a la rada de Buenos Aires recién el 8 de setiembre. La ciudad aparece embanderada. Los cañones del Fuerte lo saludan. Bandas militares y la orquesta del teatro Victoria llenan el aire con música. Se comienza a preparar un asado con cuero en la Alameda para la multitud de gauchos y negros que invaden la costa.

Manuelita Rosas, seguida por damas y altos funcionarios, se adelanta al buque insignia para darle la bienvenida. Las campanas y las aclamaciones estremecen toda la ribera. Brown llega a tierra con su brillante, uniforme de gala. Pasa una correntada de lavanderas haciendo tremolar paños, como una murga.

Lo conducen hacia la Capitanía del Puerto que fue acondicionada para la ocasión. Se cubrió el techo con maderas y el piso con alfombras; las paredes fueron tapizadas con bramante festoneado de punzó y se colgaron, en forma alternada, espejos y grabados. Doce magníficas arañas penden del techo y una infinidad de candelabros rutilantes emergen de las columnas. En la cabecera lucen grandes retratos del Restaurador, del destituido presidente uruguayo Oribe y del almirante Brown, rodeados de una profusa simbología marcial: cañones, fusiles, espadas, lanzas, cornetas y hasta cuatro buques [8].

Al inaugurar el vigesimosegundo período de la Legislatura, Juan Manuel de Rosas expresa en su mensaje:

"El invicto brigadier don Guillermo Brown, pertenece a los defensores ilustres de nuestra independencia".

XXIX

Los embajadores de Francia e Inglaterra, incomodados por las victorias federales en tierra y agua, dirigen una intimación al Gobierno el 15 de noviembre de 1842, para que cese la guerra. Este pedido es reiterado al día siguiente en otra nota. Poco después se agrava la situación de los unitarios: el general Oribe (aliado de Rosas) vence a Rivera e invade el Uruguay con su ejército, investido con el título de Presidente legal de la República. Brown se presenta ante Montevideo y opera contra embarcaciones y posiciones costeras. Respondiendo a esta ofensiva en tenaza de los federales, se forman en el Uruguay legiones de extranjeros armados, entre las que se destacan los vascos, catalanes, franceses y unitarios argentinos. El bloqueo de Brown es molestado y violado por los jefes de la escuadra anglofrancesa. La guerra es cada vez más confusa, hipócrita y sangrienta.

Pero el almirante no extravía sus principios: ha afirmado que "a Lucifer mismo debemos servir con sinceridad, si hemos comprometido la palabra". Se entera de que ha fallecido en Montevideo el general Martín Rodríguez, considerado "salvaje unitario" aunque la patria le debe grandes servicios. Entonces ordena poner a media asta las banderas de todos los mástiles. Un oficial le pregunta si no teme las consecuencias que originará el inoportuno homenaje. Brown lo mira a los ojos.

—En este momento ignoro si el muerto era amigo o enemigo de Rosas. Sólo sé que fue un gran patriota, un gran corazón y un ciudadano insigne, y ése es al que honro.

En enero de 1845 escribe al Restaurador "para hacerle presente el estado de desnudez en que se hallan los oficiales, tripulaciones y guarniciones de los buques a mi mando".

Los roces con la escuadra anglofrancesa, especialmente con el almirante británico Purvis, se toman peligrosos. Purvis le advierte que un conflicto entre sus respectivas flotas puede colocarlo bajo la ley que declara piratas a súbditos británicos que atacan la bandera de su propio país... Este golpe ruin afecta la sensibilidad del viejo marino. ¡Ahora le recuerdan su carácter de súbdito británico, cuando han hecho todo lo posible para despedazarlo en cuerpo y alma! ¿No lo vienen persiguiendo desde chico? ¿No arruinaron su pueblo, su familia, la vida de sus parientes? ¿No lo convirtieron en botín, robaron su heroica *Hércules* y casi dejaron morir de fiebre y de sed en las Antillas? ¿Le llaman súbdito británico después de haberle infligido cien heridas y humillaciones?

—¡Malditos, canallas!

Retornan los espíritus malignos. Es la locura que asusta a Elizabeth. Brown está hosco y a menudo delira. Cuando le sirven de comer, devuelve los platos temiendo que los hayan envenenado y pide a uno de sus muchachos que le dé su modesta carne

asada y una simple jarra de vino. Los espíritus redoblan su tormento por las noches. Brown suda, se levanta desorbitado: si quieren matarme, entonces ¡peleen!, pero no así, ¡asesinos perversos!, ¡cobardes! Apoya el oído en la pared, mira con la vista excitada. Los gigantes transparentes le susurran: ¡renegado!, ¡vendido! Brown los corre por el camarote a puñetazos. Sale al aire rielado por la luna con el rostro transido de dolor. Lleva la gorra ladeada; sus hombres comprenden que se desarrolla un combate en su cabeza y, respetuosamente, se apartan de su camino, desvían los ojos.

Se aproxima el término de sus servicios.

El ministro Felipe Arana, en nombre de Juan Manuel de Rosas, le ordena regresar a su fondeadero para evitar un choque armado con los insolentes de ultramar, que reportarían grandes y estériles sacrificios. Pese a ello se producen varios incidentes. Un tiro de cañón perfora el buque *General San Martín*. La escuadra argentina es apresada por la abrumadora fuerza extranjera: sus tripulantes son obligados a dejar las naves y son remitidos en lanchones a Buenos Aires. Es una derrota categórica, una derrota que produce vergüenza. Una derrota que parece la bofetada de un adulto a un jovencuelo díscolo.

Guillermo Brown trepida de horror e impotencia. Abatido por el bochorno, permanece veinticuatro horas en el *Fulton*, que lo devuelve a Buenos Aires. En el minucioso informe que eleva sobre esta desgracia naval, afirma que "tal agravio demanda imperiosamente el sacrificio de la vida con honor". Está enojado por haber obedecido: sólo la subordinación a las órdenes superiores "para evitar la aglomeración de incidentes que complicasen las circunstancias, pudo resolverme a arriar un pabellón que por treinta y tres años de continuos triunfos, he sostenido con toda dignidad en las aguas del Plata".

A pesar de que "le robaron la escuadra" —como repite enfurecido— lo reciben en Buenos Aires con una salva de diecisiete cañonazos. Una multitud lo vitorea para manifestarle solidaridad en esta luctuosa ocasión.

XXX

El zangoloteado Almirante se recluye en su casona amarilla de Barracas. Los honores le resultan tan vergonzosos como la derrota. En consecuencia, su alejamiento le priva de los históricos combates de la Vuelta de Obligado, Tonelero, Quebracho. No oculta su irritación por la contradictoria postura nacional frente al bloqueo anglofrancés, con provincias que lo celebran y provincias que lo repudian. Ya le asquean los crímenes de la Mazorca. Está cansado, confundido y muy triste. En su chacra lee la *Gaceta Mercantil* y el *British Packet*. Se ocupa de sus hijos y nietos. Escribe con más frecuencia a los familiares que quedaron en Irlanda. Es visitado por su hermano Miguel que después de curarse en Río Grande viajó a Inglaterra y en 1828 decidió reinstalarse en Buenos Aires; evocan con indulgencia aquel fantástico periplo de corsarios que anunció y preparó la campaña libertadora de San Martín en el Pacífico. La paz del entorno le arrima, paulatinamente, la paz que tanto necesita su espíritu.

Una tarde, de pie junto a la verja, no advierte a un niño que pasa lentamente a caballo. El niño gusta desplazarse por la calle larga de Barracas y contemplar la "casa de los cañones", como la ha bautizado, por tener dos de ellos junto a los pilares de la entrada. Esa tarde se extasía contemplando al elegante anciano vestido de negro, con los cabellos y las patillas de nieve, el rostro ceniciento, mirando a lo lejos la bruma azul que nace de la planicie. Después hará una emotiva descripción de la estampa en un libro inmortal. El nombre del niño es Guillermo Hudson.

En 1847 Brown resuelve visitar su tierra natal. Ha cumplido setenta años. Otra vez el sagrado número siete. Recorrerá las colinas belicosas y las grutas santificadas por la resistencia de su tío cura y los muchos que siguieron a su tío. Tocaré las aguas de hielo y cristal del río Moy donde aprendió las primeras letras de la ciencia, náutica. Abrazará a su hermano y hermana que dejó cuando tenía nueve años. En las dos oportunidades que había regresado a Inglaterra –1810 y 1817 no tuvo ánimos para volver a Irlanda.

Embarca en *La Ninfa*, en un ventoso día de julio. Ha comunicado su partida pero, con la excepción de sus íntimos, nadie concurre a despedido. La prensa, otrora tan verborreica, ignora el hecho; no le dedica un artículo, un aviso. Rosas lo olvidó; ya no lo necesita. La fragata se lanza al río picado. Y sus recuerdos se sueltan como una bandada. Guerra contra España, guerra contra Brasil, guerra contra Uruguay y la escuadra anglofrancesa. El océano azul. O verde. Tranquilo. Borrascoso. Más de tres cuartos de siglo moviéndose en su elemento fluctuante y proteiforme. En su mano aprieta el rapepero de carey. Las olas ruedan y baten los costados del buque, el tajamar las abre como un arado. ¡Tantas veces se ha dejado llevar por la belleza de su juego siempre igual y siempre distinto, la espuma que emerge y se sumerge, los

brillos que transmiten extraños mensajes! Pero ahora algo ha cambiado: viaja sin poder y sin honores. Como la primera vez, acompañado por su padre, cuando conoció el azul puro, y el azul espolvoreado con el oro del sol limpio, y las violentas tempestades. En las noches de plenilunio se pasea por cubierta respirando la fresca música del oleaje que se derrama sobre otro oleaje llevándose trozos de mica. Lee. Escribe. Sueña.

En Liverpool recurre a los diarios para convocar a los hijos de su hermana María. Luego viaja a Foxford. El paisaje se toma rudo y yermo. Aún no crecieron los árboles. Los montes mantienen sus cuevas para refugiar combatientes. Ha comenzado precisamente la revuelta civil de O'Connell. Encuentra a un hermano que no ve desde hace más de medio siglo. Tiene rasgos parecidos a los suyos: piel clara y ojos azules, nariz aplastada, mentón ancho, labios gruesos, generosos. Este hermano jamás ha salido de Irlanda. Se calientan en la lumbre y se cuentan el peregrinaje de sus vidas. Son dos caminos, dos destinos. El de Guillermo anudado a su nueva patria, tal como lo presintió en 1809, lo confirmó en 1810 y lo consagró en 1814. Su hermano bebe con asombro la epopeya latinoamericana. Y lamenta que Irlanda aún tenga que esperar.

Cuando regresa se detiene en Montevideo para visitar a su hija. La ciudad es siempre un foco de agitación unitaria. El Gobierno, no obstante, dispone una escolta para su persona: entiende que Guillermo Brown es un prócer de América. El enhiesto marino, turbado cada vez que sacuden su modestia con honores, expresa deseos de ver a Giuseppe Garibaldi. Pero es el vigoroso italiano quien se adelanta, espontáneamente, al enterarse de su arribo. Tiene cuarenta años y ya es una figura orlada por leyendas; pronto retornará a Europa, donde convertirá en realidad el sueño de millones de compatriotas. En presencia de Anita, su espléndida compañera, ambos héroes se abrazan. Brown se dirige entonces a la animosa mujer:

—Señora, combatí mucho contra su marido sin obtener ventaja alguna. Mi mayor placer hubiera sido derrotado y tomado prisionero, pero Garibaldi siempre conseguía escaparse. Si hubiera tenido la felicidad de apresado, habría conocido el aprecio que ya entonces le tenía.

Garibaldi no olvidará nunca a Brown. Lejos en la geografía y en el tiempo, convertido en el padre de la Italia unificada, aclamado como el héroe de dos mundos, pedirá que uno de sus nietos lleve el nombre del Almirante.

Hasta la caída de Rosas, escasas noticias trascienden sobre su vida privada. Algunos viajes a Colonia o Quilmes, asistencia a ciertos actos oficiales, concurrencia a misa en la iglesia de la Merced. El padre Antonio Fahy, dominico irlandés, fue enviado por el arzobispo de Dublín a estas tierras y se convirtió en su amigo y confesor. Las raíces de la antigua y sufrida Irlanda le calientan el alma.

Después de Caseros se procede a una reorganización de la Marina con el evidente

propósito de expurgar los elementos que respondían a Rosas. Como ocurre siempre en estos trámites, abundaron excesos, injusticias y falencias. Pero ante la figura de Brown, todos manifestaron respeto y hasta veneración. El nuevo ministro de Guerra y Marina le comunica que no será eliminado de la Armada y que "el Gobierno, con esta medida, ha consultado la merecida predilección a que V.E. tiene títulos por sus viejos y leales servicios a la República Argentina en las solemnes épocas de su carrera".

Pocos meses más tarde llega a su castillejo de Barracas un almirante de recia apostura, vestido con lujoso uniforme entorchado de medallas. Elizabeth lo atiende con asombro y nerviosismo, le ruega que espere en el recibo. El hombre prefiere pasar y conocer la parte posterior de la quinta, donde está Brown. Se trata, nada menos, que de Juan Pascual Grenfell, jefe de la escuadra brasileña; antes de regresar a su país anhela entrevistarse con el antiguo adversario. Elizabeth camina adelante, inquieta, no puede frenar al digno almirante manco. Su marido viste ropa de labranza, nada protocolar: dirige una siembra.

Los marinos se reconocen a varios metros de distancia. Quedan tiesos, estremecidos. Raudamente se superponen imágenes anteriores, vibrantes de energía y de pólvora. La fragata *25 de Mayo* embistiendo la formación brasileña, después soportando con tenacidad el fuego de veintitrés naves. Grenfell le contempla el rostro apergaminado; Brown, la manga vacía del uniforme. Reanudan el paso. Lo aceleran. Se abrazan con fuerza. Grenfell perdió la diestra en aquella memorable batalla.

Elizabeth los invita a la sala, ordena a su reducida servidumbre que prepare el té. Brown sonrío y su rostro de pasa se llena de luz: beberemos el té al que usted me invitó en pleno combate.

Grenfell contempla la austeridad de la vivienda y se siente condolido. Apoya su única mano sobre la rodilla del anciano y se dispone a transmitirle una confidencia.

—Si usted hubiera aceptado las propuestas del emperador Don Pedro, cuán distinta sería su suerte. Porque en verdad, las repúblicas son siempre ingratas con sus buenos servidores.

Brown levanta las cejas y vuelve a sonreír.

—Mi querido Grenfell—contesta en tono sincero—, no me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos.

Mira a través de la puerta abierta un fragmento del jardín y agrega:

—Considero superfluos los honores y las riquezas cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores.

En 1854 llegan desde Nueva York los restos del general Carlos María de Alvear. Brown siente la imperiosa necesidad de rendir homenaje al que lo acompañó en la liberación del Plata. Pide como gracia especial que le permitan asumir el mando del buque que hará el trayecto desde Montevideo. La autorización no es sólo concedida, sino que su emocionante gesto produce unánimes elogios. El ataúd "donde reposan

las cenizas del jefe ilustre —informa *El Nacional*— regresará escoltado desde la ciudad de sus glorias, por su compañero de armas, por el valiente general Brown. Rasgo noble que complementa la brillante carrera del marino del Plata".

En el viaje Brown no pega los párpados, velando a su amigo. Las cenizas son recibidas en Buenos Aires con solemnidad. En el sobrio discurso que evoca las glorias de Alvear y de la emancipación, Brown es mencionado inevitablemente. Los ojos de la patriótica concurrencia besan a este gótico patriarca, el último sobreviviente de los guerreros que libertaron la República. Al día siguiente *El Nacional* reflexiona con valentía sobre una palabra que hace décadas pretendió mancillar al almirante: "El buque en que llegó el general Alvear —expresa— ha sido llamado extranjero. El audaz marino que en 1814 ayudó al general Alvear a abrir las puertas de la muralla de Montevideo, batiendo completamente a la escuadra española, y que en 1827 mantuvo con firmeza el estandarte de la República Argentina en las aguas, cooperando al triunfo de Ituzaingó, ese marino a quien Buenos Aires debe tantos días de gloria y que por sí solo compone toda la historia marítima, ha sido también llamado extranjero".

El importante diario señalaba por primera vez, claramente, que no tiene menos méritos el que defiende una patria por elección que el que la disfruta por casualidad.

La paleta del otoño llena de bronce y jaldes los árboles de Barracas. La atmósfera es transparente y fresca. A lo largo de la quinta caminan dos hombres acariciados por el sol. Una serena felicidad los embarga durante horas. Brown se apoya en su confiable bastón con empuñadura de oro, Bartolomé Mitre de vez en cuando extrae unas hojas de papel y apunta datos. Evocan las campañas libertadoras, los hombres, los intereses, las intrigas, la grandeza.

—Pronto le enviaré mis Memorias —dice el anciano—; quiero terminadas antes de emprender el gran viaje hacia los mares de la muerte.

Mitre está deslumbrado por su "sublime majestad", por esa "noble figura que se levantaba plácida después de tantas borrascas... aquella serenidad de alma, sin ostentación, sin amargura ni pretensiones (...) Tenía ante mí algo más que un héroe".

Las *Memorias* lucen un estilo descarnado. No es su autobiografía, sino la crónica de los grandes acontecimientos que protagonizó. Su imbatible modestia no le permite escribir en primera persona. En las Memorias Guillermo Brown es un personaje, un personaje más, con dificultades, pasiones y angustias, que encabeza rumbos de libertad. El relato empieza en 1813 y termina en 1828. Ni cuenta sus orígenes ni cuenta la guerra civil. Calla sus orígenes porque es un pasado personal, calla la guerra civil porque es un pasado de horror. De su mente ya se han borrado los espíritus malignos, el miedo al envenenamiento, las voces abominables. Está provisto de la sabiduría heredada y la sabiduría ganada. Su letra es comprensible y uniforme; su ortografía impecable; su pensamiento agudo. Evita la apología y la retórica. Pero

dedica palabras de afecto a los valientes, entre ellos Espora, Rosales, Seguí, Drummond.

Su hijo Eduardo muere en la quinta de Barracas el 31 de diciembre de 1856. Por primera vez su cuerpo de lanza se dobla para siempre. Es un impacto desolador. Aumenta su fatiga. El médico le prescribe mucho reposo. Los oficiales que sirvieron a sus órdenes lo visitan con frecuencia. El gobernador Obligado se interesa semanalmente por su salud. Brown merodea los ochenta años.

El capitán Murature le conversa junto al lecho. Cuando se levanta, el almirante lo aferra por la manga.

—Querido José, comprendo que pronto he de cambiar de fondeadero —esboza la sonrisa pícara que lo llena de luz y bondad— ...pero no se preocupe: ya tengo el práctico a bordo.

De su lado no se apartan los hijos que quedan: Martina y Guillermo. Elizabeth lo asiste con su amor damasquinado por ausencias y reencuentros, temores y regocijos. En los aguaribayes se entreveran los tordos y jilgueros y por las tardes, cuando se abren las puertas y ventanas, penetra la brisa con el polen de la pampa. Navegan los bajeles por el ancho río y algún catalejo, desde las alturas de un mástil, detecta el amarillo promontorio de Barracas donde agoniza un santo de las aguas.

El 3 de marzo de 1857 la cabeza nacarada se inmoviliza para siempre. Los pájaros se alborotan. Ha muerto el navegante que cuadrículó las aguas del mundo, desde Foxford a Filadelfia, desde el Atlántico al Rhin, desde el Támesis al Plata, desde el cabo de Hornos a las Galápagos, desde el Guayas a las Antillas. Comienzan a afluir paisanos. Notables. Amigos. Religiosos. Oficiales. El gobernador de Buenos Aires firma un decreto de honores. Una comisión de homenaje se presenta en la casa mortuoria, integrada, entre otros, por Francisco Seguí, héroe de Juncal. El ejército está representado por los generales Ignacio Álvarez Thomas, Juan Madariaga y el coronel Julián Martínez.

El cadáver es vestido con lienzos blancos y cubierto con un sudario de seda. La capilla ardiente se instala en la modesta sala de su vivienda. Un oficial y cuatro marineros montan guardia. Los cirios iluminan el amado rostro al que una caravana incesante mira por última vez. Sobre la tapa del ataúd se graba una inscripción escueta que repara el viejo y prejuicioso agravio de extranjería: "Cenizas del brigadier: argentino don Guillermo Brown".

A la tarde arriba la comitiva oficial encabezada por Bartolomé Mitre, ministro de Guerra de Buenos Aires. Sobre el féretro de Brown resplandecen su uniforme de gala, la espada que le obsequió Robert Ramsay y lo acompañó en su periplo de gloria, las condecoraciones y la bandera del combate de Los Pozos.

La secesionista Buenos Aires detiene sus riñas preeleccionarias. Una multitud se aglomera en el largo corredor de Barracas y abre paso respetuosamente al jefe

inolvidable. Las olas del Plata rompen contra los breves acantilados y penetran en las ensenadas como si intentaran aproximarse al cortejo que se desplaza paralelamente a sus orillas rumbo a la Recoleta.

En la capilla del cementerio, Antonio Fahy pronuncia el oficio de difuntos. Después lo depositan a la vera del general José María Paz. Los cañones de la Escuadra, a lo lejos, despiden al primer almirante de la República. Mitre pronuncia un discurso vibrante: "Brown en la vida —exclama—, de pie sobre la popa de su bajel, valía para nosotros por toda una flota".

El presidente Justo José de Urquiza, en Paraná, capital de la Confederación Argentina, también dispone honras fúnebres, en nombre de la nación, para "el héroe de las glorias navales argentinas". Como el Cid, Brown continúa luchando después de la muerte, en favor de la unión nacional: Buenos Aires y la Confederación cesan transitoriamente su guerra para unirse en el respeto a su figura.

No escribió testamento. Su fortuna —que nunca fue importante— queda reducida a la quinta del bañado de Barracas y las seis leguas que le donó la Legislatura de Buenos Aires. A menos de un año de su muerte, Elizabeth cede las seis leguas para cancelar deudas; no son deudas consignadas en documentos, sino confiadas al honor de la palabra. Las tierras no tienen demasiado valor y Elizabeth necesita desprenderse también del catalejo, el rapecero de carey y hasta los lentes. Tampoco le alcanza el dinero para costear la modesta columna que señala el lugar donde reposa y debe vender parte de la histórica quinta.

Décadas más adelante se lotea todo el solar. Picos, mazas y barrenos echan abajo la vivienda. Las herramientas de la demolición levantan cortinas de polvo. Los muros se abren como boquetes de una nave en combate. Se desploman los techos con estrépito de velámenes quebrados. La tierra profanada se retuerce ofendida. Al impulso depredador no le interesa saber que allí vivió, meditó y sufrió una asombrosa y emblemática personalidad.

FIN

NOTAS

[1] Éste es un gran país, pero ¡que lástima!, hay demasiados bellacos.

[2] ¿Qué barco es ése?

[3] ¿Qué le importa?

[4] ¡Almirante Brown! ¡Hoaaa!... ¡Deje la bandera, lo invito a tomar un té esta tarde en mi camarote!

[5] ¡No, no! Mi bandera está clavada; ¡así que sigamos el juego, que está caliente!

[6] El British Packet del 5 de mayo de 1827 refleja la importancia de las acciones corsarias. "Aunque no somos insensibles a la impresión que se puede hacer sobre el frente terrestre del Brasil, ni lo consideramos invulnerable en este punto, nos parece que eso es lo mismo que cortar en carne sana, mientras que los efectos producidos por los corsarios, y especialmente por los de la Escuadra Nacional, hieren al Imperio rápidamente y afectan a la parte más delicada y tierna de la sensibilidad brasileña. No tenemos duda que la pérdida de la expedición naval a Carmen de Patagones ha hecho daño más efectivo al poder y planes del Emperador que la derrota de sus ejércitos en Ituzaingó."

En otro artículo expresa que " el daño infligido es inmenso. Muchos de los corsarios, o ciertamente todos, han hecho viajes felices a la costa del Brasil y, si la guerra continúa, el comercio de ese país será sacudido hasta sus fundamentos".

[7] Se hará célebre en el combate de la Vuelta de Obligado.

[8] Este decorado es repetido en la fiesta que se celebra al mes siguiente bajo una enorme inscripción: "Los federales amantes de nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, reconocidos al vencedor de Costa Brava".